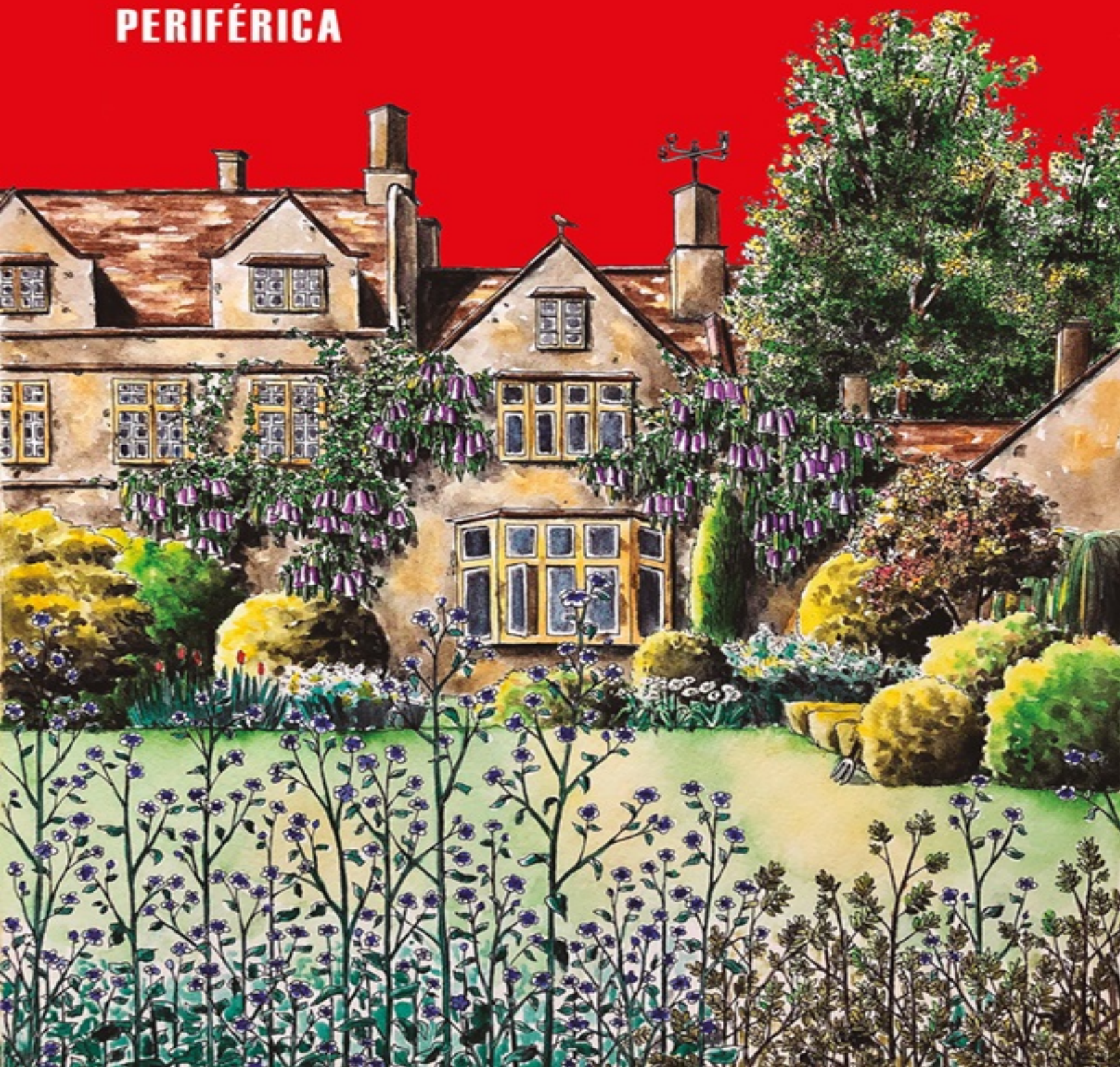


Reginald Arkell
**RECUERDOS DE UN
JARDINERO INGLÉS**
PERIFÉRICA



RECUERDOS DE UN JARDINERO INGLÉS

REGINALD ARKELL

TRADUCCIÓN DE ÁNGELES DE LOS SANTOS

EDITORIAL PERIFÉRICA

PRIMERA EDICIÓN: octubre de 2020
TÍTULO ORIGINAL: *Old Herbaceous*
DISEÑO DE COLECCIÓN: Julián Rodríguez

© de la traducción, Ángeles de los Santos, 2020
© de esta edición, Editorial Periférica, 2020. Cáceres

info@editorialperiferica.com

www.editorialperiferica.com

ISBN:978-84-18264-72-6

El editor autoriza la reproducción de este libro, total o parcialmente, por cualquier medio, actual o futuro, siempre y cuando sea para uso personal y no con fines comerciales

La niebla cae sobre el lecho del río,
ya no quedan rosas,
y aquí estoy yo, a punto de morir,
cuando empieza la cosecha.
Señor, he recorrido millas agotadoras,
un poco de descanso me vendrá bien.

Muy pronto los vecinos estarán en los campos
recogiendo el grano.
Para muchos de ellos,
es extraño el momento
que has elegido.
Aunque, en el fondo, da lo mismo, porque
trabajan cada día.

Septiembre puede ser un buen mes
para los carreteros,
así que tú no digas nada cuando yo muera.
Hasta entonces esperaré mi hora:
los carros se habrán detenido
y habrá tiempo para enterrarme.

(De *Green Fingers Again*, REGINALD ARKELL)

CAPÍTULO UNO

Era una de esas mañanas templadas de otoño en las que la niebla temprana se había convertido en una fina lluvia y todo goteaba. Todavía no había llegado el invierno de verdad; sólo era una suave pausa entre dos estaciones que traía lo mejor de ambas. Ni demasiado calor, como había estado haciendo, ni demasiado frío, como haría más adelante.

Éste era el momento del año y el momento del día que más le gustaba al anciano. Ya no podía salir mucho, pero le habían puesto la cama junto a la ventana de la casita, y allí se sentaba, medio despierto, medio dormido, soñando con esto y lo otro.

Desde donde estaba sentado, recostado entre almohadones, podía ver los jardines de la mansión. Ya no eran lo que fueron, ni mucho menos... Aunque era justo reconocer que seguía haciendo falta más personal, y había que tener en cuenta el verano tan seco, esos jóvenes deberían haber trabajado mejor. Cuando él era un muchacho trabajaba el doble de rápido que ellos. Nada de escabullirse en cuanto el reloj marcaba el final de su jornada. La de horas que había pasado él regando cuando el sol se retiraba de los parterres... Pero hoy día, no. Eso significaba horas extras, ¿y dónde estaba el dinero para pagarlas? Así las cosas, el viejo jardín ya no era lo que había sido cuando estaba a su cargo.

Todo era distinto a como había sido en su época. Ahora ganaban más dinero, y eso estaba bien. Sin embargo, parecía que cuanto más ganaban menos se preocupaban. Tenías que estar orgulloso de un jardín para hacer algo bueno con él. La jardinería era un trabajo a tiempo completo, como las vacas o las ovejas. A las vacas había que ordeñarlas, pasara lo que pasara; y a nadie se le ocurría quedarse en la cama cuando las ovejas estaban pariendo. En un jardín tenías que trabajar según la temporada. Había momentos de poco trabajo, en los que podías tomarte un descanso para fumar una pipa detrás del cobertizo, pero cuando el césped empezaba a crecer y las malas hierbas te invadían, se acababan las tonterías. La de horas que había pasado él regando... Pero estos jóvenes...

Ése era el problema hoy en día. Parecía que ya nadie se preocupaba. Cuando él era pequeño, uno veía a los trabajadores de la granja con sus familias paseando con sus trajes de domingo, como si aquello les perteneciera. Iban presumiendo, orgullosos del trabajo que habían hecho durante la semana. Se reían de los surcos torcidos del joven Harry. Desmenuzaban con los dedos una espiga de trigo de primavera para ver cómo iba la cosa. Un vaquerizo alardeaba de su rebaño ante su mujer. Un pastor se aseguraba de que no hubiera ninguna oveja tendida de espaldas... Después, si se acercaba el propietario, todos entablaban una amistosa charla y todo el mundo aprendía algo... Qué buenos tiempos aquéllos... Qué buenos tiempos.

Con el jardín pasaba lo mismo. Mientras fue responsable del jardín que contemplaba, nunca

se sintió como un trabajador que recibiera un salario. Sentía que era suyo y, en cierto modo, lo era. Eso lo aprendió del viejo John Addis, su primer jefe de jardineros. Era muy tranquilo el viejo John; muy tranquilo y respetuoso, hasta cierto punto; pero cuando se producía algún desacuerdo con la joven señora, no había duda de quién mandaba. «Muy bien, Addis —decía ella—, si usted cree que así es como se debería hacer, yo no tengo ninguna objeción.» Y cuando se trataba de coger flores para la casa, siempre tenían que preguntarle al viejo John... Pero hoy en día, no... Cualquiera podía coger cualquier cosa, porque ya nadie se preocupaba...

Mirando por la ventana, el anciano vio que la niebla del amanecer se había disipado, como si se hubiese levantado una cortina de gasa para revelar los coloridos detalles de un escenario teatral. Las dalias, que la primera helada aún no había ennegrecido; los asteres y las petunias, que aún salpicaban de color una tapia gris; las bayas de un cotoneaster, que parecían un regimiento de soldaditos de juguete con uniforme de gala...

En los arbustos, los avellanos, que ya amarilleaban, daban las primeras señales del dorado desfile final del otoño. Muy pronto, los floridos macizos añadirían a la imagen sus rojos y naranjas; las bayas de coral brillarían detrás del follaje gótico de los evónimos, y las grandes hojas de la catalpa trazarían sus insólitos diseños sobre la hierba húmeda. Habría un postrer revuelo de mariposas alrededor de las últimas hojas de la budelia...

Un panorama en verdad grato y muy inglés, tal como lo había conocido durante más de tres cuartos de siglo. La gente decía que los grandes jardines se habían acabado, que todo pertenecía a todo el mundo y nada pertenecía a nadie. Él no creía eso. El mundo empezó con un jardín, y algo que había existido todo ese tiempo no podía desaparecer tan fácilmente. En cualquier caso, los jardines durarían más que él, y lo que ocurriera cuando él ya no estuviera no era asunto suyo.

¡Jardines! El anciano cerró los ojos y dejó vagar sus pensamientos por el fragante pasado. Un largo trayecto, cuesta arriba la mayor parte del camino, pero a él lo había llevado a alguna parte, sin la menor duda. Empezó siendo un don nadie y terminó siendo alguien, aquel día, cuando le pidieron que fuese juez en la Feria del Condado... El almuerzo en la gran carpa, y él sentado a la mesa principal... En aquellos días un joven podía abrirse camino y llegar a algo, si no le asustaba el trabajo y se tomaba interés por su oficio.

Pues bien, él se había apasionado y había alcanzado lo más alto. Lo habían respetado. Puede que algunos de los jóvenes se rieran de él a sus espaldas. Y que lo llamaran «el Viejo Yervas» cuando creían que no los escuchaba. Eso sí, nunca se tomaron libertades. Al fin y al cabo, él era un poco una suerte de planta perenne... Ochenta años había durado... así que los dejaba con sus bromitas.

Eso era lo mejor de hacerse viejo. Uno no se acaloraba por pequeñeces y no tenía que preocuparse por el futuro... Quedaba muy poco tiempo para eso. Ahí estaba, en su casita y con lo suficiente en la caja postal de ahorros para vivir. Podía permitirse cualquier cosa que necesitara. No dependía de nadie. Lo que alguien hiciera por él se le pagaba, y bien que se alegraban de encontrar el dinero en la repisa de la chimenea cada sábado por la mañana.

Así es como debía terminar un hombre, y así es como iba a ser...

CAPÍTULO DOS

Un jueves de noviembre de 1789 se llevó a cabo lo que el *Morning Post* describió como «la mayor obra para la navegación fluvial de este reino». El río Severn se unió al Támesis por un canal intermedio que lo elevaba ciento dos metros, mediante cuarenta esclusas; después entraba por un túnel que atravesaba la colina Sapperton, un trayecto de dos millas y tres estadios, y descendía gracias a otras veintisiete esclusas hasta llegar al Támesis a la altura de Lechlade.

Cuando el primer barco completó aquel tremendo recorrido, fue recibido por grandes multitudes que respondieron al saludo de doce salvas de cañón con fuertes exclamaciones de júbilo. Se ofreció una cena en cinco de las principales posadas, y el día terminó con el tañido de las campanas, una hoguera y un baile.

«Con respecto al comercio interno del reino y la seguridad de las comunicaciones en tiempos de guerra —concluía el *Morning Post*—, esta conjunción del Támesis y el Severn conllevará, para siempre, los mayores beneficios.»

Qué poco valen los presuntuosos pronósticos humanos. En menos de cincuenta años los ferrocarriles habrían sellado el destino del transporte fluvial, y, al cabo de otros cincuenta, el canal entre el Támesis y el Severn ya estaba prácticamente abandonado.

Pese a todo, ninguna reflexión sombría acerca de la mutabilidad y la decadencia afligía los pensamientos de los muchachos del pueblo, los cuales, en la década de los setenta, se sentaban en el arqueado puente e intercambiaban dudosas gentilezas con el anciano encargado de la esclusa, que vivía en la curiosa caseta de la maquinaria. Su trabajo era casi una sinecura, pues, aunque el canal seguía siendo oficialmente navegable, podía transcurrir una semana antes de que pasara la siguiente barcaza. Y ésta sólo llevaría una carga de carbón para los pueblos o sacos de cebada que algún granjero de la localidad vendía a los cerveceros de Bristol.

Así las cosas, el encargado de la esclusa, un vejestorio inútil donde los hubiera, tenía tiempo de sobra para pelearse con sus jóvenes verdugos, y el canal se entregó a la nostálgica tarea de olvidar sus antiguas glorias.

Entre los golfillos que cogían piedras del puente y las tiraban al agua estancada, había uno que no compartía del todo aquel espíritu. Al igual que sus compañeros, llevaba los pantalones de pana y las botas de remaches que sus hermanos mayores habían desechado, pero sus rasgos eran más finos, y una de sus flacuchas piernecillas era una pizca más corta que la otra debido a una temeraria payasada en la que él se había llevado la peor parte. Sus «malas contestaciones» al inútil vejestorio no tenían la chispa de las de sus amigos, posiblemente porque él no podía correr a la misma velocidad que ellos; e incluso cuando la ocasional barcaza asomaba por el recodo del canal, él estaba más pendiente de los lirios amarillos y las flores del cuco que cada año le

ganaban más terreno al menguante canal.

En este punto de sus meditaciones, el Viejo Yervas se revolvió con inquietud entre los cojines. Le encantaba deambular por el pasado, especialmente por las orillas del viejo canal, pero siempre su propia imagen, tan diferente de la de los otros niños, se presentaba como un elemento perturbador. Porque, en verdad, él era diferente y por una muy buena razón.

Al abrir la puerta de su casa, una mañana de mayo de hacía ochenta y tantos años, la señora Pinnegar, la esposa de un ganadero, se llevó un buen sobresalto. Allí, en el umbral, envuelto en una vieja camisa de algodón, había un niño prácticamente recién nacido. La señora Pinnegar, un alma bondadosa con seis hijos, pasó revista a las solteras del pueblo. Varias de ellas estaban encintas, pero la señora Pinnegar, partera no oficial y amiga de todas las familias, conocía sus fechas con precisión y el problema no fue tan fácil de resolver. Los cíngaros llevaban semanas sin pasar por el pueblo. Como era una mujer práctica, la esposa del ganadero recogió el paquete que le habían dejado las hadas, lo bautizó con el nombre de Herbert, por un tío suyo al que habían matado en la guerra de Crimea, y se puso a hacer la colada de los lunes. Cuando se tienen seis hijos, uno más no supone mucha diferencia.

Como es natural, aunque se habló de aquello en el momento, las llegadas inesperadas nunca eran noticia de primera plana en un pueblo inglés. El incendio de un almiar o una charla sobre los prusianos que habían ocupado París eran temas mucho más interesantes. El joven Herbert echó raíces en su nueva casa; las estaciones fueron pasando, y las nuevas máquinas cosechadoras empezaron a atar las gavillas con cuerda...

Sin embargo, que a uno lo hubieran recogido del umbral de una puerta lo deslucía todo un poco; en especial cuando le había ido bien y era alguien en el pueblo. Es verdad que no quedaba nadie que le reprochara su nacimiento. Todo el mundo había muerto, del primero al último. Los viejos se marchaban y llegaba gente nueva, y uno ya casi no podía encontrar a nadie que recordara algo. Él se iría pronto también, y entonces no quedaría nada salvo casas... y jardines.

Qué curioso. Plantabas un árbol, lo veías crecer, recogías el fruto y, cuando llegabas a viejo, te sentabas a su sombra. Después morías y todos se olvidaban por completo de ti, como si nunca hubieras existido... Aun así, el árbol seguía creciendo, y nadie reparaba en él. Siempre había estado ahí y siempre estaría ahí... Todo el mundo debería plantar un árbol, en algún momento, aunque sólo fuera para presentarse con humildad a los ojos del Señor.

El Viejo Yervas no era lo que se dice un hombre religioso. Sólo cuando se sentía profundamente conmovido se acordaba de su creador. Esas ocasiones eran infrecuentes y, por lo general, tenían que ver con la horticultura. El bienestar espiritual del ser humano era cosa del párroco, pero un árbol que sufría un hongo parásito era harina de otro costal. En tales ocasiones se llamaba al Primer Jardinero para pedirle una segunda opinión, y normalmente lo que *Él* decía se aceptaba.

Esta heterodoxia más bien primitiva había preocupado a una serie de interesados en la vieja casa del párroco. Cada párroco sucesivo había ido con mucha maña a la caza del alma de este feligrés descarriado, sin ningún resultado visible. Varios de ellos habían sido conscientes de que había creencias religiosas escondidas en alguna parte, pero ninguno había conseguido una conversión completa. ¡Incomprensible! Cuando se dirigía a toda prisa a su misa de tres horas, un joven y amable sacerdote se había acercado a preguntarle al anciano si sabía en qué consistía el Viernes Santo. «¿El Viernes Santo? —respondió—. El Viernes Santo es el día en que el Todopoderoso piensa que deberíamos ir sembrando las patatas.»

En realidad, este tema de la religión había molestado al Viejo Yervas más de la cuenta durante sus ochenta años de relación con los asuntos terrenales. Cada vez que había hablado con el Todopoderoso había tenido la inquebrantable fe de que estaba hablando con un igual en cuyo consejo se podía confiar en una emergencia. Pero ¿qué era una emergencia? No podía estar llamando eternamente a las puertas doradas, por así decir. Al fin y al cabo, él era sólo uno entre millones. Y así nació una creciente desconfianza que amenazaba con extinguir aquella benéfica relación: como si estuvieras siempre pidiéndole favores a un amigo y de pronto te dieras cuenta de que podrías estar pasándote de la raya.

De tiempo en tiempo podías hacer, por supuesto, un poco de ruido, sólo para mostrar lo que opinabas de las cosas. Cuando la anciana señora Pinnegar murió, por ejemplo, él le ofreció un funeral como nunca se había visto en el pueblo. Dejó el invernadero pelado de flores. La mitad fue para la señora y la mitad para el Todopoderoso. Podía ver ahora el ataúd o, mejor dicho, no podía verlo, por los lirios, los claveles y las orquídeas. Después de aquello se había sentido tranquilo; aun así, seguía debiéndoles algo a ambos y no se olvidaría de decírselo cuando llegase su hora...

Una vez tranquilizada así su conciencia, el anciano dejó que sus pensamientos volvieran, con más alegría, hacia el puente arqueado del viejo canal y el chiquillo de los pantalones de pana y las botas de remaches. Siempre se alegraba al pensar en aquellos tiempos. Podía recordar mejor a las personas. Ver sus rostros y oír sus voces. Lo mismo le pasaba con la Historia. Había muchas cosas en medio que no parecían ser muy importantes, pero que le preguntaran sobre Alfredo el Grande o Guillermo el Conquistador, que no tendría ningún problema.

Recordaba, como si hubiera sido ayer, el primer día que fue a la escuela del pueblo, cuya directora era una señora grande y tranquila que atemorizaba a todo el mundo —incluido el párroco—, pues era la presidenta del consejo, y que iba los miércoles a dar la clase semanal de Escrituras.

Mary Brain se llamaba, una persona robusta con aspecto robusto, que empleaba métodos robustos para asegurar su ineludible objetivo. No se andaba con delicadezas innecesarias ni se movía con aire misterioso para realizar sus prodigios. ¡Ella no! Ella sabía exactamente a dónde iba y tú tenías que apartarte de su camino o morirías aplastado: una apisonadora humana con un agudo sentido de la orientación. La clase de mujer completa que, como nos gusta decir, no nace hoy día, lo cual es, por supuesto, una tontería.

Nunca se había casado, y la razón se la dio una vez un joven universitario muy insolente que partió de Oxford en una batea para descubrir el verdadero nacimiento del Támesis. Mary Brain, entonces mucho más joven y delgada, estaba en el prado buscando la primera *fritillaria* ajedrezada. Se sentaron y charlaron durante una larga tarde de verano; pero, cuando él intentó besarla, ella le dijo que se ocupara de sus asuntos... que era, claro está, descubrir el verdadero nacimiento del Támesis.

El orgullo herido volvió elocuente al joven.

—Tu problema —le dijo a Mary— es ese aspecto que tienes, tan eficiente, tan capaz, tan competente. ¡Es que da miedo! ¿Por qué llevas esas gafas tan horribles?

—¡Porque soy miope!

—Eso no es motivo. Ninguna muchacha que tenga los ojos bonitos debería llevar gafas. Quítatelas. Tíralas al río. ¡Venga, tíralas al río!

Encandilada con aquel dinámico joven, Mary Brain se quitó las gafas, las cerró con cuidado

y... las tiró al río. Pero su preceptor en el arte de la fascinación no estaba satisfecho.

—Y ahora, el pelo —le dijo, con brío—. Demasiado serio.

—¿Qué tengo que hacer con el pelo? —preguntó Mary con un hilo de voz—. ¿Tirarlo al río?

Había un brillo peligroso en la mirada del joven.

—Te voy a enseñar lo que tienes que hacer con el pelo —dijo.

Y allí, en la orilla del plateado Isis,^[1] le deshizo las severas trenzas, hasta el punto de que parecía que habían arrastrado a la muchacha por un seto, de espaldas. Entonces él se retiró para contemplar su obra.

Al parecer le gustó lo que vio.

—Mucho mejor —dijo—. Eso te ha quitado mucho almidón. ¡Déjate así! Volveré un día de estos.

Con un vigoroso golpe de remo dobló el recodo y desapareció.

CAPÍTULO TRES

Mary Brain volvió a su escuela. Se compró unas gafas nuevas y se aplicó en ser más amable y competente que nunca. No se casó, pero alguna que otra vez se comentaba que llevaba el cabello un poco despeinado, como si alguien hubiera estado revolviéndoselo.

Al no tener hijos, trataba con cariño a los niños que estaban a su cargo; y de tiempo en tiempo alguno era objeto de una atención más maternal. Ese niño no tenía por qué ser el alumno más brillante ni el más incapaz. Bastaba con que un par de ojos azules sonrieran con timidez desde la tercera fila para que todas las defensas de Mary se derrumbaran con estrépito. A partir de entonces, el perplejo infante se encontraba en posesión de un segundo hogar y una segunda madre, que normalmente resultaban más agradables que aquellos que en verdad eran los suyos.

Así pues, el joven Herbert, que se arrastraba como un gatito asustado por un mundo extraño y frío, descubrió un maravilloso y nuevo cielo donde por fin significaba de verdad algo para alguien. En el pasado, el instinto maternal de Mary en ocasiones había despertado celos y comentarios sobre su posible favoritismo, pero, como a nadie le importaba lo que le ocurriera a un mocoso sin madre después de las horas de colegio, ninguna serpiente asomó la cabeza a este particular Edén.

No había tarde de verano en que no se los viera paseando por el camino de sirga del viejo canal. A veces se detenían para coger alguna flor silvestre que les llamaba la atención y se ponían a hablar con fervor sobre sus características. En ocasiones, la abrían para hacer una especie de investigación. Mary Brain era la mayor autoridad del país en flores silvestres, de manera que empezó a decirse del joven Herbert que «lo que él no supiera de flores silvestres no merecía la pena saberlo».

El viejo canal era su terreno de caza favorito por dos razones. En primer lugar, podías pasear por él sin que ningún granjero enfadado te gritara. Los granjeros, en aquellos días, eran auténticos perros del hortelano. No querían las flores silvestres para nada —las detestaban, de hecho—, pero tampoco querían que nadie las disfrutase. Bastaba con que cogieras una margarita de la linde de un campo de heno para que armaran tanto escándalo como si le hubieras pegado fuego a un almiar. No hay duda de que estaban hartos de los cazadores furtivos y los intrusos, pero podían tener un poco de sentido común.

Después de dos o tres encuentros como aquéllos, el joven Herbert empezó a aborrecer y a detestar a todos los granjeros. Le hería el orgullo que le gritaran desde el otro lado de un campo de diez acres por coger una primula temprana. Para él todos los hierbajos eran flores, mientras que para los granjeros todas las flores eran hierbajos, así que había poca esperanza de llegar a un entendimiento. Nunca, nunca, se prometió a sí mismo, iría a la granja cuando dejara la escuela.

Antes trabajaría limpiando el arcén de la carretera, o haciendo chapuzas, o... o cualquier cosa. Nada de granjas, ¡ni hablar!

La segunda razón para preferir el canal era su maravillosa riqueza de vida vegetal. Incluso en aquellos tiempos, la ocasional barcaza tenía que abrirse camino entre regueros de lirios amarillos, lentejas de agua, heliotropos silvestres y una docena más de otras plantas exuberantes. Si dabas medio paso, el olor de la menta acuática que crecía a tus pies casi te tumbaba; las flores del cuco tenían cada una su forma y su color, y las nomeolvides silvestres...

A veces el joven Herbert le hacía alguna pregunta realmente difícil a su acompañante. ¿Qué flor silvestre le gustaba más a ella? Él no tenía dudas al respecto; eso sí, quería oír cómo una autoridad superior aprobaba su parecer. Después de hacer su pregunta, se acurrucaba disfrutando con la expectativa, porque *él* sabía y *ella* sabía que no había nada comparable a la nomeolvides silvestre. Las que se cultivaban en los jardines no tenían comparación. Cuando él tuviera su propio jardín, cavaría un agujero, lo llenaría de agua y plantaría nomeolvides silvestres alrededor.

Era el color lo que lo dejaba atónito. No había un azul igual y nunca lo habría. El joven Herbert no había visto una genciana, ni siquiera la preciosa *Ipomea Nemophila Leari*, pero con la natural confianza de la juventud estaba preparado para respaldar su propio criterio. Llegaría el momento en que cambiaría de opinión, aunque a regañadientes y con muchas disculpas nostálgicas al viejo canal y sus nomeolvides silvestres.

Aparte de las flores, la vida silvestre del campo no le interesaba en absoluto. Los huevos de los pájaros, por ejemplo, sólo los miraba. Un día encontró un nido extraño en medio de un espino. No lo alcanzaba, así que con un palo doblado inclinó el nido por una esquina. Estaba lleno de polluelos y uno de ellos se cayó. El joven Herbert enterró al desnudo pajarillo y se sintió fatal por lo que había pasado. Eso lo curó de la afición a los pájaros.

Pese al miedo que les tenía a los granjeros, el joven Herbert no tenía que preocuparse cuando navegaba en convoy, por así decir. Mary Brain surcaba las aguas enemigas como un pirata de antaño, con todas las velas desplegadas y un costado de cañones alineados listos para entrar en acción. Que Dios ayudara al infausto granjero que se metiera con ella o con sus ilícitas exigencias. Las rodillas del joven Herbert entrechocaban como un par de castañuelas, aun a sabiendas de que saldrían victoriosos del combate. Para hacer justicia a los granjeros hay que decir que ellos no iban buscando problemas. Eran hombres pacíficos que hacían la vista gorda y reservaban la artillería para mejor ocasión.

Así las cosas, los dos malhechores recorrían los campos, buscando aventuras nuevas y desconocidas. Unas veces era una orquídea salvaje de una especie bastante rara; otras, podía ser un siniestro beleño que dejaba caer sus alas viscosas sobre un montón de basura olvidado. Y mientras deambulaban juntos y alegres, como un par de viejos compinches, la maestra llenaba la receptiva mente del alumno con el repertorio de datos que tan útiles le resultaron cuando los días de aprendizaje llegaron a su fin.

Todo esto podría sugerir que el joven Herbert estaba siendo un poco mimado, por su cojera y por ir siempre pegado a las faldas de la maestra. Dos gamberrillos, confundidos por esta falsa impresión, pensaron que no les ocurriría nada por hacerle una pequeña jugarreta. Así pues, cogieron un delantal de niña y empezaron a ponérselo a Herbert. No lo intentaron dos veces. Por una vez en su vida, el joven Herbert sintió una fría cólera tan intensa que asustó mucho a los otros dos. No hubo patadas ni les tiró piedras. Sólo un niño muy menudo con la cara muy blanca

que mostraba un desprecio tan amargo que, de repente, el juego perdió toda la gracia.

Buscando en sus dudosos orígenes, el joven Herbert había encontrado a un campeón y había desarrollado una personalidad. Quizá, al fin y a la postre, había algo ventajoso en ser hijo de nadie.

Esta rara peculiaridad se manifestaba de muchas maneras. Patinar en el canal, por ejemplo. En aquel entonces, patinar no era una afición de pobres. No tanto por el precio de los patines como por un sentido de lo apropiado, que evitaba que las clases superiores e inferiores patinasen en el mismo estanque. Con mucha calma y sin ningún alboroto, el joven Herbert pasó por encima de esa clase de convenciones sociales. Se hizo con un par de patines; corrigió su cojera añadiéndole una pieza de madera a la suela de la bota izquierda y aprendió él solo todos los secretos del equilibrio en menos de hora y media. Una vez que estuvo sobre el hielo se transformó. Algo le dio alas y el niño cojo se convirtió en una golondrina que había alzado el vuelo.

Y aquí fue donde el viejo canal tuvo una vez más una función que cumplir. Cuando comenzaban las heladas, el patinaje estaba limitado a las charcas de los prados, si bien a medida que se repetían, el hielo del canal se fortalecía y, de no ser por las esclusas, se habría podido patinar desde el Támesis hasta el Severn sin interrupción. El agua que corría bajo los puentecitos arqueados era lo último que se congelaba, y las almas prudentes, cuidándose de no acercarse al agua helada, se quedaban en la parte más lejana del puente hasta que algún espíritu más atrevido se aventurase.

El joven Herbert era siempre el primero en patinar bajo los puentes. Cuando tomaba mucha velocidad, juntaba los pies y se dejaba llevar por la inercia sin percances. Eso significaba ser un pionero de primer orden, lo que exigía habilidad, criterio y valentía, porque el menor error de cálculo en el tiempo lo habría llevado bajo el hielo sin posibilidad de escape. Los ancianos, que recordaban antiguos accidentes, contenían la respiración, pero el muchacho no cometía errores, y su actuación durante los meses de la Gran Helada se convirtió en una leyenda en los pueblos cercanos.

El éxito en cualquier ámbito es algo estimulante. El joven Herbert salió de aquel duro invierno fortalecido y reconfortado. Para cuando el hielo se derretió, aquel muchacho que se quitó los viejos patines y tiró las piezas de madera que, durante un par de meses, lo habían hecho igual de alto que sus amigos ya era un muchacho muy diferente. Ahora sabía que, si le daban la oportunidad, él podía ser tan bueno como el mejor de ellos. Si un trozo de madera en la suela de unos zapatos era lo que marcaba la diferencia, no tenía nada de qué preocuparse. Lo que podía hacer en el hielo podría hacerlo en cualquier parte.

En cuanto a esos otros chicos, los hijos de los granjeros que estrenaban ropa todos los años e iban al instituto, ya no les tenía miedo. Había visto cómo lo observaban, deseando patinar como él, ¡pero les daba miedo ser los primeros en hacerlo bajo los puentes! Bueno, si el invierno siguiente había una buena helada, les enseñaría unas cuantas piruetas más.

De esto se deducirá que el joven Herbert estaba despojándose de su complejo de inferioridad igual que una serpiente se despoja de su piel bajo el sol de primavera. Y ese complejo nunca volvió... del todo, ya que de vez en cuando, el Viejo Yervas, dormitando entre los cojines, todavía sentía una punzada de aquel viejo enemigo.

Al fin y al cabo, *era* un poco difícil venir al mundo siendo el hijo de nadie, aunque incluso en ese inconveniente parecía haber una especie de ventaja, al convertirte, en cierto modo, en alguien

diferente. Si él hubiera sido uno más de los niños del pueblo, habría acabado en una granja, empujando un arado durante el resto de su vida. Nunca se habría sentado a la mesa con un auténtico lord ni habría hablado con él de tú a tú. Nunca habría sido un jardinero de verdad...

Es curioso cómo suceden las cosas. Nunca sabes qué será lo mejor para ti a largo plazo, y el largo plazo es lo que cuenta. Al verlo ahora, algunos de aquellos jóvenes podrían pensar que no había llegado muy lejos, pero tendrían que haberlo visto en su momento de gloria.

Un rayo de sol se deslizaba por un cristal de la ventana de la casita, iluminando un trofeo dorado hasta que brillaba como una oriflama. El Viejo Yervas sonrió con alegría. Sí, esos jóvenes tendrían que haberlo visto en su momento de gloria...

CAPÍTULO CUATRO

Cuando, una semana antes del Concurso Anual de Flores, el joven Herbert anunció que participaría en la modalidad de flores silvestres, Mary Brain le dio un plan de estudios, con sus bendiciones, y lo echó de la casa con instrucciones de que no volviera hasta que el concurso hubiera terminado.

Ella sabía, quién mejor, cómo le daban a la lengua en el pueblo, especialmente cuando ganabas un premio en el concurso. Dos cosas sacaban a la luz lo peor de su pequeña comunidad: decorar la iglesia para la Pascua o la Navidad, porque entonces se desataban los celos; y ganar un premio en el concurso de arreglos florales, porque entonces se vertían las más espantosas calumnias sobre los participantes que ganaban.

Si por alguna remota casualidad el joven Herbert llamara la atención de los jueces, todo el mundo diría que ella lo había ayudado con la selección y elaboración de su arreglo floral, igual que siempre dijeron que Daniel Green nunca podría sembrar zanahorias y que Silas Mustoe le había pedido un par de chirivías al jardinero jefe de la Casa Grande, todo lo cual ella se lo explicó al futuro campeón antes de cerrar la puerta y mandarlo a ocuparse de sus tareas.

Lanzado así a la deriva, el joven Herbert conoció el sabor agridulce de la responsabilidad personal por primera vez. De nuevo se sintió como el gatito que nota la parte afilada de la garra de su madre mientras ésta le dice que, en adelante, cace él sus ratones. Ahora tendría que recurrir a su propia experiencia y presencia de ánimo. Pese a saber incluso dónde encontrar flores y cómo llamarlas, aún tenía que enfrentarse a aquellos terribles granjeros que salían de repente de la nada y le gritaban, como uno de aquellos enormes toros que algunas veces llevaban por la carretera con un aro en la nariz.

Esta perspectiva le daba tanto miedo que el joven Herbert estuvo a punto de abandonar. Hasta que pensó en el viejo canal, donde las flores crecían como las malas hierbas y a nadie le importaba cuántas cogieras. Perdería mucho por no aventurarse en los campos; aun así, un raro instinto le dijo que algo se ganaría con la especialización. Además, la mayoría de las flores que le gustaban de verdad crecían en el canal y, como crecían juntas, también quedarían bien juntas. Como dos personas que se conocieran desde siempre, se apreciaran mutuamente, llevaran el mismo tipo de ropa, etcétera. El joven Herbert no lo pensó así exactamente, pero cualquier cosa era mejor que aventurarse en esos extensos acres cultivados en los que manda la propiedad privada.

Así las cosas, se fue al canal con un cubo viejo y uno de los cuchillos de mesa menos oxidados de la señora Pinnegar. Nada más empezar tuvo que aprender la lección que aprende todo jardinero: las flores nunca salen todas al mismo tiempo. O llegas demasiado tarde o llegas

demasiado pronto. Las flores que cultivas hoy nunca son tan bellas como las que cultivaste ayer y que volverás a cultivar mañana. El jardinero es un ser frustrado para el que las flores nunca brotan en el momento oportuno. En todo lo que lo rodea ve cambio y descomposición. Es todo muy triste, y cómo los jardineros consiguen salir adelante ante tales adversidades es una de esas cosas que nadie entenderá nunca.

El joven Herbert había hecho una lista de las flores que incluiría en su ramillete para el concurso. Había lirios amarillos, reinas de los prados, *mimulus*, berros de prado, flores del cuculillo, aros y, por supuesto, nomeolvides silvestres. Llegado el momento, tuvo que tachar tantos nombres de la lista que pareció que no quedaba nada. Era horrible. El joven Herbert se sentó en la orilla con su cubo y, como muchos jardineros, se lamentó de no poder abarcar todo el verano en una tarde de agosto.

Pero estaban las nomeolvides, y las áureas, y las reinas de los prados. Tenía dudas con las flores del género *mimulus*; le parecía que se marchitarían antes de llegar a casa. Ése era el problema con las plantas acuáticas. Duraban mucho menos que las que se cogían en los campos. Era como intentar mantener vivos unos pececillos, cambiándoles el agua todo el rato, tres o cuatro veces antes de llegar a casa. Bueno, era inevitable. El joven Herbert llenó su cubo con un poco de cada cosa sin perder la esperanza.

La mañana del concurso se despertó a las seis y vio que estaba lloviendo a mares, un verdadero diluvio. La noche anterior, cuando dieron una vuelta por las carpas y curiosearon en los remolques, parecía que haría bueno durante una semana. Todo el mundo lo dijo, incluso el viejo Noah Boulton, que era capaz de oler la lluvia a una milla de distancia. Y aquí estaba, cayendo a cántaros...

Si el joven Herbert hubiera sido un poco mayor, habría sabido que eso era lo mejor que podía haber pasado. «Si a las seis llueve, hace bueno a las nueve»: tiempo suficiente para que todo se secase antes de que los jueces hicieran la ronda y empezara el gran partido de críquet. Lo único es que la Juventud no confía en la Experiencia. Ése era el Día y ahí estaba la Lluvia. Así pues, dado que era un niño, y como tantos niños antes que él, se volvió hacia la pared y lloró.

Éste no fue el único golpe de aquel azaroso día. Cuando llegó a la carpa grande vio, para su consternación, que su arreglo de flores silvestres, minuciosamente dispuesto en un gran plato pastelero, era mucho más pequeño que todos los demás. Dedaleras, gordolobos y julianas sobresalían por encima de su pobre esfuerzo. Donde él había reunido menos de una docena de variedades, sus rivales tenían veinte. El joven Herbert sintió una desagradable angustia en el estómago. ¡Conque a esto lo había llevado su miedo a los granjeros! Bueno, le estaba bien empleado. Pero de la experiencia se aprende: ya lo sabía para la próxima vez.

Los participantes estaban dando los últimos retoques a verduras, frutas y flores —uno de ellos estaba sacándole brillo a una sonrosada manzana con un trozo de franela— cuando entraron los jueces y mandaron salir de la carpa a todos los concursantes. Esos arrogantes, que procedían de pueblos vecinos, impresionaban a todo el mundo. Eran unos hombres muy serios, con un aire de solemnidad muy apropiado para tan solemne ocasión. El joven Herbert se rezagó todo lo que pudo, viéndolos pellizcar calabacines, cortar manzanas por la mitad, anotar cosas en unos libritos... Y, mientras miraba, tomó una gran decisión. Algún día él también sería juez en un concurso floral. Algún día sabría tanto de flores que le pedirían que fuese juez en todos los concursos. Lo llevarían en un faetón y lo invitarían a sentarse a la mesa principal de la gran carpa donde se servía el almuerzo. A lo mejor tendría que dar un discurso...

Estaba tan ocupado haciendo castillos en el aire que se olvidó del desastre del concurso de flores silvestres. Pasaron un par de minutos, además, antes de que se diera cuenta de que los jueces —esa imponente panda de autócratas— estaban acompañados por la señorita más encantadora y risueña que había visto en su vida. Era casi una niña; no tendría más de dieciocho años. El joven Herbert se quedó en medio de la carpa, con la boca abierta, y de inmediato se enamoró por los siglos de los siglos, amén.

Como no había tomado precauciones, lo descubrieron y lo echaron con muy malos modos. Aun así, no le importó. Ahí teníamos a uno de esos grandes enamorados, atontolinado, boquiabierto y turulato. «Oro en su pelo, oro en sus pies...»[2] El joven Herbert salió a la luz del sol, tropezó con una cuerda de la carpa y casi se parte el cuello. Pero esto tampoco le importó.

Durante las dos horas siguientes estuvo deambulando por la feria, jugando al delicioso juego de elegir qué haría si tuviera el dinero para hacerlo. Cuando no había nadie mirando, probó la máquina de fuerza, pero como no pudo levantar el martillo, fue a ver el cerdo al que estaban untando de grasa y que se convertiría en propiedad de quien fuera capaz de atraparlo. Después se sentó bajo un árbol y se comió los bocadillos que la señora Pinnegar le había preparado, y terminó viendo del partido de críquet que siempre se jugaba la tarde del concurso.

Estaba tumbado en la hierba al lado del vestuario cuando un maravilloso joven con pantalones blancos de franela y una chaqueta rosa lo llamó: «Eh, muchacho, ve a buscar algo para que se siente esta señorita». Cuando volvió tambaleándose con una hamaca más grande que él, el joven Herbert fue recompensado con los primeros seis peniques que había tenido en su vida... y una sonrisa de la risueña señorita de la carpa de las flores. Acto seguido salió corriendo hacia la feria, para perderse entre los carruseles y los columpios. Olvidado quedó el partido de críquet; olvidado quedó el concurso floral. El joven Herbert, con seis peniques en el bolsillo y un extraño golpeteo bajo la chaqueta de pana, era el muchacho más feliz de la feria.

Unas horas más tarde, cuando el sol empezaba a esconderse detrás de los grandes olmos del parque, todo el mundo se reunió alrededor del pabellón donde se iban a entregar los premios a los afortunados ganadores. El joven Herbert no tenía particular interés en esto, pero cuando vio quién estaba repartiendo las medias coronas, los chelines y los seis peniques, se abrió camino hasta la primera fila para volver a ver bien a su encantadora dama. Uno por uno los vecinos del pueblo subieron los escalones, recibieron sus premios y también el debido aplauso de los menos afortunados. Estaba la anciana señora Edmonds, que hacía los mejores bizcochos del mundo, y el director de la banda local, que había llevado a sus chicos a la victoria en el tiro de cuerda. Parecía que casi todo el mundo tenía un premio excepto el joven Herbert. Pero a *él* qué le importaba.

Y entonces: «Concurso de flores silvestres para escolares menores de doce años: primer premio, Herbert Pinnegar...». La señorita encantadora esperaba con un sobrecito blanco en la mano, pero nadie se acercó a recogerlo. Su legítimo dueño, el niño de la primera fila, estaba muy lejos de allí, en un país dorado en el que los caballeros montaban caballos blancos y se atacaban unos a otros con lanzas. Alguien le dio un empujoncito en la espalda. «¡Venga, eres tú!», dijo una voz, y literalmente lo subieron a los escalones.

—¡Vaya, vaya! —dijo la señorita—. Es el niño que me trajo la silla. Fuiste muy amable. ¿Sabes por qué te he dado el primer premio?

—No, señorita —dijo el joven Herbert. Y si alguna vez dijo la verdad, fue entonces.

—Porque elegiste flores acuáticas en vez de coger las primeras que encontraras y juntarlas de

cualquier manera. Tienes que ayudarme con mi jardín un día de éstos... Ya puedes irte...

Por supuesto, debería haberse tocado la gorra, haberse vuelto con gracia, haber bajado los escalones y mostrado su brillante media corona a sus envidiosos contemporáneos. Sin embargo, el joven Herbert no hizo nada de eso. Sólo se quedó allí suspirando de manera lastimosa. «Ni siquiera alargó la mano para coger el dinero», como le dijo una incrédula matrona a una vecina.

Entretanto, el ganador del segundo premio estaba esperando, así que lo acuciaron a que bajara los escalones y todo el desafortunado episodio fue atribuido a un ataque de nervios, algo común entre la gente muy joven de nuestros distritos rurales más remotos.

Pero los nervios no tuvieron nada que ver. La conciencia había asomado su terrible cabeza. El joven Herbert quería explicarle a la señorita que no había sido el ingenio, sino el miedo a los granjeros lo que lo llevó a ganar el premio. En su corazón sabía que la había engañado, y nunca se perdonaría por eso.

No: ni aunque llegara a cumplir cien años se lo perdonaría.

Y, para ser justos con él, nunca se lo perdonó.

CAPÍTULO CINCO

El verano, aquel año, se convirtió en invierno sin interrupción. No llovió, el terreno se agrietó y se podría haber barrido el lecho del campo con una escoba. Nadie recordaba un verano así.

Si bien las cosechas fueron escasas, como nada se echó a perder, la producción estuvo por encima de la media. Los precios eran bajos, pero también fueron bajos los costes de limpieza de los campos en esas condiciones ideales. Todo se recogió sin contratiempos y todo el mundo estaba contento.

Los muchachos del pueblo lo pasaron como nunca. Cuando los conejos empezaron a aparecer por entre los menguados trigales, ellos corrían y gritaban a placer. De vez en cuando, un gazapo, asustado por el ruido, se escondía debajo de una gavilla, y entonces lo atrapaba algún pilluelo no mucho más grande que él. Muy de vez en cuando, un golpe atinado con el palo de una horqueta acababa con alguno; aun así, en su mayor parte, el susto que se llevaban las criaturas silvestres era mayor que el daño que recibían.

La única persona que no compartía el espíritu festivo general era la esposa del granjero. Durante la mayor parte del año tenía toda la ayuda que quería en el jardín y en la casa. Siempre podía contar con uno de los mozos del establo si había que cavar, y las mujeres del caserío solían ir a ayudar con la colada de la semana. Pero ahora estaban todos atareados en los campos. Los muchachos llevaban y traían a los caballos de los almiarés; las mujeres preparaban las gavillas e incluso los niños recogían espigas por su cuenta. La fiesta de la cosecha acaparaba el trabajo eventual con sus ávidas garras y no se admitían zánganos en aquella ajetreada colmena humana.

De esta suerte, cuando el granjero, intranquilo y atosigado por las exigencias de los acontecimientos, se encontró con el joven Herbert diseccionando minuciosamente una margarita, tuvo unas palabras con él. El granjero acababa de recibir una regañina de su esposa, porque no había nadie que le llevara los jarros de agua, de modo que envió al joven gandul a que se presentara en la puerta de atrás a toda velocidad.

El joven Herbert se dio toda la prisa que su cojera le permitía. A decir verdad, se alegraba de ayudar en el jardín: no porque después le dieran un par de peniques, sino porque le dolía ver las flores sufriendo por falta de un poco de agua al final de un día caluroso. Llenó entonces dos cubos en el surtidor del patio y fue tambaleándose hasta donde la esposa del granjero se afanaba con su regadera.

Ella lo recibió con los brazos abiertos.

—Bendito seas —dijo—, ya estaba perdiendo los nervios y has aparecido *tú*. Ahora terminaremos en la mitad de tiempo.

El joven Herbert no cabía en sí de gozo. Ahí había un trabajo que merecía la pena y alguien a

quien merecía la pena ayudar. Puso todo su empeño, y los cubos aparecían por la esquina con la rapidez y precisión de una moderna cinta transportadora.

La esposa del granjero estaba impresionada. Al ser ella misma una entusiasta, reconocía el entusiasmo en los demás. Entre las idas y venidas al surtidor, hablaba de semilleros, de almácigas, de parterres y de cómo se debía organizar un arriate. Aquí se pondrían las lobelias y allí las flox, que son más pequeñas, y habría que sujetarlas con estacas para que corrieran por el suelo. Detrás iban los asteres, los alhelíes, que huelen tan bien, y las aterciopeladas *salpiglossis*. Si había geranios, fantástico, pero las anuales quedaban preciosas también.

La esposa del granjero era de gustos y hábitos conservadores. Había un sistema para esas cosas, igual que la noche sigue al día y la luna sale cuando el sol se oculta. Aparte del laurel y del gran laburno, nunca había oído hablar de arbustos florecientes ni vanidades similares. La clavellina era una novedad y las lilas blancas estaban aún por llegar. Pero, en sus estrechos límites, no tenía rival. Una artesana a la antigua usanza.

¿Tienes edad o talento suficientes para recordar y apreciar aquellos jardines rurales de los primeros años ochenta? Las rosas musgo debajo de la ventana de la cocina; el clavel de poeta, con su aspecto tan humilde; la gran rosa de Provenza y el almizcle, que todavía no habían perdido su aroma. Las *mignonette* florecían en suelo pobre y duro, debajo del acebo; los helechos cabello de Venus alfombraban los grises escalones de la vieja casa de verano y los lirios del valle crecían como la maleza.

¿Nos engañamos cuando creemos que la roya y otras plagas semejantes del jardín son invenciones modernas de un diablo moderno, desconocido en el Edén original? Desde luego había caracoles, porque los perseguíamos a la luz de una vela, con un viejo farol de carey, y a los niños se les daba un penique por cada cien caracoles que recogían antes de irse a la cama.

Con todo, eso era sólo porque los jardines se regaban como no han vuelto a regarse desde entonces, a pesar de esos modernos aparatos giratorios y rociadores que se exponen con tan convincente profusión en las ferias agrícolas.

El jardín era un trabajo duro, de partirse la espalda: acarrear infinidad de cubos; arrodillarse sobre un saco viejo la mitad del tiempo y plantar eternamente esas pequeñas anuales tan resistentes que se cultivaban en el mantillo de los arbustos al fondo del jardín. Cada año, las hojas de los avellanos se recogían en un montón, y cada primavera ese abono tan bueno se pasaba por una criba, con el fin de prepararlo para los semilleros, que se colocaban unos junto a otros en la almáciga situada al pie de la vieja tapia de ladrillo, después de lo cual, todo ese trabajo tan duro empezaba de nuevo. Tenía que gustarte mucho o no sólo acabarías con dolor de espalda, sino que además te desmoralizaría por completo.

En este mundo agotador cayó el joven Herbert de cabeza y disfrutó cada minuto. Después de haber acarreado cubos de agua hasta que ya casi no se tenía en pie, preguntó si podría volver a la tarde siguiente.

—Bendito seas —dijo la esposa del granjero—, claro que puedes volver mañana.

Y cuando bendecía al muchacho por segunda vez en una tarde, lo decía de verdad. Le ofreció el penique de costumbre, si bien el pequeño jardinero lo rechazó.

—Pero ¿por qué? —preguntó la asombrada mujer.

—Porque me gusta venir —respondió él.

Según su filosofía, trabajar implicaba hacer algo que no querías hacer, y lo único por lo que te pagaban era por trabajar.

Las largas tardes veraniegas pasaron, así, en una plácida atmósfera de mutua satisfacción. Todo el mundo estaba contento. Incluso el señor Bellman, el granjero, al volver del campo y encontrar la cena preparada a tiempo, no podía sentirse más feliz. Y no es que notara ninguna diferencia en el jardín. Los maridos nunca notan nada de lo que sus esposas han estado haciendo durante el día, especialmente en lo que se refiere a flores. Puedes dejarte las uñas trabajando, llenar todos los jarrones y poner el sofá al otro lado de la chimenea, pero ¿acaso de pronto el hombre da un salto, pasmado por tanta maravilla? ¿Lo da? Qué va.

En esta pequeña guerra de sexos, el joven Herbert estaba de parte de las mujeres. No era capaz de imaginar, por mucho que quisiera, cómo podía el granjero entrar en su jardín y no apreciar todas las mejoras que habían hecho. La lobelia formaba ahora una cadena infinita por todo el borde del arriate; los alhelíes perfumaban el aire de la noche y nunca en tu vida habías visto asteres como aquellos. Sin embargo, el granjero podía pasar por allí en medio sin volver la cabeza. Ese hombre no se merecía tener un jardín. Le estaría bien empleado si todas las flores se marchitaran y no quedara nada más que un parche de tierra desnuda; sólo que, por supuesto, él plantaría nabos y le gustaría mucho más.

Pero, conforme el verano iba llegando a su fin, el joven Herbert tenía algo más serio de lo que preocuparse. En primer lugar, los días empezaban a acortarse y no daba tiempo a regar, incluso aunque hiciera falta, que no hacía. Y entonces, una mañana, todas las dalias se pusieron negras, se echaron a perder con la primera helada. Y después, los hombres volvieron de la cosecha y, durante el periodo de inactividad previo a la Navidad, sobraban jornaleros temporales. Si el granjero no sabía qué tarea encargarle a un hombre, le decía que se presentara a la señora, porque se suponía que ella querría ayuda en el jardín. Llegaban ellos con grandes horcas y palas, y apartaban a codazos al joven intruso, hasta que éste se veía obligado a buscar refugio en el cobertizo de las herramientas.

Cómo los detestaba, destrozando su adorado jardín como si no fuera más que un campo arado. Lo podía tolerar mientras se limitaran al huerto, pero cuando se ponían con los macizos de flores, dispersando bulbos y raíces de preciosas vivaces por todas partes, el joven Herbert los habría matado. Una vez más juró que nunca, nunca trabajaría en una granja. Podrían pegarle, matarlo de hambre, enviarlo al orfanato; eso sí, jamás sería agricultor. Cuando ya se habían marchado, él iba recogiendo a las pobres víctimas y las devolvía sanas y salvas a su suelo materno.

Aun así, una cosa era tener grandes ideas y otra muy distinta ponerlas en práctica. Nadie escapa de una trampa sólo con buenas palabras. Se acercaba la Navidad, y el joven Herbert terminaría la escuela al final del trimestre. ¿Qué iba a ocurrir entonces? Todo el mundo suponía que empezaría en la agricultura, como los demás chicos. Parecía como si a nadie se le ocurriera que alguien no quisiera trabajar en una granja. Si los jóvenes no cultivaban la tierra, ¿quién haría ese laboreo? ¿Qué otra cosa se podía hacer, de todas formas? ¿Y para qué otra cosa servía él? Cuando estaba acostado por las noches, todas estas preguntas tomaban forma de duendes que le susurraban desde el cabezal de la cama.

Al final del trimestre era costumbre que los chicos que dejaban la escuela fuesen a la casa parroquial a tener una pequeña charla con el secretario del consejo de administración. Te llevaban al despacho, donde estaba el párroco, sentado tras su gran escritorio, y te hacían un par de preguntas sobre los viajes de san Pablo o el «Sermón de la montaña», para asegurarse de que estabas preparado para el gran negocio de la vida. Entonces el párroco te preguntaba qué ibas a

hacer, y tú murmurabas que ibas a trabajar en los establos de la granja, después de lo cual el cura te daba unas palmaditas en el hombro, te regalaba una moneda de seis peniques de las nuevas, y tú salías al mundo.

Cuando le tocó al joven Herbert dar el gran paso, algo falló en la acostumbrada rutina. En primer lugar, el párroco no estaba solo. Sentada en un sillón, leyendo una revista, estaba la señorita del concurso floral. Para entonces todo el mundo sabía que se iba a casar con el joven capitán Charteris, que había comprado la mansión, y que la boda se celebraría en cualquier momento. Y como estaba tan ocupado, el párroco suprimió su habitual preámbulo y fue directo al grano.

—Bueno, Pinnegar —dijo—, ¿qué vas a hacer?

El joven Herbert titubeó un poco.

—No sé, señor —respondió.

Esta ruptura de la tradición fue muy desconcertante.

—Pero, sin duda —dijo el párroco—, te darán un trabajo en la granja, de... eeh... de algo.

—No, señor —dijo el joven Herbert.

—Pero tú *quieres* trabajar la tierra, ¿no? —insistió el párroco.

—No, señor —dijo el joven Herbert.

Esta simple negativa tuvo diversas repercusiones. El joven Herbert apenas podía creer lo que oía cuando se escuchó pronunciar tal traición. El párroco se quedó literalmente boquiabierto de asombro. Y la señorita empezó a reírse de los dos hasta que corrieron lágrimas por sus mejillas.

Ella fue la primera que habló.

—Pero, señor párroco —dijo—, ¿por qué va a tener que trabajar la tierra si no quiere?

Recobrando la compostura, el párroco mencionó la regla oficial:

—Todos los muchachos del pueblo trabajan la tierra. De otro modo, ¿de dónde sacaríamos los futuros carreteros y los ganaderos? La tierra los necesita. Se los ha formado con esa finalidad. Hablaré con Bellman...

La joven dama, que había estado pensando en ese niño extraño, interrumpió de repente.

—¿No eres tú el niño que ganó el premio de flores silvestres en la feria?

—Sí, señorita —respondió el joven Herbert.

—Claro que eres tú. El único que demostró algo de imaginación. Te gustan mucho las flores, ¿verdad?

—Sí, señorita —dijo el joven Herbert con un nudo en la garganta.

—¿Qué te parecería venir a la mansión a ayudarme con mi nuevo jardín?

Las puertas del Paraíso se abrieron de par en par, y con las bisagras bien engrasadas, y entonces, con la misma suavidad, se cerraron.

—De verdad, Charlotte —dijo el párroco—, preferiría que no interfirieses. ¿Qué sabes tú de los problemas del campo? Sólo llevas aquí dos minutos.

—Si vamos a eso, señor párroco —fue la sorprendente respuesta—, ¿qué sabe *usted* del Jardín del Edén? Usted no ha estado allí ni un minuto.

CAPÍTULO SEIS

El joven Herbert —y ésta es la última vez que lo llamaremos así— empezó en su primer trabajo a principios del año nuevo.

Esta extraordinaria ocasión, anticipada con una temerosa alegría que no entendía nadie salvo el muchacho, apenas provocó una pequeña ondulación en las plácidas aguas de la vida del pueblo. Bert Pinnegar se levantó temprano, se puso vaselina en el pelo, rechazó su desayuno de pan con pringue y se presentó en el jardín de la mansión media hora antes de que su nuevo mundo se hubiera despertado del todo.

Con el traje de domingo parecía un joven estornino que se hubiera caído del nido. Sobre todo, cuando se agachó junto a una almáciga preparándose para lo peor que pudiera pasarle. Allí lo descubrió el señor Addis, el jardinero jefe, que lo miró con una desaprobación que rayaba en la antipatía.

El señor Addis ya tenía dos muchachos que eran más que suficientes y, además, tenía una teoría sobre los muchachos. Un muchacho era un muchacho; dos muchachos eran medio muchacho y tres muchachos eran ningún muchacho. Por si fuera poco, nadie le había consultado. Entre la boda y la luna de miel, la nueva señora se había olvidado de mencionarle a su jardinero jefe que había aumentado la plantilla. ¡Qué buena forma de empezar! El señor Addis se imaginó que dentro de poco tendría que cargar con la mitad de los jóvenes inútiles del pueblo.

El señor Addis era amable y un buen hombre, pero sabía cuál era su sitio y esperaba que los demás también fueran conscientes del duro destino de un jardinero jefe. Era de la vieja escuela, de los que se tomaban el trabajo en serio. Le gustaba complacer, y cómo iba a poder hacerlo si todo el mundo, como quien dice, estaba en su contra. Todas estas cosas se las explicó con paciencia y cierta calidez a Bert Pinnegar, que se había sacado las manos de los bolsillos y le prestaba cortés atención.

Por añadidura, concluyó el señor Addis, ¿de dónde iba a sacar tiempo para enseñar a un novato todo lo que había que aprender?, y eso suponiendo que el novato tuviera voluntad de aprender, cosa que él, el señor Addis, dudaba mucho. ¿Estaba él, Bert Pinnegar, dispuesto a aprender todo lo que él, el señor Addis, estaba dispuesto a enseñarle?

Bert Pinnegar respondió que él ya sabía «un poco».

—¡Ja, ja! —se rio el señor Addis—. Entonces ¿a lo mejor podrías enseñarme tú *a mí* un par de cosas?

El señor Addis no pretendía que esto se interpretara literalmente. No creía que Bert Pinnegar pudiera enseñarle nada; pero su nuevo ayudante venía de un lugar donde la gente decía lo que pensaba y pensaba lo que decía. Meditó un poco sobre esta pequeña broma antes de aventurar

una opinión.

—No lo sé —dijo—. Lo intentaré.

El señor Addis tardó una semana en sobreponerse a esa respuesta. En realidad, ellos dos aún no habían tenido lo que podríamos llamar una pequeña charla personal, cuando terminó la luna de miel y la nueva señora regresó a la mansión. Ahora bien, el señor Addis era un hombre justo. Había visto trabajar a Bert Pinnegar; incluso lo había descubierto haciendo horas extras, así que, cuando le preguntaron cómo iba el nuevo ayudante, respondió que, con el tiempo, podrían sacar provecho de él.

El señor Addis era un hombre justo. Él mismo decía, y repetía, que él trataba a los demás como le gustaría que lo trataran a él. Además, tenía debilidad por los niños que hacían horas extras cuando había una tarea que terminar, en vista de lo cual se metió el orgullo en el bolsillo y lo pasado, pasado está. Y tal vez hizo bien, pues llegó un momento, aunque todavía no, en el que el señor Addis aprendió de Bert Pinnegar más de lo que ninguno de los dos llegó a comprender.

En los años ochenta, los jardines ingleses habían logrado una hogareña placidez que quedaba a medio camino entre la elegancia del pasado y la profesionalidad del futuro. Las perspectivas, los parterres y los templos clásicos habían desaparecido del panorama. Las modernas maravillas de la Feria Floral de Chelsea aún estaban por llegar. La vida transcurría tranquila, sin imaginación y bastante satisfecha consigo misma. No había nuevos mundos que mereciera la pena conquistar. Ni deseos, ni anhelos ni preocupaciones. La clase de mundo que producía la clase de hombre que el señor Addis estaba orgulloso de ser.

Era la época de las cosas establecidas, cuando un hombre no se avergonzaba de decir que lo que fue suficiente para su padre era suficiente para él. El vello facial y la sabiduría estaban tan unidos que no se podía distinguir lo uno de lo otro. Lord Salisbury gastaba barba, W. G. Grace gastaba barba y, si el señor Gladstone[3] hubiera gastado barba, habría sido mejor persona. El señor Addis llevaba barba. Puede que el señor Addis tuviera más pelo que sabiduría, pero llevaba treinta años como jardinero jefe de la mansión, y no habría otro hasta que se lo llevaran en el ataúd. Era un mundo *sólido*, sólo que no la clase de mundo en el que un joven podía superar las pruebas de la noche a la mañana. Los ascensos tardaban en llegar, y el puesto, cuando se alcanzaba, era seguro. No cambiabas de trabajo a cada momento, y el joven que venía detrás de ti tenía que esperar su turno de la misma manera que tú habías esperado el tuyo. Eso estaba bien para los mayores, aunque no tan bien para los chicos que tenían que abrirse camino en la vida. Algunos intentaban acelerar el paso dejándose barba a los diecisiete años, pero no engañaban a nadie. Bert Pinnegar intentó dejarse la barba, pero el señor Addis lo mandó a casa a lavarse la cara, y tuvo que esperar como los demás.

Ése era el problema. Los viejos seguían haciendo lo mismo de la misma manera, sin que surgiera ninguna idea nueva entre ellos. «La regla general», lo llamaban; y se salían con la suya porque nunca se sabía qué escondían bajo las barbas. Más barba que cerebro, la mayoría de ellos. Aferrados a los mejores empleos, con más artilugios cada día, hasta que, al final, les atacaba el reuma y sus puestos eran ocupados por mejores hombres. Pero incluso entonces se sentían insatisfechos. Se sentaban a la puerta de sus casas criticando al mundo como un cuervo viejo en lo alto de un olmo. Siempre quejándose por algo; eso sí, como nadie los escuchaba, daba un poco lo mismo.

El señor Addis todavía no había llegado a esta deplorable etapa del viaje de la vida. Iba en camino, pero aún le quedaba mucha energía. Muy volcado en la tradición, no permitía

experimentos fallidos que minasen su autoridad, y sus jóvenes ayudantes, por mucho que se quejaban en secreto, aprendían enseguida que lo que era suficiente para el señor Addis era suficiente para ellos.

Había mucho bueno en el señor Addis, no nos confundamos. El respeto que exigía a los demás estaba firmemente basado en el respeto que él mismo sentía por su trabajo. Adoraba el césped. Un llantén en uno de los céspedes le dolía más que un forúnculo en el cuello. Un día, cuando Bert Pinnegar llevaba una carretilla al basurero, vio al señor Addis de pie, como una estatua de lord Wellington, en el centro de uno de los céspedes. El señor Addis había visto algo y lo llamó para que echara un vistazo.

—¿Qué es *eso*? —preguntó el señor Addis.

—Una margarita —dijo el joven Pinnegar, llevando la carretilla al otro lado del sagrado césped—. Qué bonita, ¿verdad? La primera que veo este año.

Durante un breve instante el señor Addis tanteó con la mirada a su ayudante favorito. Después hizo el mismo ruido que había hecho el día en que se le metió una abeja en la barba, y Bert Pinnegar huyó con su carretilla en dirección al basurero, donde se quedó hasta que el hambre lo obligó a salir, dos horas más tarde.

Entre sus muchas cualidades, el señor Addis tenía muy buena vista y un inusual sentido del color. Sus narcisos marchaban en columna de a dos a lo largo de un camino que era la distancia más corta entre dos puntos determinados. Ninguno se rezagaba. Ninguna matita acampaba en ningún soleado rincón. Para plantarlos ponía una larga cuerda con los extremos atados a un par de estacas, y cuando la cuerda se estiraba del todo, los bulbos se colocaban a lo largo de ésta a intervalos regulares. Los narcisos aclimatados que crecían bajo los setos y alrededor de los manzanos del huerto no los tenía en cuenta, como a los vagabundos, los arrieros y otros miembros inclasificables de la raza humana.

Los tulipanes eran un poco más problemáticos, porque aquí entraba la cuestión del color. No sólo había que ponerlos en línea recta, sino que había que procurar que los rojos no se mezclaran con los amarillos, etcétera. Una vez, cuando se descabalaron las etiquetas de las bolsas de los bulbos, el parterre de la tapia sur fue un derroche de color. Todos los colores se mezclaban entre sí como un arcoíris, y se lio una buena. El señor Addis iba de un lado a otro hecho una furia, como un búfalo herido acorralado, hasta que alguien dijo que los tulipanes estaban preciosos y entonces él fingió que lo había hecho a propósito. ¡Viejo zorro ladino!

Pero, en general, Bert Pinnegar adquirió una sólida formación en su nuevo empleo. Aprendió que la jardinería es el trabajo más duro del mundo. Los jóvenes de la granja consideraban que él tenía un trabajo muy cómodo; todo lo que tenía que hacer era sembrar unas cuantas plantas y dejarlas crecer. De tarde en tarde sacabas las malas hierbas, cortabas el césped y regabas un poco al final del día. En otoño barrías las hojas y en invierno te sentabas en los invernaderos, donde se estaba calentito. Y te pagaban. ¡Qué buena vida!

Algunas veces, cuando Bert Pinnegar había estado escarbando con las manos y de rodillas durante un par de horas, casi sentía en el corazón envidia de sus antiguos compañeros de escuela, que guiaban los caballos en la siembra, ayudaban al pastor a guardar el rebaño y volvían a la granja sentados en la parte de atrás de un carro de estiércol. Tirar de la cuerda de una cortadora de césped podía ser un trabajo aburrido, y, en cuanto a las plantas de llantén, sus raíces eran tan largas que parecía imposible llegar al final. Bert Pinnegar se imaginaba que debían de empezar a crecer en Australia y que un buen día, cuando el agujero fuese lo bastante profundo, se

encontraría cara a cara con un aborigen.

Aun así, esos momentos de desánimo eran pocos. La jardinería puede ser la ocupación más exasperante del mundo, pero da tanto como exige, ni más ni menos. La vida en un jardín es una larga batalla contra las fuerzas del Mal, pero la victoria merece la pena. A una derrota exasperante le seguía un triunfo espectacular. En un momento estás tirado en el suelo y al siguiente te elevas sobre las alas de la mañana. Aunque Bert Pinnegar no expresaba sus sentimientos con esas palabras exactas, algo dentro de él cantaba una melodía parecida.

Sería agradable, por supuesto, que la engorrosa roya dejara en paz a las rosas, o que los caracoles dejaran de comerse los brotes de clemátides, pero no se puede tener todo. La maldición del Edén, lo llamaba el señor Addis; y quién lo iba a saber mejor...

Él era la plaga más engorrosa de todas.

CAPÍTULO SIETE

A la edad de dieciséis años, Bert Pinnegar se enamoró por última vez.

En la casa había una doncella ayudante. Una criatura adorable. Su rostro tenía el óvalo perfecto de una avellana y el cabello que caía a su alrededor era del color del trigo maduro. Sus ojos, y la forma en que los usaba, trastornaban a los hombres e irritaban a las mujeres. Tenía una boquita pícara y una barbilla minúscula...

Así era Soph.

El ama de llaves no la perdía de vista.

—Préstame atención —decía—, de esa muchacha no se puede esperar nada bueno. Sabe más de la cuenta para una niña de su edad. Cualquier tontería y se la devuelvo a su madre.

—Es una chiquilla muy linda—se atrevió a decir el joven William, recién ascendido al delantal verde y al cuidado de la plata. La señora Garlick se le echó encima.

—William, muchacho, no quiero volver a oírte decir nada parecido. Si no te importa, yo conozco a las mujeres, y tú aparta los ojos de mis chicas. Las he visto holgazanear por la despensa, riéndose como una panda de cotorras.

—Deberían haber estado arreglando las habitaciones —dijo William.

—Deberían —convino la señora Garlick.

—¿Y qué me habría dicho usted a mí —preguntó William con inocencia— si yo hubiera mandado a sus chicas a sus quehaceres?

—Detrás de cada acto hay una razón—dijo el ama de llaves con serena dignidad—, pero ya que me preguntas, William, cuanto menos veas a mis chicas más satisfecha estaré.

Esto así, en la siguiente ocasión en que Soph asomó la nariz por la puerta de la despensa, buscando un poco de atención, se encontró con más de lo que esperaba. Parecía que William estaba molesto por algo; por lo general, ella podía hacer que comiera de la palma de su mano. Bueno, ya vendría... como todos.

Desconcertada —aunque sin darse por vencida—, Soph se inventó una excusa para ir a los jardines. Allí encontró a Bert Pinnegar, arrancando los pensamientos marchitos y sin preocuparse por nada.

—Son preciosos, ¿verdad? —murmuró—. Con esas caritas que te miran.

Bert Pinnegar no tenía mucho tiempo para chicas, pero cualquiera que mostrase amor por los jardines le llegaba directo al corazón. Le preguntó si le gustaban las flores y ella respondió que le parecían muy bonitas. Tenía que ser maravilloso saber tanto de flores como Bert Pinnegar. Ella siempre había querido tener un jardín, de su propiedad, donde pudiera cavar... y cavar... y

cavar... ¿Cuáles eran las flores favoritas de Bert Pinnegar?

El joven jardinero se sentó sobre sus talones y meditó sobre este problema. Era la primera vez que se dirigían a él como experto, y le correspondía esforzarse. Ahí tenía un alma gemela, una verdadera amante de las flores, que había sido privada de las ventajas que él disfrutaba. Además, ahora que la miraba...

Bert Pinnegar no tenía mucho tiempo para chicas; eso sí, cuando tenía a una encima, digamos, y cuando ella te pedía consejo sobre cosas y tenía el pelo como el trigo maduro, bueno, eso era diferente. Pensó durante un minuto y después le dijo que en su opinión estaban muy bien las nuevas begonias, siempre y cuando no les afectaran las heladas del invierno.

—¡Qué bueno! —dijo Soph—. A mí no hay nada que me guste más que las begonias. Me encantan las begonias. Creo que son muy bonitas.

Eran unos halagos muy elementales, pero hasta ahora nadie se había molestado en halagar a Bert Pinnegar. Era algo nuevo, y muy agradable. Ahí tenía a una jovencita con más sentido común que ninguna chica que él hubiera conocido. Qué pena que nadie pudiera hacerse cargo de ella y sacar provecho de su talento. Él no aprobaba a las mujeres en la jardinería —o, mejor dicho, el señor Addis no lo aprobaba—, pero a esta muchacha, si le dieran una oportunidad...

Soph estaba de rodillas a su lado, sobre el trozo de arpillera; estaba muy cerca de él, y un rizo de pelo color trigo le cosquilleó en la oreja. Él no tenía mucho tiempo para chicas; eso sí, ésta era diferente. Al igual que él había tenido su oportunidad, ella debería tener la suya. Tal vez, si él le diera unos cuantos consejos, ella aprendería lo suficiente para empezar. ¿Por qué no empezar ahora?

—Tendrás que estar atenta a los ratones —dijo. Y con eso se rompió el hechizo. La ferviente amante de la verdad dio un salto, como si hubiera estado sentada encima de un hormiguero.

—¿Qué pasa? —preguntó Bert Pinnegar.

—¡Ratones! —exclamó Soph—. Has dicho que hay ratones. Me dan un miedo que me muero.

Y desapareció antes de que él pudiera explicarle que los bulbos de begonia se almacenaban en los desvanes, donde había muchos ratones, que tenían debilidad por esos bulbos. Si quería ser una jardinera de verdad, le convenía saber esas cosas.

Después de aquello, Soph estaba siempre entrando y saliendo del jardín. Con William todo el rato de mal humor y la señora Garlick continuamente regañándolos, una tranquila charla detrás del cobertizo se agradecía mucho. Bert Pinnegar había aclarado lo de los ratones. Los de campo eran inofensivos; no eran en realidad verdaderos ratones, pero Soph tendría que acostumbrarse a ellos si quería ser una buena jardinera. Después pasó a la lección seis: «Uso de abonos y fertilizantes en el jardín», que su alumna escuchó con el mismo embeleso que una muchacha en edad de prometerse viendo un partido de rugby, pensando que tendría que haberse abrigado más y preguntándose de qué puñetas iba todo eso.

No es que Bert Pinnegar fuese por completo inmune al encanto femenino. Resultaba cálido y reconfortante tener a una muchacha a tu lado; te hacía sentir que eras alguien de verdad, así que, cuando la tentación empezó a mostrarse sin disimulo, encontró una víctima fácil.

Soph sentía una pasión auténtica por las flores... de cierta clase. No por las corrientes que se encontraban en todas partes, como las *mignonette*, el clavel de poeta y las absurdas bocas de dragón, sino por las más llamativas que sólo crecían bajo cristal. Podía quedarse con la nariz pegada a las ventanas de un invernadero, imaginando que entraba majestuosamente en un salón

de baile, cubierta de orquídeas.

Un día, el señor Addis la sorprendió en estas fantasías y estaba a punto de darle un golpe en el trasero con la azada, cuando ella vio el reflejo en el cristal.

—Ay, señor Addis —dijo—, qué flores tan preciosas cultiva usted. ¿Cualquier persona puede cultivar flores así de preciosas, señor Addis? Qué bonitas son.

—¡Bah! —gruñó el señor Addis, clavando la azada en una mala hierba imaginaria, y Soph consiguió librarse.

Qué tontos eran los hombres. Siempre podías convencerlos, si sabías tocar la cuerda adecuada. Todos excepto William. Soph no podía imaginar qué le pasaba últimamente a William, siempre refunfuñando. Bueno, había más peces en el mar.

Mientras tanto, siempre estaba ahí Bert Pinnegar, ese tontaina, siempre hablando de césped y de lupinos. La sacaba de quicio tener que escuchar todas esas tonterías. En fin, no tendría que aguantarlo mucho más tiempo. El baile era al día siguiente y, si para entonces no le había conseguido las orquídeas...

A la mañana siguiente, Bert Pinnegar aprendió que lo mismo que hay gusanos en el corazón de una manzana, hay maldad en el corazón de una muchacha. Segura de que el señor Addis no aparecería por allí, Soph lo llevó a un rincón y le pidió el pago de su amistad. Iba a un baile y quería llevar orquídeas. Otras muchachas llevaban orquídeas, se veía en las revistas, salía en los libros. Lo esperaría en la puerta trasera a las seis y, si no se las llevaba, entonces ahí terminaba todo. La víctima se resistió un poco, pero sucumbió. Soph fue al baile y llevó orquídeas.

No se supo quién se lo dijo a quién, ni qué habladurías llegaron a oídos del ama de llaves de la mansión, pero a la mañana siguiente la señora Garlick lo sabía todo. Mandó llamar a la doncella ayudante y le preguntó quién le había dado las orquídeas.

«Bert Pinnegar», respondió Soph, que decía la verdad cuando le convenía. El ama de llaves mandó recado al jardinero jefe preguntándole si podía prescindir del joven Pinnegar y mandarlo para que hiciera una tarea en la casa.

El señor Addis podía, y lo mandó. El interrogatorio fue breve. Bert Pinnegar admitió haber cogido una vara de orquídeas. ¿Le había dado permiso el señor Addis? No se lo había dado. ¿Por casualidad la vara estaba ya partida? No, no estaba partida. ¿Por qué había hecho algo tan espantoso? No hubo respuesta. El ama de llaves estaba pensando su siguiente pregunta cuando se abrió la puerta y entró la señora de la casa, la señorita del concurso floral, la oportuna visita en la casa del párroco. Pero en aquel instante, Bert Pinnegar deseó que estuviera al otro lado del mundo y más lejos todavía.

—Vaya —dijo—. ¿Ocurre algo?

El ama de llaves le contó sus averiguaciones. Habían descubierto al joven Pinnegar robando orquídeas del invernadero. Éste se las había regalado a una de las doncellas ayudantes, que las había llevado a un baile, para escándalo de toda la vecindad.

—¿Se las pediste tú? —preguntó la señora, volviéndose hacia la joven Soph.

—No, señora, claro que no. A mí no se me ocurriría eso.

—Entonces, ¿por qué te las dio él? —preguntó la señora.

—Porque quería engatusarme. Siempre me ha perseguido; desde que llegó a la casa —dijo la joven Soph, apartando el cabello color trigo de sus cándidos ojos azules. Era un viejo truco que la había librado de otros apuros; pese a todo, por alguna razón, esta vez parecía que no estaba

funcionando tan bien. De hecho, la señora no estaba mirando. Estaba pensando. Cuando habló, se dirigió al ama de llaves.

—Sabe usted, señora Garlick —dijo—, he pensado muchas veces que ponemos a trabajar a estas niñas demasiado pronto. No tienen edad suficiente para salir al mundo. Deberían estar en casa con sus madres y venir a trabajar más adelante. Dígale que recoja sus cosas y la enviaremos a casa por la mañana.

—Pero yo no quiero irme a casa —gritó la joven Soph—. Ya no soy una niña y mi madre es una vieja desastrada; la odio... los odio a todos ustedes... odio a todo el mundo...

—¿Y qué opina la señora —preguntó el ama de llaves— respecto al joven Pinnegar?

—La señora no opina nada respecto al joven Pinnegar —fue la respuesta—, excepto que los niños a veces hacen tonterías, y después lo lamentan mucho. Espero que el señor Addis hable con él.

CAPÍTULO OCHO

El señor Addis habló con el joven Pinnegar con una correa, hasta que le dolió el brazo; y el joven Pinnegar se lo tomó bien. De hecho, lo agradeció, porque lo dejó con una sensación de limpieza, como quien ha recibido la absolución después de cumplir pena por su delito.

Durante la década de los ochenta, los habitantes de estas islas eran todavía una raza primitiva que se permitía excesos de crueldad y superstición. En nuestra más civilizada época nos damos cuenta de que el castigo corporal embrutece al joven delincuente, y esas represalias, sean del tipo que sean, hay que condenarlas. El señor Addis no sabía esto. Le dio al joven Pinnegar una buena tunda, y, como la jardinería no es un trabajo que se haga sentado, tampoco perdió mucho.

No obstante, el incidente tuvo sus repercusiones. El amor, como el sarampión, puede ser desagradable mientras dura, pero vacuna a la víctima contra posteriores ataques. Es muy raro que lo tengas dos veces. Puede que de tarde en tarde sientas una punzada del antiguo enemigo, pero no es frecuente que vuelvas a tener ronchas una segunda vez. Bert Pinnegar, a la edad de dieciséis años, se había despedido de todo eso, lo cual le proporcionó mucho tiempo libre.

La vida amorosa de un muchacho de pueblo es menos complicada que la de una hormiga o un albaricoque. Cuando los niños se cansan de robar manzanas ácidas y de tirarles piedras a las ranas, se reúnen en pequeños grupos para observar el tráfico de caminantes. Si resulta que eres tú, que vas a echar una carta o a sacar a los perros para que corran, te contemplan con seriedad desde el momento en que te divisan hasta que desapareces por la esquina. Parece que nunca miran nada (excepto a ti) ni hablan de nadie (excepto de ti), y si tú les hablas a ellos, te miran con la solemne serenidad de un pez disecado.

No se ve a las jóvenes del pueblo reunidas así. O se quedan en casa y ayudan a sus madres con los hermanos pequeños, o se juntan en parejas, esperando sacar a un par de muchachos del grupo, todo lo cual lleva tiempo y mantiene muy ocupada a la generación más joven.

Bert Pinnegar, al haberle dado la espalda al amor, se encontraba un poco perdido. Y así tomó la costumbre de quedarse en el jardín después de que los demás se hubiesen ido: no por sentido del deber, sino simplemente porque no sabía a qué otra cosa dedicarse.

Siempre había algo que podía hacer: regar un poco, quitar malas hierbas, una trepadora que se había desprendido de un muro... Lo más difícil era mantenerse apartado. No quería que la gente pensara que estaba holgazaneando por donde no lo necesitaban, de suerte que revoloteaba como un fantasma, y muchas veces el señor Addis, que había anotado por la noche algo que tenía que hacer, descubría por la mañana que los duendes ya habían estado allí.

Bert Pinnegar no había visto a la señora desde aquel desafortunado incidente en la sala del ama de llaves; pero un día, ya avanzada la tarde, cuando estaba arreglando la hierba de la orilla

de un sendero, ella apareció por la esquina. Al principio no la vio. Estaba tan atareado dándole forma a la curva que no habría notado nada más suave que un terremoto.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó.

—*Nadasñora* —respondió el joven Pinnegar, con el rápido instinto del niño al que sorprenden haciendo cualquier cosa.

—Ha quedado muy bien —dijo la señora—; pero ¿no es un poco tarde para estar trabajando? ¿Te ha dicho el señor Addis que te quedaras hasta que terminaras con la orilla?

—*Nosñora*.

—No puedo tenerte trabajando día y noche. ¿Qué diría la gente? Me llamarían explotadora. Deberías estar divirtiéndote...

Por lo visto, ya estaban otra vez detrás de él. ¿Qué les importaba a ellos? ¿Por qué no lo dejaban en paz? No le hacía daño a nadie. ¿Por qué tenías que dejar de hacer algo que te gusta por el hecho de llamarse trabajo, y ponerte a hacer algo que no te gusta por el hecho de llamarse diversión?

—Me gusta más el trabajo que la diversión —murmuró.

La señora se echó a reír.

—¡Qué niño más gracioso! —dijo.

Esto le sentó mal a Bert Pinnegar. Ahí estaba él, que iba a cumplir diecisiete años el próximo marzo, que podría empezar a fumar en cualquier momento, teniendo que quedarse allí para que le dijeran que era un niño muy gracioso. Para que se rieran de él. Hay ocasiones en que uno tiene que defenderse, y ésta era una de ellas.

—No hay nada de lo que reírse —dijo—. Yo la he visto a *usted* trabajando en el jardín y no le pagan por eso.

—Eso es diferente —se rio ella—. A mí nadie me pagaría. Yo sólo soy una principiante. Planto las cosas al revés. Tú eres un jardinero de verdad, así que nadie espera que trabajes por gusto.

—Nadie espera que trabaje por gusto...

—Tal vez no; pero, cuando te quedas después de tu hora en mi jardín, yo obtengo algo sin pagarlo.

—No hay de qué —dijo el joven Pinnegar, y esta vez los dos se rieron.

La nueva señora Charteris era una de esas escasas personas que saben aceptar favores con buen talante. Ella no los consideraba libertades ni pensaba que hubiera alguna pega detrás. Cuando el joven Pinnegar se ofreció a trabajar horas extras sin cobrar, ella accedió, con la idea de que a la larga él no saliera perdiendo.

Y de este modo, a la mañana siguiente, allí podía verse a la extraña pareja trabajando en el viñedo de la mansión. La temporada era seca, y aquí también, como en el jardín del granjero, la mayoría del trabajo consistía en acarrear jarros de agua. Aun así, la tarea estaba mezclada con deliciosas charlas sobre flores y arbustos, en las que el joven Pinnegar era capaz de defenderse sorprendentemente bien. De hecho, la señora Charteris vio cómo algunas de sus más vagas teorías quedaban desbaratadas.

No es que ella tuviera una gran opinión de sí misma como jardinera. Viniendo de Londres, donde las flores se habían abierto para ella en lujosas tiendas del West End, tenía mucho que aprender en la parte práctica. Pero tenía intención de gobernar en su propio jardín, y había

adquirido en los libros un sólido bagaje técnico, resplandeciente de teorías plausibles e infestado de todas esas amplias generalizaciones que se cumplen de vez en cuando.

Bert Pinnegar, por otro lado, trataba con realidades, aprendidas a fuerza de errores. No plantaba las cosas al revés porque ya lo había hecho una vez, y no era probable que volviera a hacerlo. Las lecciones de Bert Pinnegar le vinieron bien a la señora Charteris; y las lecciones de la señora Charteris le vinieron muy bien a Bert Pinnegar.

Al recordar aquellas tranquilas tardes en el jardín de la mansión, el Viejo Yervas pensó que todo se lo debía a aquellas lecciones. ¿Cómo si no habría podido aprender todos aquellos nombres en latín? ¿Cómo podía uno esperar hacer bien un trabajo como ése sin haber ido a la universidad, y quién había oído hablar de algún jardinero que hubiera ido a semejante lugar? Sin embargo, la señora podía soltar los más espantosos trabalenguas sin mover un pelo.

Tenían una especie de juego. Cada tarde ella le enseñaba a él una palabra nueva, y, si él no la recordaba a la tarde siguiente, había problemas, a menos, claro está, que pudiera plantearle una pregunta que ella no supiera responder, lo que igualaba las cosas.

Una vez él la sorprendió cuando llamó *fritillaria meleagris* a un tulipán silvestre.

—Me dejas asombrada, Pinnegar —dijo ella—, después de todas las molestias que me he tomado. Eres un cabeza hueca.

Eso le llegó al alma; había que hacer algo al respecto. ¡Nada menos que un cabeza hueca! Y entonces, de repente, justo a tiempo, se acordó de lo que Mary Brain le había dicho sobre aquellas esbeltas flores amarillas que parecían dedaleras pero no lo eran.

—¿Cuándo un gordolobo no es un gordolobo? —preguntó.

La señora Charteris no pudo contestar a eso. Intentó escabullirse diciendo que un gordolobo *era* un gordolobo. Después se rindió.

—Cuando es un *verbascum* —anunció el joven Pinnegar—. ¿Ahora quién es un cabeza hueca?

Así fue como ocurrió todo. Con mucha sencillez, con espíritu de diversión, el pequeño peregrino había llegado a las puertas de la Ciudad Celestial. Porque ¿cómo puede nadie convertirse en un auténtico jardinero si no puede llamar a las flores por sus nombres en latín? Sentado entre sus cojines, el Viejo Yervas estaba en lo cierto al pensar que se lo debía todo a aquellas tranquilas tardes en el jardín de la vieja mansión.

Sin embargo, eso era sólo la mitad de la historia. Cuando Bert Pinnegar abandonó la escuela del pueblo, era el chiquillo más canijo que jamás se hubiera visto. Para corresponder a la dignidad de su nuevo empleo, le proporcionaron un par de pantalones de pana, cortados por la rodilla y que llevaba subidos hasta los sobacos. No era la clase de pantalones de pana tan apreciados por los artistas de Chelsea de años posteriores, sino la sencilla pana auténtica que duraba toda la vida.

Eso era lo malo de la pana, que duraba toda la vida. Una vez que te la ponías, no había manera de quitársela. Un distintivo de servidumbre que no te dejaba subir en el escalafón; atado a la trasera de una carreta de estiércol. Por supuesto, no tenías por qué ser un labrador toda tu vida. Podías hacerte arriero, ganadero o pastor, pero nunca salías de la clase trabajadora granjera. Una vez que la pana te atrapaba, ya no te soltaba.

El principal objetivo en la vida del joven Pinnegar era librarse de la pana. Le gustaba su

calidez, si bien el tacto y el olor se le hacían repelentes. Ninguno de los jueces del concurso floral llevaba pantalones de pana, y esto los situaba en un mundo diferente al de los arrieros y los ganaderos, que volvían a sus casas por la tarde. Parecían casi caballeros. Lógicamente, si ibas a ser un jardinero de verdad tenías que librarte de la pana. Pero ¿cómo?

En esto, una vez más, la señora vino en su ayuda. La señora Charteris, al parecer, tenía un joven pariente al que se le quedaban pequeñas las prendas antes de estrenarlas. En realidad, la señora Charteris no tenía tal pariente, pero encontró la clase de tienda que aprovisionaba a la clase de persona que el joven Pinnegar, con la orientación adecuada, podría llegar a ser. Cada cierto tiempo llegaban paquetes de ropa, de un diseño bastante sencillo, y el joven Pinnegar empezó a abrirse como una rosa.

Pero ahí no acabó la historia. Desde un punto de vista un tanto esnob, el vocabulario del chico de pueblo era limitado y con frecuencia deplorable. La señora Charteris era demasiado lista como para poner en práctica elaborados artificios al estilo Pígmalión. Aparte de una ocasional elevación de ceja ante alguna de las más desafortunadas meteduras de pata del joven Herbert, la señora dejó que el entorno llevara a cabo su inevitable curación.

Así pues, cuando llegó el momento, Herbert Pinnegar fue, digamos, capaz de enfrentarse a cualquiera.

CAPÍTULO NUEVE

Salir adelante en la vida no es ni de lejos el alegre asunto que la gente joven se imagina.

Al volver la vista atrás, el Viejo Yervas podía recordar muy poco de los siguientes diez años, excepto que no merecía la pena recordarlos. La primera emoción de poder trabajar en un jardín ya había pasado, y la alegría del éxito estaba aún por llegar.

Cuando un joven llegaba a los veinte años, se sentía en una especie de mar en calma con las velas ondeando; tranquilo y con la posibilidad de seguir así durante el resto de sus días. Parecía que nunca llegabas a ningún sitio y nunca dabas la impresión de estar llegando a ninguna parte; era como estar al inicio de una larga escalera: todos los escalones que tenías por encima estaban ocupados y nadie se movía. Cuando tú intentabas subir, el tipo de delante te pisaba y te decía que no empujaras.

Y los celos. A algunos de los más jóvenes, que aún llevaban pantalones de pana y que podrían seguir llevándolos, no les hacía ninguna gracia el elegante estilo del joven Pinnegar y no tardaron en demostrárselo. Cuando había que hacer un trabajo especialmente sucio, como limpiar la boca del horno, se lo encargaban a él y se reían al verlo ensuciarse su ropa nueva. Algo parecido a José y su túnica de colores.^[4] Por suerte, el siguiente paquete que llegó de Londres contenía un juego de monos azules, que, por raro que parezca, le sentaban como un guante, lo que hizo que sus jóvenes verdugos lo envidiaran más que nunca.

El señor Addis, además, estaba empezando a mirar al más joven de sus ayudantes por encima del hombro. El señor Addis, que había empezado desde abajo, se había sentido con frecuencia desconcertado por el eterno problema de pronunciar todos esos nombres en latín, de modo que cuando el joven Pinnegar, en un momento de sociabilidad, se refirió a las margaritas amarillas llamándolas *rudbeckia hirta*, él (el señor Addis) se llevó una gran impresión. A todas luces, no podía regañar al presuntuoso joven por insolente, como le habría gustado, pero aquello le dolió.

Tiempo después —mucho tiempo después—, el señor Addis se alegraría de poder apoyarse en su joven colega en este asunto de los nombres latinos. Echándole la culpa a la mala memoria, o a las exigencias de cuestiones más importantes, le daba las etiquetas y se marchaba a atender tareas menos intelectuales. Pero de momento, no. El señor Addis seguía al mando y no necesitaba ayudas de ningún tipo para mantenerse ahí.

La señora Charteris también estaba sufriendo cada vez más las penas del jardinero. Los jardines tienen algo que saca incluso de los mejores de nosotros una feroz vena posesiva. Todos nuestros triunfos, para ser de verdad satisfactorios, deben tener su origen en nuestro propio esfuerzo individual; y miramos con antipatía las innovaciones de las que no somos personalmente responsables. Una simple sugerencia, aunque se haga con mucho tacto, no

siempre se recibe de buen grado. «Lo hice yo sólo» es el lema de todo auténtico jardinero, un sentimiento que tiene su equivalente moderno en la lacónica advertencia del Ejército: «Prohibido el paso. ¡Sí, es a ti!».

No deberían culparnos a los jardineros por esta actitud defensiva, que se fundamenta en el profundo interés que tenemos por nuestro trabajo. Sin ella, la jardinería se convertiría en una tarea tan laboriosa, tan frustrante y tan desquiciante que enseguida dejaría de haber jardines. Como ocurre con todas las actividades verdaderamente creativas, la jardinería atrae a la mente y al corazón más que al bolsillo; y a menos que podamos convencernos a nosotros mismos, más allá de cualquier duda, de que todo el mérito es nuestro y sólo nuestro, somos como un cantante que escucha el aplauso por una canción que ha cantado otra persona.

Pues bien, la señora Charteris, decidida a ser señora de su propio jardín, estaba empezando a darse cuenta de que las cosas no iban por ese camino. Para empezar, el señor Addis seguía cuestionando las decisiones que ella tomaba, y ahora el joven Pinnegar sugería mejores maneras de afrontar el trabajo. Ella lo soportó todo el tiempo que pudo y, luego, por una cuestión menor sobre unos esquejes de claveles, estalló: «Muy bien —dijo—, como todo el mundo parece saber más que yo, será mejor que se encarguen ustedes».

No volvió a aparecer por el jardín durante varias semanas. En realidad, se había ido a Londres para ser presentada a la reina Victoria, pero Bert Pinnegar no podía saber eso. Privado de su ángel guardián y culpándose a sí mismo por haber causado la marcha de la señora, iba por ahí como un alma en pena. Cuando ella regresó, las cosas no volvieron a ser lo mismo; a la agradable camaradería le siguieron las relaciones más normales que se dan entre un patrón considerado y un miembro excelente de una excelente plantilla.

En consecuencia, por lo general, aquellos primeros años noventa no fueron tan alegres como la gente quiere dar a entender, aunque la vida en el jardín de la mansión fluía como una corriente tranquila. Un año siguió a otro y una estación siguió a otra con serena precisión. En cuanto terminaba la Navidad, los primeros acónitos empezaban a asomar la cabeza por encima del fino manto de hojas secas que se extendía al pie de los arbustos. Contemplando este fenómeno anual, Bert Pinnegar nunca dejó de maravillarse ante la temprana llegada de una primavera inglesa. Siempre había supuesto que en un jardín no ocurría nada hasta cerca de marzo; sin embargo, ahí estaban esos alegres muchachitos con sus gorgueras rizadas ofreciendo un espectáculo tan magnífico como un campo de ranúnculos.

Los narcisos aclimatados al huerto aparecieron mucho antes que los del jardín, y aquí había otra rara cuestión. ¿Por qué las flores cultivadas eran mucho más delicadas que las silvestres? Podría pensarse que con todo el tiempo y los cuidados que se les dedican, las cultivadas podrían aguantarlo todo. Son más grandes, por supuesto, pero ¿qué sentido tenía cultivar flores más grandes si siempre había algún bicho que acababa con ellas? Sólo cabía pensar que el trabajo que dedicabas en un jardín a criar las plantas también nutría las plagas. Si eso era así, ¿merecían la pena todos los esfuerzos?

El florecimiento del manzano fue lo primero que le produjo a Bert Pinnegar una emoción verdadera. Había un viejo manzano en el rincón, un auténtico veterano de guerra que ya había vivido sus mejores días. Su fruto era casi insignificante; eso sí, cuando florecía se te paraba el corazón. Como espuma rompiendo en un arrecife de coral, así era. Si Bert Pinnegar hubiera sido un poeta, cosa que no era, podría haber dicho algo mejor; aun así era suficiente para salir del paso.

¡El espectáculo del verano era casi exagerado! Las flores surgían a lo largo de los parterres en grandes oleadas, y se acabó. Ojalá aquello se detuviera medio minuto para poder mirarlo. Pero no, llegaba y se iba; llegaba y se iba hasta que no quedaban más que asteres.

Puede que, con todo, no estuviera siendo justo. Bert Pinnegar siempre se sentía un poco triste cuando le encontraba defectos a la naturaleza. Quizá no le gustaba el verano porque no tenía tiempo de disfrutar todo lo bueno. Entre cortar el césped y recortar los bordes, los días pasaban en un suspiro. Sí, podía ser eso. De todas formas, fuese cual fuese la razón, el verano era un poco decepcionante, y siempre lo había sido hasta donde alcanzaba su memoria.

¡El otoño! Ah, eso era lo mejor. Para empezar, cortabas el césped por última vez y guardabas la podadora hasta la primavera. El césped estaba muy bien cuando tenías a alguien que hiciera el trabajo. Comprendía que el señor Addis perdiera la cabeza por su césped, pero el señor Addis no tenía que empujar el rodillo. A él (Bert Pinnegar) le gustaba un buen césped tanto como a cualquiera, sólo que todo tiene un límite.

Lo que a él *de verdad* le gustaba del otoño era el olor de los crisantemos. Aunque esto podía resultar peculiar, el olor de un crisantemo tenía un matiz acre que encajaba en cualquier estación, como el olor de las hojas secas y las hogueras, etcétera. Curiosamente, parecía que a nadie más le pasaba lo mismo. Hablaban del aroma de las rosas, y de la madreselva, y de la planta del tabaco, pero muchos no sabían que un crisantemo tenía un olor especial. Y los crisantemos llegaban en un momento en el que hacían verdadera falta. ¿Qué flores podrían tenerse en la casa en octubre si no fuera por ellos?

¡Flores para la casa! Bert Pinnegar nunca fue uno de esos jardineros profesionales que se enfadan si alguien coge unas flores para alegrar el salón. A él le gustaba ver a la señora salir con una cesta y unas tijeras de podar, revoloteando de acá para allá como una abeja o una mariposa. No estaba bien ser como el perro del hortelano en ese tipo de cosas. Y, además, algunas flores resultaban más bonitas cuando estaban bien arregladas en un jarrón: eso daba la ocasión de miraras como es debido. En especial, las variedades más nuevas, que no resistían el clima y podían echarse a perder en una noche.

Esto se podía aplicar en particular a las flores de primavera, a las que los vientos de marzo maltrataban y las lluvias de abril salpicaban de barro. Bert Pinnegar tenía la teoría de que mientras que los narcisos semisilvestres podían cuidarse solos, la variedad que se cultiva en los jardines había que recogerla en cuanto los capullos mostraban un poco de color y meterlos en casa. Entonces es cuando de verdad se les sacaba partido.

Esto demuestra que, hasta el final de sus días, el Viejo Yervas siguió siendo un poco niño. La mitad del disfrute de las flores, para los niños, está en cogerlas. No puedes pedirle a un niño que no toque las violetas de una colina soleada ni las campanillas de un bosque. Entonces ¿por qué no coger flores de un jardín? No veía ninguna razón en contra.

Y luego llegaba el invierno. Bert Pinnegar nunca fingió que le gustara un jardín cubierto de escarcha, no más de lo que le gustaba cuando estaba más seco que un ladrillo por la sequía. Algunos decían que una helada intensa mataba todas las plagas, pero él no estaba seguro. Después de aquel invierno en que habían podido patinar durante seis semanas, llegó el peor verano de plagas que recordaba: roya por todas partes, una invasión de avispa y casi todas las manzanas con gusanos.

Él prefería un invierno suave y así no tener que preocuparse en verano.

CAPÍTULO DIEZ

Con el cambio de siglo empezaron a ocurrir cosas por fin. La reina Victoria murió y el príncipe de Gales se convirtió en rey de Inglaterra, cuando ya era casi demasiado tarde para que eso tuviera alguna importancia para él.

Así eran las cosas en aquellos días: los viejos se aferraban a sus lucrativos empleos hasta que los jóvenes tenían casi la edad de jubilarse. Bert Pinnegar no era muy lector, pero, si lo hubiera sido, habría estado de acuerdo con ese nuevo poema de Rudyard Kipling que trataba sobre personas como el señor Addis, que pensaban que estaban vivas cuando en realidad siempre habían estado muertas... Ahí estaba él, con treinta años, y todavía lo trataban como a un niño al que no se tiene en cuenta...

Cuando más desanimado se encontraba, Kruger^[5] empezó a causar problemas en Sudáfrica, y uno de los muchachos del invernadero fue reclutado. Bert Pinnegar, que fue rechazado para el servicio militar, ocupó su puesto.

Al principio no estaba muy contento. Desde aquel asunto con la joven Soph no se había acercado a los invernaderos. Además, tenía esa desconfianza del campesino común hacia las cosas exóticas. Esos exploradores, como el doctor Livingstone, iban por el mundo y volvían con extrañas plantas nuevas, pero ¿qué eran cuando las sembrabas? Una pesadez. En cuanto el termómetro bajaba un par de grados, no resistían. Vamos, que si una flor rozaba a otra era suficiente para que se arruinaran las dos.

Sin embargo, nadie podía llegar a nada sin saber de invernaderos. Un jardinero jefe tenía que saber un poco de todo y, si no aceptaba un trabajo, otra persona lo haría y se pondría por delante de él. Bert Pinnegar acogió lo que los dioses le enviaron e intentó ser agradecido.

Al fin y al cabo, el invernadero era útil para favorecer el arraigo de las plantas, proteger del mal tiempo a las más delicadas, etcétera. La señora Charteris tenía la manía de querer las cosas antes de tiempo; siempre estaba apremiando a los demás por ese motivo. La mayoría de las discusiones que surgían con el señor Addis se debían a que él era partidario de esperar a que las judías nuevas tuvieran la longitud de un brazo. El señor Addis pensaba que era un desperdicio de buenos productos llevar guisantes a la cocina antes de que tuvieran buen aspecto, como los que se veían en los concursos.

¡Y las patatas! Algunos plantaban sus patatas de siembra mucho antes del Viernes Santo, porque les gustaba tenerlas pronto. Eso estaba bien si no sufrías una helada en mayo; sólo que, si la sufrías, se perdía todo el trabajo. Al señor Addis eso no le pasaba. La señora Charteris intentó todo lo habido y por haber para tener antes las patatas nuevas, pero el señor Addis era un hueso duro de roer: o el suelo no estaba bien para plantar o las patatas de siembra no habían llegado

todavía de Escocia. Entonces, si resultaba que *de hecho* caía una helada, aparecía con un puñado de tallos ennegrecidos y los dejaba en la mesa de la cocina. Siempre dispuesto a restregar las cosas por las narices, el señor Addis.

Bert Pinnegar era neutral en estas batallas. No porque temiera tomar partido, sino porque se daba cuenta de que todo eso no era más que un juego, como hacer girar una moneda o apostar por un número en una feria. A algunos les gustaba correr riesgos y, si perdían, sólo podían culparse a sí mismos. El señor Addis, hombre religioso, no aprobaba el juego, y tenía derecho a sus opiniones; especialmente cuando podía citar las Escrituras («los frutos a su debido tiempo») para demostrar que tenía al Señor de su parte.

Pensándolo bien, Bert Pinnegar reconoció que, a fin de cuentas, los invernaderos podían ser útiles. No se podía empezar a cultivar patatas bajo cristal, pero ¿y fresas? Casi se le partió el corazón una mañana, cuando salió, después de una helada, y vio aquellos ojillos negros en medio de las flores. ¡Todo un macizo de fresas arruinado en una noche! Sin decirle nada a nadie, plantó media docena de tallos en unos tiestos y en octubre los metió en el invernadero. Pero no ocurrió nada. Las plantas se consumieron y no pudo hacer nada por salvarlas.

Entonces recordó que las fresas no tenían nada que temer de las heladas de invierno. Sólo cuando salían las flores era cuando tenían dificultades, así que al año siguiente esperó hasta febrero y volvió a intentar el experimento.

Mientras tanto, la señora Charteris había estado pendiente de lo que Bert Pinnegar hacía en los invernaderos y lo que vio no le agradó mucho. Hasta entonces su sistema de animarlo poco a poco había dado excelentes resultados, pero parecía que, de pronto, había llegado a un punto muerto. O bien estaba perdiendo interés o, lo que era más probable, no tenía la formación necesaria para trabajar en un nivel superior. A lo largo de aquel invierno la señora Charteris lo observó con atención, le ofreció sugerencias y lo alentó todo lo posible, pero él no parecía adaptarse a su nuevo entorno. La señora Charteris estaba desconcertada, decepcionada y, finalmente, decidió que tendría que hacer algún cambio. El joven Pinnegar no había superado la prueba.

Entonces ocurrió algo sorprendente. Una tarde, hacia finales de abril, hubo una agradable merienda en la mansión. Nada protocolario, por supuesto, pero tampoco la reunión informal que podría tener lugar cualquier día de la semana. Sólo una reunión de viejos amigos para que conocieran al abogado de la propiedad, que había llegado de Londres. A la señora Garlick le pidieron que se esforzara todo lo que pudiera y, aunque ya estaba un poco mayor, no lo hizo nada mal. Después de quitarse los abrigos y entrar en calor ante la gran chimenea, los invitados se preparaban para disfrutar del delicioso refrigerio cuando el anciano general Henderson, con los ojos saliéndosele de las órbitas, empezó a ladrar como un viejo perro de caza en guardia.

—¡Dios mío, Charlotte! —exclamó—. ¿Se puede saber dónde has conseguido *eso*?

Todo el mundo se volvió hacia el general excepto la anfitriona que, advertida por experiencias anteriores, lanzó una mirada furtiva hacia la mesa de la merienda. Todo parecía en orden. El mejor servicio de té, la tetera de plata, los admirables bollos de mantequilla de la señora Garlick... ¿Qué le pasaba a ese hombre?

—¡Fresas! —rugió el general—. ¡Fresas en abril! ¿Qué será lo próximo que nos ofrezcas?

La señora Charteris pensó que aquel viejo militar se había vuelto loco y entonces las vio: una fuente de fresas maravillosas, con las que ni el señor Fortnum ni el señor Mason habrían soñado

en sus momentos más fastuosos. Era como si el año hubiera dado un paso de gigante y los hubiera llevado de pronto a la última semana de junio. Si el general estaba viendo visiones, entonces su anfitriona también. Pero ella no perdió la cabeza.

—Unas fresas, general —respondió ella con serenidad—, sólo unas cuantas fresas. ¿No quiere probar una?

—Pero ¿dónde las ha conseguido? —preguntaron tres damas a coro.

La señora Charteris se estaba preguntando lo mismo. Pero tampoco esta vez perdió la cabeza. Tocó su campanilla de plata y el ama de llaves, sorprendentemente alerta, apareció en la entrada, y le preguntaron, en un tono que pretendía sonar despreocupado, de dónde habían salido las fresas.

—Pinnegar las trajo del invernadero hace cinco minutos —dijo la señora Garlick.

—Dígale a Pinnegar que me gustaría hablar con él —dijo la señora Charteris. Y cuando Bert Pinnegar apareció en aquel sanctasanctórum, deseando que aquella rica alfombra de Bujará que estaba pisando se lo llevara volando a otras tierras, la señora se volvió hacia el general—. Le presento a mi jardinero, general. Él está a cargo de los invernaderos y lo sabe todo sobre esas cosas. Pinnegar, al general Henderson le gustaría saber cómo ha conseguido tener fresas aptas para la mesa tan al principio de temporada.

Así pues, Bert Pinnegar explicó, con detalle y en términos sencillos, lo mismo que se lo explicaría a un niño inteligente, cómo había sido todo: que no servía de nada sembrar los tallos bajo cristal en el otoño, porque se secaban por completo por mucho que los regaras, y que lo que había que hacer era sembrar los tallos en tiestos en el otoño, dejarlos al aire libre como el resto de las fresas, y llevarlos al invernadero sobre febrero, para que estuvieran bien resguardados antes de que empezaran a pensar en florecer. Nada más.

El general Henderson le dio las gracias al señor Pinnegar por una explicación tan clara, y el señor Pinnegar estaba a punto de marcharse arrastrando los pies hacia atrás, cuando la señora lanzó un ataque antes de que él pudiera ponerse fuera de alcance.

—Un momento, Pinnegar —dijo—. ¿Qué invernadero ha usado usted para este... interesante experimento?

—El pequeño del fondo, señora; el que está junto al depósito de basura, señora.

—Qué raro. No he visto fresas allí —dijo la señora Charteris.

—Las metía debajo del banco cada vez que usted se acercaba —explicó el señor Pinnegar.

—¿Por qué hacía usted eso? —preguntó la señora Charteris.

—Porque —dijo el señor Pinnegar— quería que fuera una sorpresa o algo así.

—Muy bien, Pinnegar, puede retirarse.

El señor Pinnegar se fue.

No se pretende sugerir con esto que Bert Pinnegar hubiera hecho historia en la horticultura. Hacía ya cincuenta años que forzar el crecimiento de las fresas en los invernaderos había dejado de ser una novedad, pero su original idea dio sus frutos. La señora Charteris ya no pensaba en hacer más cambios. Al fin y al cabo, el invernadero convencional se estaba estancando, volviéndose un poco aburrido. Bajo la paternal supervisión del señor Addis uno se sentía inclinado a cultivar gloxíneas, gloxíneas y más gloxíneas. Muy bonitas, por supuesto, sólo que una gloxínea se parecía mucho a otra, y no se podía hacer mucho con ellas. Se limitaban a estar en fila y a ponerse unas un poco más grandes que otras. Además, ahora que lo pensaba, a ella

nunca le habían gustado tanto las gloxíneas... Y había sido muy bonito lo de Pinnegar, la forma en que se había sacado de la manga aquellas fresas... como por arte de magia...

Pero era la campanilla azul lo que realmente podía con ella, por decirlo de algún modo. La señora Charteris, siguiendo los pasos de la reina Victoria, pasó unas vacaciones en la Costa Azul. Se alojó en uno de esos grandes hoteles de Cimiez y visitó los jardines de flores de Grasse, y durante una excursión a Menton pasó una hora en los preciosos jardines de La Mortola, justo en la frontera italiana. Sir Thomas Hanbury, cuando regresó del Extremo Oriente con todo el dinero del mundo, sembró el promontorio de Mortola con una maravillosa colección de árboles y arbustos —eucaliptos, agaves, casuarinas— y sus jardines fueron considerados los más bellos de toda Italia. En realidad, la reina Victoria realizó dos visitas y en la segunda ocasión hizo algunos bocetos.

Al ser ésta su primera visita a un país que disfrutaba de un clima subtropical, la señora Charteris estaba muy emocionada por todo lo que vio. En una parte de la costa había alcornoques, cimbreantes bambúes y chefleras. En la cima de las colinas se posaban pequeñas ciudades árabes, y, a la espalda de todo, el sereno Mediterráneo brillaba como un gran espejo. En el jardín de una villa bastante corriente, vio buganvillas, plumbagos y las preciosas *belle de nuit* brotando al aire libre. Los geranios crecían como los árboles y, al parecer, florecían durante todo el año. En realidad, la señora Charteris sentía que se hallaba en el país que había descrito lord Tennyson, «... donde no cae lluvia, ni granizo, ni nieve alguna...».

Pero era la ipomea azul lo que de verdad la impresionaba. De pequeña le encantaba cultivar campanillas, y la habían animado a hacerlo porque su floración conseguía que se levantara de la cama cuando hacía buen tiempo. Si no las veías antes de desayunar probablemente ya no las verías, pues las más resistentes se marchitaban antes de media mañana. Los adultos y los jardineros solían despreciarlas, comparándolas con las correhuelas blancas silvestres que trepaban por los setos en los caminos rurales; pero la señora Charteris, aunque no había visto ninguna en años, seguía siendo fiel a la flor favorita de su infancia.

Por eso, cuando vio estas campánulas en la Costa Azul por primera vez, apenas pudo dominarse. Lo invadían todo, como si alguien hubiera arrancado grandes trozos de un cielo matinal. Eran tan azules, tan azules que llegaba a doler. La señora Charteris sintió que el corazón se le ahogaba en belleza, y apenas podía respirar.

Un amigo, que notó su extraño comportamiento, le preguntó con preocupación si hacía demasiado calor para ella.

La señora Charteris no advertía el calor. Sentía que iba flotando sobre un mar azul, bajo un cielo azul, hacia una maravillosa tierra de vacuidad azul...

Cuando volvió a casa, le habló a Bert Pinnegar de fabulosas campanillas, todas azules, tan azules, de hecho, que una vez que las habías visto no podías volver a ser feliz. Para ser un hombre de campo, Bert Pinnegar reaccionó con prontitud. Dejó que aquello calara durante una semana. Entonces, recordando un comentario que oyó una vez por casualidad, se sentó y le escribió al director de los Kew Gardens, quien le envió una amable carta en respuesta. La flor en cuestión era la preciosa *Ipomea Teari*, que crecía con exuberancia al aire libre en condiciones subtropicales. Varios autores, incluido Farrer,^[6] las valoraban por encima de la genciana. Algunos veranos ingleses favorables, habían florecido al aire libre, pero se recomendaba su cultivo en invernadero. Como el señor Pinnegar parecía interesado, el director adjuntaba unas cuantas semillas y esperaba que obtuviera resultados satisfactorios.

Bert Pinnegar plantó las valiosas semillas en mantillo, trasladó las plantas jóvenes a tiestos grandes, y cuando empezaron a trepar las dejó subir hasta el techo por entre las ramas de un viejo rosal, donde quedaban bien ocultas a la vista. Muy pronto, unos capullos alargados y puntiagudos, como un paraguas plegado, empezaron a aparecer; y, una mañana... se produjo el milagro.

Fue corriendo hasta la casa, como si hubiera un incendio, y dejó un mensaje urgente en la puerta de servicio, para que el ama de llaves le dijera a la señora que fuese al invernadero grande en cuanto pudiera. El recado le llegó a la señora Charteris con su primera taza de té, y fue recibido con encomiable serenidad. Después de haber pasado una suntuosa media hora en el cuarto de baño, la señora terminó de arreglarse, habló con la señora Garlick de ciertos problemas domésticos que no requerían atención inmediata, abrió su correspondencia y, una vez recogido el desayuno, fue dando un paseo hasta el invernadero grande, preparada para alguna calamidad horticultural que hubiese acontecido durante la noche.

Bert Pinnegar estaba, como había estado durante toda la hora anterior, al pie del rosal trepador. La señora le sonrió con cortesía.

—Buenos días, Pinnegar —dijo—. ¿Ocurre algo? La señora Garlick me ha dicho que quería usted verme.

Entonces esperó con calma el relato de la desgracia que el jardinero podría tener que contarle.

Pero la tensión de la espera había sido demasiado grande. Bert Pinnegar no encontraba palabras adecuadas para la ocasión. Lo único que pudo hacer fue señalar en silencio hacia el techo del gran invernadero.

La señora Charteris levantó la mirada y, al ver la masa de flores azules, dio un gritito de pura felicidad. Otra vez sintió aquella presión en el corazón, una especie de ahogo que casi dolía. Otra vez sintió que iba flotando sobre un mar azul, bajo un cielo azul, hacia una maravillosa tierra de vacuidad azul...

—Oh, Pinnegar —dijo—. ¡Qué amable es usted... pero qué amable!

CAPÍTULO ONCE

La época victoriana, con sus contundentes, afectados y más bien sofocantes atavíos, fue seguida por la frágil sofisticación de la era eduardiana. Todo el mundo era crítico con todo lo anterior. Todo el mundo tenía una manera mejor de hacer las cosas. Esos ancianos de grandes bigotes y barbas no valían nada. Vamos, hasta se decía que el doctor W. G. Grace^[7] era un estafador...

La clase de mundo, de hecho, que al señor Addis no le gustaba en absoluto, por lo que todos se sintieron un poco aliviado cuando subió a los cielos en una nube de exasperación y Bert Pinnegar ocupó su trono.

No es que el señor Pinnegar, como debemos llamarlo ahora, escapara a la actitud crítica de sus contemporáneos más jóvenes. Caminando por los jardines de la mansión, cargando con el peso de sus recién adquiridos honores, encontró la horqueta del joven Jim Mustoe tirada en el suelo, atravesada en un sendero de césped, donde había sido depositada con cuidadosa precisión dos minutos antes. El joven Mustoe y un par de amigos estaban acechando detrás de un arbusto muy bien situado, con la esperanza de sacar de quicio a su nuevo jefe.

—¿De quién es esta horqueta? —preguntó el señor Pinnegar.

—Mía, Bert —respondió el propietario.

—Recógela —le ordenó el señor Pinnegar.

—Recógela tú —dijo el joven Mustoe.

Nunca es buena idea forzar una situación a menos que veas una manera clara de manejarla. El recién nombrado jardinero jefe tenía dos alternativas, igualmente imposibles. No podía darle un puñetazo en la nariz al joven Mustoe, porque, físicamente, el joven Mustoe era más grande y fuerte. No podía denunciar al joven Mustoe ante una autoridad superior, porque eso habría sido admitir que no era un jefe capaz de controlar a sus trabajadores. El joven Mustoe y sus amigos sonreían satisfechos.

Sin embargo, por extraño que se antojara, el señor Pinnegar no parecía preocupado en absoluto. Más bien cordial, de hecho.

—Mira, Jim —dijo—, imagina que, como podría muy bien ocurrir, te acaban de nombrar jardinero jefe e imagina que un gamberrete te dijera que recogieras su horqueta. ¿Qué harías tú?

—Le daría para el pelo —dijo el joven Mustoe.

—Y con toda razón, Jim —convino el nuevo jardinero jefe, asintiendo con la cabeza—. Exactamente. Si sigues así, Jim, serás jardinero jefe un día de estos.

Deslumbrado por esta perspectiva, el joven Mustoe se agachó a recoger su horqueta; pero su nuevo patrón no había terminado aún.

—Y, Jim —añadió con tono benevolente—, cuando seas jardinero jefe, procura que los demás te llamen señor Mustoe; es un poco difícil al principio, Jim, pero verás que a la larga merece la pena.

—Sí, señor Pinnegar —respondió el joven Mustoe.

El señor Pinnegar se alejó, dejando a la malísima trinidad que meditara sobre lo ocurrido. Había ganado su primera escaramuza y, en lo referente a sus empleados, no hubo más batallas en las que combatir.

Pese a todo, en el exterior, en el pueblo, se sentía como un pez fuera del agua. Uno no puede convertirse de pronto en alguien sin sentir cierta timidez, como le sucede a la esposa de un ciudadano ilustre cuando la llaman «milady» por primera vez. Es muy agradable, por supuesto, destacar en tu entorno familiar, si bien un poquito embarazoso hasta que te acostumbras. Desde luego, sus antiguos camaradas seguían llamándolo Bert, como si nada hubiera pasado; pero para el resto de las personas del pueblo, desde la primera a la última, se había convertido en el señor Pinnegar, le gustase o no.

Y el ascenso trajo consigo responsabilidades añadidas. En el comité parroquial, mientras discutían si las antiguas gradas del campo de críquet se estaban volviendo un poco peligrosas, el presidente se giró hacia él de pronto y dijo:

—Bueno, señor Pinnegar, aún no lo hemos escuchado a usted.

En realidad, esto era un amable intento de integrarlo en el privilegiado círculo de los concejales de la ciudad, pero eso a él lo ponía en un verdadero aprieto.

—Vamos, señor Pinnegar, usted lleva en el pueblo tanto tiempo como la mayoría de nosotros. ¿No cree usted que ya es hora de quitar las gradas antiguas y poner algo más en consonancia con los tiempos? ¿O preferiría dejarlas como están, tal y como llevan tantos años?

Era la primera vez que el señor Pinnegar se había puesto de pie para hablar en una reunión pública, y sólo los más cohibidos de nosotros podemos darnos cuenta de la terrible solemnidad de un momento así. Pero el presidente lo estaba mirando por debajo de aquellas espesas cejas que tenía.

—Bueno, decano —dijo Pinnegar—, si usted cree que algo nuevo es mejor que algo antiguo, entonces será necesario hacer un cambio; pero, si a usted le gustan las gradas antiguas tal y como están, creo que pueden servir unos años más.

El decano era un veterano militar y muy astuto, acostumbrado a dejar que los vecinos del pueblo hicieran exactamente lo que él consideraba que era lo mejor para ellos. Le desagradaba la idea de quitar las gradas antiguas de piedra y poner en su lugar una abominación de ladrillo.

—Bien, señores —dijo—, ya han oído lo que opina el señor Pinnegar, y estoy seguro de que todos estamos de acuerdo con él. A él le gustan las gradas antiguas; a nosotros nos gustan las gradas antiguas. Todos los que estén a favor...

Después de la reunión, el señor Pinnegar, que en verdad no tenía preferencias sobre la cuestión, supo que había conseguido una rotunda victoria contra unos pocos temerosos, salvando así a su pueblo natal de una contaminación peor que todas las plagas de Egipto juntas.

Le habían enseñado a nadar arrojándolo al agua en la parte más profunda, como quien dice, y el señor Pinnegar fue así desarrollando poco a poco un talento natural para decir lo que pensaba con las menos palabras posibles. A diferencia del charlatán común, que siempre está dispuesto a

hablar de lo que sea, él se limitaba a su tema y muy pronto descubrió que la mejor forma de aprender es enseñar a otros que saben un poco menos que tú. Daba charlas breves, sencillas, en la escuela del pueblo y pasaba gran parte de su tiempo libre leyendo libros de jardinería, hasta que llegaron a considerarlo una especie de autoridad.

La señora Charteris siguió el discreto desarrollo de su nuevo jardinero jefe con bastante interés y no poco alivio. El experimento —y un experimento había sido— estaba dando muy buen resultado. Los jardines tenían mejor aspecto que nunca, y los vecinos de las otras casas grandes empezaban a copiar sus mejoras. Su único miedo era que algún recién llegado sin escrúpulos pudiera tentar a Pinnegar con un salario mayor del que ella podía permitirse. Pero no tenía que haberse preocupado. No era probable que el señor Pinnegar olvidara a la encantadora y risueña señorita del concurso de flores que le había dado su primera oportunidad. Él era suyo, por siempre jamás.

Cuando empiezas a moverte por el mundo descubres, para tu sorpresa, que hay unos engranajes dentro de otros. Estás en posición de ayudar a personas que están en posición de ayudarte a ti. Se intercambian pequeños favores que traen ventajas para ambas partes. Y, como dos cabezas son siempre mejor que una, te encuentras avanzando por el camino del éxito a doble velocidad. Los caballeros de la ciudad se refieren a sus homólogos como «muy buenos amigos nuestros», y lo que rige en las bulliciosas calles de Londres también vale en el tranquilo remanso de un jardín rural.

El señor Pinnegar estaba echando un último vistazo al jardín una tarde de invierno, cuando vio al jefe de estación de la localidad, que iba hacia él con un gran paquete. El señor Honey y él eran viejos camaradas en cierto modo. Una vez a la semana jugaban al dominó, y sus respectivas categorías profesionales permitían un cómodo intercambio de nombres de pila.

—¡Hola, Bert! —dijo el señor Honey.

—¡Hola, George! —dijo el señor Pinnegar.

—Qué sitio tan bonito, Bert.

—No está mal, George —admitió el señor Pinnegar.

El señor Honey dejó el paquete en el césped y se sacudió una pizca de mantillo de la manga del uniforme.

—Esto ha llegado en el de las cinco quince —dijo—. Pensé que querrías tenerlo a primera hora de la mañana.

—No tendrías que haberte molestado, George —dijo el señor Pinnegar—. Podría haber mandado a uno de los chicos a recogerlo. No tienes por qué cargar con un paquete así por medio condado.

—No pasa nada, Bert —respondió el señor Honey—. Es bueno hacer un poco de ejercicio. Además, quería hablar contigo un momento sobre algo que acaba de surgir. Más en tu línea que en la mía. Yo sólo soy jefe de estación.

El señor Pinnegar esperó una aclaración de estos misterios.

—Carta de Paddington —dijo el señor Honey—. Parece que todas las estaciones de la línea han de tener un jardín, para alegrar un poco las cosas... para desviar la atención de los pasajeros cuando los trenes se retrasen, me imagino.

—Eso no es nada nuevo —dijo el señor Pinnegar—. Vamos, George, que llevan un montón

de años haciendo eso. *Hasta* en las esclusas del Támesis. Vamos, que he visto yo fotos en el *Illustrated London News*.

El señor Honey aceptó la corrección con serena dignidad.

—Ya lo sé, Bert, igual que tú. El caso es que están ampliando el proyecto para incluirnos a todos, para darnos a todos una oportunidad, puñetas. Hay una lista de premios como mi brazo de larga y un mensaje especial del mismísimo director general, diciendo que espera que todas las estaciones, hasta las más pequeñas, participen. En fin, a buen entendedor... Esto significa que tengo que ponerme manos a la obra. Y por eso he venido, Bert.

—¿Van a enviar un comité de inspección o algo por el estilo? —preguntó el señor Pinnegar.

—¡Y tanto que sí! —gruñó el señor Honey—. Con sus levitas negras y sus sombreros de copa y todo. Como en un funeral. *Mi* funeral, si no espabilo.

—¿Cuánto tiempo tienes? —preguntó el señor Pinnegar.

—Empiezan la primavera que viene y van recorriendo toda la red —dijo el señor Honey—. Pueden aparecer por aquí en cualquier momento entre abril y octubre, y si no hay rosas floreciendo por todas partes, lo vamos a pagar caro. ¿Vas a ayudarnos, Bert?

El señor Pinnegar era, como sabemos, un hombre de decisiones tranquilas. Recogió el paquete, lo dejó en el cobertizo y fue a la estación, donde, a la luz del crepúsculo, estudió el campo de batalla, como puede que hiciera Wellington la víspera de Waterloo. Y, mientras recorría con ojo experto el conglomerado de farolas, carretillas y tinajas para el agua de lluvia, le dijo unas palabras de consuelo al infeliz jefe de estación.

—Escucha, George —le dijo—. En este lado no puedes hacer nada, excepto tener el andén tan limpio como tú sabes. Tienes que ceñirte a ese talud, y depende mucho de cuándo aparezca ese estimable comité de inspección. Ahora bien, según lo veo yo, George, irán por las líneas principales y a ti te dejarán para el final. Eso significa que los tendrás aquí al final de la temporada. ¡Octubre! Ése es tu objetivo, George. Y bien, ¿qué es lo más lucido para octubre?

El señor Honey podría haberle dicho cuánto se retrasaría el tren de las cinco treinta, pero nada más, así que, con toda sensatez, no dijo nada.

—Asteres, George. A eso tienes que ceñirte. Un fabuloso espectáculo de asteres. Empezaremos a parcelar los macizos la semana que viene y a sembrar toneladas de ellos. Suficientes para cubrir una montaña. Me alegro de tener dónde ponerlos. Ahora pon a tu muchacho a cavar en el talud y yo te mandaré un par de carretadas... cuando haya anochecido. No hay necesidad de que todo el mundo sepa qué estamos haciendo. Yo les diré a mis chicos que nos has dado permiso para dejarlas donde no estorben, y tú puedes recogerlas por la noche. ¿Qué te parece, George?

El señor Honey preguntó qué ocurriría si el comité empezaba, digamos, por las líneas secundarias y seguían hacia atrás; pero el señor Pinnegar lo tranquilizó. Eso sería como ir en sentido contrario al reloj, casi contra natura. La gente siempre empezaba por lo que tenía más cerca. Era un riesgo, pero un riesgo que merecía la pena correr. No había que darle más vueltas. Mandaría las flores el miércoles, poco después de las seis. ¿Qué tal una partida de dominó?

Todo salió como el señor Pinnegar había planeado. La primavera había terminado... el verano se había convertido en un dorado otoño... la cosecha se había recogido sin contratiempos... El señor Honey estaba empezando a temer haberse hartado de cavar para nada cuando del tren de las once treinta bajaron tres personas muy importantes. Un poco cansadas, quizá, por su amplia inspección de jardines de las estaciones, aunque muy dispuestas a disfrutar

del sol de un bonito día de octubre.

El señor Honey los reconoció enseguida y le dijo a su ayudante que fuese corriendo campo a través a avisar al señor Pinnegar de que había llegado la hora, de suerte que, antes de que se hubieran terminado las presentaciones, el jardinero jefe de la mansión pudo unirse al afable grupo.

Siguiendo instrucciones, el señor Honey no había ido corriendo hacia los visitantes como un toro saliendo del toril. Dejó que hablaran ellos y fingió cierta sorpresa cuando llevaron la conversación hacia el tema de los jardines. La mayor parte de su tiempo, al parecer, la ocupaba la rutina ferroviaria. Digamos que, como era natural, le gustaba ver el jardín en estado de revista; pero no quedaba mucho tiempo para la jardinería después de haberse ocupado de todo... Sin embargo... el señor Pinnegar, bueno, ahí tenían a un auténtico jardinero.

El señor Pinnegar rechazó con la mano tal cumplido. Todo lo que sabía de jardinería lo había aprendido de su viejo amigo George Honey. Él *sí* que era un jardinero. Si tenían alguna duda, no tenían más que mirar aquellos asteres. No había nada parecido en todo el pueblo. Pero, además, George siempre triunfaba con sus asteres. Qué espectáculo nos ofreció el año pasado. En ese momento el señor Pinnegar le dio al horrorizado señor Honey una juguetona patadita en el tobillo que lo dejó cojo para el resto de la semana.

Los caballeros de Paddington estaban impresionados, como era de esperar. Sin duda nunca habían visto semejante espectáculo de asteres en sus tres vidas juntas. Y cuando uno recordaba que todo se había hecho después del horario laboral, por puro amor a aquello... El señor Pinnegar le dio al señor Honey otra patadita en el tobillo dolorido y se marchó por aquel indefinido paisaje del que había surgido de manera tan inesperada.

Al cabo de tres meses se supo que el primer premio al mejor jardín de estación ferroviaria de la Zona Occidental había sido otorgado al señor George Honey, hasta ahora jefe de estación de Fairfield y recientemente ascendido a la de Swancombe Junction.

Pero ahí tampoco acaba la historia. En una fría mañana de marzo, un grupo de jardineros profesionales llegados de todo el condado se encuentran en el andén de Swancombe Junction, esperando el tren de Londres que los llevará a la reunión de delegados del condado. De pronto, por entre la fría niebla aparece una gloriosa figura vestida con un elegante uniforme, adornado con galones dorados. El jefe de estación, porque no es otro que él, se acerca al más joven y menos distinguido de este distinguido grupo.

—Vaya, señor Pinnegar —exclama—, esto *sí* que es un placer. Bueno, si usted y sus amigos van a seguir aquí hasta que llegue el tren, procuraremos que estén cómodos. No lo veo mucho por aquí, señor Pinnegar. Nos tiene un poco olvidados... ¡Ah, aquí llega!

El tren de Londres se detuvo lentamente, y los perplejos jardineros recibieron la clase de tratamiento que se reserva para la realeza. Si hubiera habido tiempo, George Honey habría sacado la alfombra roja, pero, como eso no pudo ser, se esforzó en todo lo demás. Un vagón de primera clase, media docena de calientapiés, instrucciones al jefe de tren de que esos no eran viajeros comunes y, el mayor cumplido de todos, el jefe de estación en el estribo para desearles un último «vayan con Dios» conforme el tren abandonaba la estación...

—Caramba, señor Pinnegar —dijo el cabecilla del grupo—, parece que es usted bien conocido en estos pagos. No podían haberlo mimado más, ni aunque hubiera sido usted el alcalde de Londres.

Aun así, el señor Pinnegar no dijo nada. Estaba frotándose un tobillo que le dolía mucho, donde el jefe de estación le había dado una juguetona patadita durante su pequeña farsa.

George Honey, como los elefantes, nunca olvidaba.

CAPÍTULO DOCE

Cuando no tienes nada que hacer salvo estar sentado y recordar, no hay mucho que se te escape. Sin embargo, de tarde en tarde, el Viejo Yervas veía que se le olvidaban algunos de los detalles más importantes.

Por ejemplo, si estuviera hablando de la señora Charteris, del color de su pelo y de cómo se reía con las comisuras de los ojos, y alguien le preguntara: «Pero estaba casada, ¿no? ¿Qué hacía el marido todo ese tiempo?», se daría cuenta de que había olvidado rememorar al capitán Charteris, probablemente porque no salía mucho al jardín.

El capitán Charteris había sido un apasionado de los caballos, pasaba la mayor parte de su tiempo en los establos y murió en una carrera de caballos campo a través en los terrenos del duque. Su esposa se encontraba en la carreta de los jueces cuando se produjo el accidente...

«Pobre mujer —dirían—, perder así a su marido. Le afectaría de una forma tremenda, ¿verdad?» Y el Viejo Yervas, recordando entonces aquellas terribles semanas, respondería de mal humor que «lo contrario habría sido raro». Tras aquello se cerraría como una vieja navaja oxidada, no porque no abrigara sentimientos por el infortunado capitán, sino porque se había olvidado de él por completo y no quería admitirlo.

Al fin y al cabo, esa fue la mejor parte de los últimos sesenta años, y sesenta años son mucho tiempo, se mire como se mire. Si un hombre tuviera que recordar todo lo que le había ocurrido a todo el mundo durante sesenta años, le costaría mucho trabajo. ¿Qué les parecería *a ellos* que, de repente, les preguntaran por alguien que había muerto antes de que hubiera nacido la mayoría de ellos?

Nada molestaba más al Viejo Yervas que ser *adoctrinado* y, después de varios de esos indiscretos sondeos, fue cuando se ganó el apodo que se le quedó para el resto de sus días.

Una vieja le dijo a otra al pasar por delante de la ventana del señor Pinnegar:

—El viejo *Erbert* está acerbo esta mañana.

—¿Acebo? Eso no es una *enfremedad* del cuerpo. Eso tiene que ver con las plantas, de las que duran años y años, como las *prepetuas*, como las malas yerbas, que las arrancas y salen otra vez.

—A él sí que deberían arrancarlo —resopló la indignada—. Nunca he visto un viejo bribón más *yerbáceo* en toda mi vida.

Al Viejo Yervas —aunque es demasiado pronto para llamarlo así— podía patinarle la memoria, como los dientes gastados de un engranaje deteriorado, pero había un dato que nunca olvidó: el día de 1913 en que la gran Feria Floral de Primavera fue trasladada desde los Jardines Temple a Chelsea. La señora Charteris quiso ir a ver la exposición en su nueva sede y pensó que

estaría bien darle al mismo tiempo una pequeña sorpresa a su jardinero jefe. Podrían pasear tranquilamente por los expositores, encargar un par de esos nuevos aparatos que facilitaban el trabajo y hacer planes para la temporada entrante. Llegaron sin contratiempos a Paddington, fueron hasta Sloane Square y llegaron a los terrenos de la exposición mucho antes de la hora de mayor afluencia de público.

El señor Pinnegar esperaba algo fuera de lo común, sólo que, como la reina de Saba, no sabía de la misa la media. Las exposiciones eran, por supuesto, maravillosas, pero lo que le llamó la atención fue la manera en que los propietarios de las granjas más importantes y sus jardineros jefes paseaban por las grandes carpas, charlando unos con otros, de forma muy similar a como George Honey y él podrían haber charlado en su feria local. A veces era difícil distinguirlos: en vista de que los patrones vestían recios trajes de lana escocesa y sus jardineros llevaban sus mejores galas para la ocasión, ocurría que te quedabas preguntándote quién era el señor y quién el empleado.

Mientras la señora Charteris descansaba en una butaca rústica —y ya había encargado una igual—, el señor Pinnegar siguió a una pareja con objeto de estudiar este fenómeno social. El jardinero jefe, según vio, siempre iba medio paso por detrás de su patrón. Cuando se detenían para contemplar un artículo en exposición, el patrón era el único que hablaba, pero su jardinero jefe siempre estaba a mano, con un metafórico bichero, para llevarlo a la orilla si se metía en aguas profundas. El tacto, decidió el señor Pinnegar, consistía en salvar con elegancia tales ocasiones. Tenías que dejar que tu patrón pensara que estaba decidiendo qué encargar, mientras tú te asegurabas de que no malgastara *su* dinero ni *tu* tiempo. No tenía sentido abarrotar el jardín de caprichos que dejarías de usar al cabo de una semana.

Llegaron a un expositor en el que se exhibían todas las variedades conocidas de rododendro. Un prudente vendedor con un libro de pedidos abierto esperaba a recibir instrucciones.

—Sí —dijo el patrón—. Creo que deberíamos llevarnos algunos de éstos. ¿Qué opina usted, Perkins? Quedarían muy bien en ese rincón de la casa de verano, ¿verdad?

—Muy bien, sí, muy bien, sir John, si cree usted que prosperarán en nuestro suelo. Estamos en una parte un poco húmeda, como me recordó usted, sir John, cuando quise plantar aquella magnolia...

Sir John se frotó la barbilla, pensativo, como quien está meditando sobre grandes decisiones.

—¡Ah, sí, el suelo! El nuestro es un pequeño escollo para los rododendros, ¿eh, Perkins?

—Y la cal; *ése* es nuestro quebradero de cabeza —le confió el jardinero al vendedor—. No puedes hacer nada contra la cal. Es maravillosa para los lirios, pero, como dice sir John, un pequeño escollo para los rododendros.

Después de media hora de experiencias similares, el señor Pinnegar volvió con su patrona, que estaba sesteando cómodamente en su butaca rústica. La señora Charteris no sabía —y el señor Pinnegar no se lo dijo— que todos sus problemas se habían acabado, por lo que no tenía nada que temer. Para cualquier decisión absurda que pudiera tener la tentación de tomar, allí, medio paso por detrás de ella, estaría su jardinero jefe, siempre alerta para vigilar que *ella* no malgastara su dinero ni le hiciera *a él* perder el tiempo.

Hay momentos en la vida de todos los grandes hombres en que la inspiración llega justo después de algún hecho en apariencia irrelevante. Un acorde musical, una puesta de sol, el olor de un sembrado de habichuelas después de la lluvia... todo ha tenido su papel en el desarrollo del ingenio latente, desde el principio de los tiempos. Y, si te paras a pensarlo, el mundo empezó

en un jardín...

Era un señor Pinnegar muy diferente el que pasó con su señora por el torno de salida de la Feria de Chelsea y la llevó sin percances a la estación de Paddington con tiempo de sobra. Sentado frente a ella, estaba absorto meditando en sus nuevas responsabilidades. Nunca se le había ocurrido pensar que un jardinero jefe llevase, como el gigante de la fábula, el peso del mundo sobre sus hombros. Ahora sabía que un patrón sabio confiaba por completo en la sólida experiencia de su empleado. En ese momento trascendental, el señor Pinnegar se cubrió con un manto nuevo de confianza en sí mismo, y le quedaba como un guante.

Sentado frente a la señora, que dormía mientras el tren rugía al atravesar Reading, el señor Pinnegar se asombraba de lo ciego que había estado. ¿Cómo se le podía pedir a alguien tan frágil y delicado como la señora Charteris que soportase heladas repentinas, los fuertes vientos y todos los inesperados embates de la naturaleza pura? ¿Cómo se podía esperar que una mujer sola tomara esas decisiones repentinas a las que todos los jardineros se enfrentaban sin remedio? El señor Pinnegar se sintió agradecido por haber abierto los ojos antes de que se hubiera producido cualquier contratiempo grave.

Si la señora Charteris hubiera sabido lo que pasaba por la mente de su jardinero jefe, se habría llevado la mayor sorpresa de su vida. Ella no estaba dormida. Sus ojos cerrados y su actitud relajada se debían a dos causas: el efecto de las calles pavimentadas de Londres en unos pies cansados y la sensación de que, si hubiese cosas peores que la muerte, una conversación en un vagón de tren con el señor Pinnegar podría ser una de ellas. Mientras su jardinero jefe completaba su proyecto mental para proteger la vida de su señora, ella estaba organizando un programa más efectivo que abarcaba las actividades del jardín para las semanas venideras. Y de este modo llegaron tranquilamente a la estación de Swancombe Junction, donde el señor George Honey estaba esperándolos.

Al día siguiente, de buena mañana, el señor Pinnegar pasó por los jardines como el mistral que baja bramando por el valle del Ródano. Nada como empezar del modo en que pretendes continuar... Un poco de actividad era bueno para todo el mundo... Se acabó la holgazanería. Ahora que había cogido las riendas con sus recias manos no tardaría en poner al equipo en marcha...

Mientras tanto, no había nada como dar buen ejemplo. Ya era hora de preparar ese semillero para las begonias. El señor Pinnegar se quitó la chaqueta y estaba poniéndose manos a la obra cuando la patrona cruzó el césped sembrado de diamantes.

—¿Qué hace, Pinnegar? —preguntó.

—Preparando esto para las begonias —respondió el señor Pinnegar.

—No voy a poner begonias ahí este año —dijo la señora Charteris.

—¿Begonias, no? —El señor Pinnegar no podía creer lo que oía.

—Begonias, no —confirmó la señora Charteris, como si le estuviera diciendo a la doncella ayudante que no había más cartas que llevar al correo, y que nada más, gracias.

—¿Y qué le gustaría a usted que pusiéramos en su lugar? —preguntó el señor Pinnegar, con lo que él consideraba su voz temeraria.

—No lo he decidido —dijo la señora Charteris.

—No *prosperarán* —murmuró el señor Pinnegar.

—¿Qué es lo que no *prosperará*? —preguntó la patrona.

El señor Pinnegar cambió el rumbo.

—Siempre hemos tenido begonias —dijo.

—Lo sé —convino la señora Charteris—. Pero este año, no.

—Por supuesto, si insiste —refunfuñó el señor Pinnegar.

—Sí que insisto, Pinnegar —dijo la señora Charteris; y ahí terminó, por el momento, el sueño del jardinero jefe de nuevos mundos por conquistar. Había fracasado, pero, al igual que Ícaro, había contemplado el sol...

Cómo se reía el Viejo Yervas de aquel pequeño contratiempo. Todo quedó olvidado en una semana, sólo que en su momento no tuvo gracia. Al señor Pinnegar esto le afectó una barbaridad. Estuvo dos o tres días a punto de abandonar su trabajo, lo que pasa es que en un jardín no se puede estar enfadado mucho tiempo. Y la señora Charteris no cometió el error de volver a mencionarlo. Muy pronto volvieron a su relación de siempre.

Y entonces llegó la guerra, y todos los jóvenes se marcharon, y sólo quedaron los dos para arreglárselas lo mejor que pudieron. Eso fue lo que los unió más. No había tiempo para discutir por pequeñeces; no tiene sentido pelearse por el color de las cortinas cuando la casa está ardiendo...

Durante este periodo, el señor Pinnegar —a quien no llamaron a filas por edad y por la cojera — fue de gran ayuda en los asuntos locales. Si esto hubiera sido la Historia de Inglaterra en vez de la historia de un jardín, habría habido mucho que escribir sobre aquellos días; pero en el pueblo, el tranquilo arroyo seguía su curso. Al recordar la tragedia de una segunda guerra, al Viejo Yervas le parecía que aquello nunca había sucedido. Su mente lo pasaba por alto, y se encontró de lleno en los años veinte antes de que pudiera darse cuenta. Todo el mundo un poco más viejo, todo un poco diferente, y, sin embargo, no había ningún cambio en concreto que pudiera señalar.

El señor Pinnegar, que ya tenía cincuenta años, se reunía con sus conciudadanos y juntos se acercaban al nuevo Monumento a los Caídos para honrar a los valientes desaparecidos. Después regresaba a paso lento al jardín, pensando en los jóvenes que habían muerto. Y, una vez más, oía el compás

*De aquellos pies indomables
cuando, por la carretera que lleva al final del viaje,
cantando sobre Tipperary y sobre una dama querida,
se convirtieron en poetas anónimos, y una bandera hecha jirones
al asalto de Valhalla con un viejo morral...*

CAPÍTULO TRECE

A los cincuenta años un hombre está tan apegado a sus costumbres que sus vecinos conocen lo mejor y lo peor de él. Del señor Pinnegar decían que tenía «bastante buena opinión de sí mismo», pero admitían que tenía la cabeza «mejor puesta que la mayoría», lo que no era una mala definición para alguien como él, tan serio y reservado.

El señor Pinnegar —si por un momento lo inmovilizáramos para estudiar sus peculiaridades — sí que era sumamente reservado, y serio hasta el extremo; pero cuando sus vecinos consideraban que «tenía bastante buena opinión de sí mismo» no daban en la tecla. Porque el señor Pinnegar, en realidad, era muy inseguro.

Como la mayoría de los hombres con poca formación académica, no confiaba en su propio criterio. Si uno aprende algo en un libro, tiene la certeza de saberlo a ciencia cierta, pues ahí está escrito. Con todo, cuando tienes que ir aprendiendo las cosas sobre la marcha, ¿cómo puedes estar seguro? Por lo tanto, el hombre que ha aprendido por su cuenta, cuando intenta convencer a los demás puede ser propenso a fanfarronear un poco, aunque sólo sea para convencerse a sí mismo.

Mientras no saliera de sus jardines, se sentía a gusto. No se puede aprender jardinería en los libros, al menos no la parte práctica. Hay que empezar de niño, quitando malas hierbas de entre las piedras con un cuchillo de cocina roto y fregando los tiestos y los suelos del invernadero. Después, sucesivamente, te conviertes en aprendiz y aprendes a cavar y a plantar; en oficial, y preparas los arriates; en ayudante, con otros trabajadores a tu cargo y, quizá, finalmente, en capataz. Ahí era donde se quedaba la mayoría. O no tenían sesera para recordar los nombres de las plantas, o eran demasiado perezosos para trabajar un rato por las tardes, o los cazaban las chicas y se encontraban casados antes de darse cuenta. En ese caso, por lo general renunciaban a la jardinería y se hacían policías, porque el sueldo era mejor y tenían una pensión cuando se jubilaban.

Una especie de peregrinaje, pensaba el Viejo Yervas cuando recordaba aquella larga y empinada escalada. Siempre había alguien o algo intentando ponerte la zancadilla o tirándote de la chaqueta, celoso de ti porque tú no desperdiciabas las oportunidades de la misma forma que ellos. Se reían de ti a tus espaldas porque no te cogías una cogorza los sábados por la noche. Después, cuando se habían echado a perder, daban a entender que era culpa tuya. Decían que las cosas te habían ido bien sólo porque les habías dado coba a los ricos. Y terminaban intentando gorronearte el poco dinero que habías ahorrado para no tener que recurrir a la beneficencia...

Pero estábamos analizando al señor Pinnegar a los cincuenta años: un profeta, no sin honor, en su tierra y un poco más allá. Un hombre severo y justo; con tendencia a ser un poco pesado en

ocasiones cuando se ponía a darle vueltas a algo, pero sumamente apreciado, a pesar de sus pequeñas rarezas. Respecto a la política era conservador, si bien con un disimulado respeto por ese liberalismo que estaba desapareciendo; con el tiempo fue perdiendo flexibilidad en las articulaciones, cuando había que doblar la rodilla ante esos extraños plutócratas nuevos que empezaban a acaparar propiedades rurales después de la primera de las guerras mundiales. Y de ese modo, sin adaptarse mucho a las circunstancias, encontró un término medio, lo que lo hacía aceptable para los miembros más razonables de su muy desconcertada generación.

Cuando el viejo decano se marchó a pelear en otras batallas, el señor Pinnegar fue la elección automática para la presidencia del comité parroquial. Un puesto importante. Sólo había dos reuniones al año, pero entre una y otra había que ocuparse de otras cosas: escuchar quejas y resolver problemas urgentes que no podían esperar. Por lo general, un poco de sentido común arreglaba las cosas, y la gente se acostumbró a consultarle de tapadillo al señor Pinnegar esas complicaciones menores que ni el párroco ni el médico podían curar...

Un domingo por la tarde, cuando la mujer que le «hacía la casa» había recogido las cosas de la cena, alguien tocó con insistencia en la ventana, y una de las doncellas de la casa anunció que necesitaban allí al señor Pinnegar ¡de inmediato!

Un aviso de esa clase, en especial un domingo por la tarde, era algo tan desacostumbrado que el señor Pinnegar se temió lo peor. Mientras se calzaba las botas le preguntó a la doncella por posibles desastres. ¿Había visto humo saliendo de los invernaderos? No. ¿Habían entrado otra vez aquellas vaquillas y habían pisoteado los semilleros de espárragos? No, tampoco. La señora Garlick había vuelto del jardín y le había dicho que se acercara a la vivienda del señor Pinnegar y que volviera con él enseguida. Era lo único que ella sabía. Y si pudiera darse prisa el señor Pinnegar, porque era su tarde libre y la estaba esperando alguien calle abajo...

En la casa, la señora Garlick tampoco fue de ayuda. Si tan ansioso estaba por saber qué quería decirle la señora, ¿por qué no le preguntaba a ella? ¿Es que le había comido la lengua el gato? ¡La señora lo estaba esperando en el jardín! Llevaba allí diez minutos. La señora Garlick también tenía sus ideas sobre la tarde del domingo, aunque no hubiera nadie esperándola calle abajo.

En el jardín, la señora Charteris estaba hablando con un caballero desconocido. Cruzando el suave césped, el señor Pinnegar llegó a su lado antes de que ellos se dieran cuenta y escuchó a la señora decir:

—Bueno, Harry, me gustaría que le dieras la oportunidad. Él no es lo que se dice «ostentoso», pero tiene las cosas claras y no tiene miedo de expresarlas.

Entonces, al ver a su jardinero jefe, añadió:

—¡Pinnegar! Le presento a lord Gratton. Quiere pedirle un favor. Los dejo solos.

Una vez más, el señor Pinnegar tuvo la sensación de que estaban enseñándole a nadar arrojándolo a la parte más profunda. A pesar de haber visto lores en los andenes de la estación, ésta era la primera vez en su vida que hablaba con uno de ellos. ¿Cómo se dirige uno a un lord? ¿De qué se habla con ellos? ¿Se queda uno firme con los brazos a los lados o qué? Menos mal que esto había ocurrido un domingo, y llevaba sus mejores ropas...

Entonces se dio cuenta de que le estaban hablando:

—Me gustaría —dijo lord Gratton— que nuestros claveles tuvieran el mismo aspecto que los suyos. ¿Cómo lo consigues? Estará siempre pendiente de ellos, supongo.

El señor Pinnegar murmuró que aquellos eran sólo la variedad de arriate. En el invernadero,

ahora...

Pero lord Gratton lo interrumpió.

—La verdad, Pinnegar —dijo—, es que no me gusta mucho lo de forzar el crecimiento de las plantas bajo techo. Eso está muy bien para decorar las mesas, a las señoras les gustan las cosas un poco llamativas; pero mi idea de un buen jardinero es un hombre que sale al aire libre, se remanga la camisa y se las ve con la naturaleza. En cualquier caso, las dos cosas son muy diferentes, es como comparar una alondra con uno de esos loros del zoo. ¿No está de acuerdo?

El señor Pinnegar estaba de acuerdo, con todo su corazón. Ahí había una persona con la que se podía hablar; alguien que sabía a lo que uno se enfrentaba. Sin embargo, él sabía cuál era su sitio. Quería decir lo muy de acuerdo que estaba, sólo que no le salieron las palabras.

—Debe de tener usted muy buenos muchachos aquí —sugirió lord Gratton—. Nunca he visto un jardín mejor cuidado.

El señor Pinnegar admitió que tenía unos chicos muy buenos, unos chicos *muy* buenos.

—No sea tan modesto —dijo lord Gratton—. Cuando hay un buen equipo, es porque hay, por lo general, un excelente capitán.

El señor Pinnegar admitió que los muchachos son como son, y hay que estar encima de ellos.

—Unos diablillos, ¿no es verdad? —rio su señoría. Y el señor Pinnegar reconoció que sin duda muchos eran unos diablillos y que así sería hasta el fin de los tiempos.

Entonces lord Gratton, que ya se había formado una opinión de su acompañante, fue al grano de golpe. Él era el presidente de la gran Feria del Condado, y su comité había estado buscando a alguien que se encargara de la sección de horticultura. La elección del comité había recaído en el señor Pinnegar por dos razones. Al estar fuera de la zona inmediata que abarcaba la feria, podría mantener una actitud bastante imparcial, y, como todo el mundo admitía, no había otro hombre en el condado más capacitado para ese trabajo.

—Y bien, señor Pinnegar, ¿qué le parece? ¿Querrá ayudarnos?

El señor Pinnegar estaba atónito. Todos sus sentidos clamaban en contra de tener que cargar con esa tremenda responsabilidad. ¿Quién era él, Bert Pinnegar, para juzgar a sus semejantes? Otra cosa es que fuera en el pueblo o en una feria local, pero subirse a un estrado con medio condado mirándote...

—Lo siento, milord —dijo el señor Pinnegar—, no puede ser.

—Pero ¿por qué no? —preguntó su señoría.

—No dispongo del tiempo, no me es posible —respondió el señor Pinnegar con voz ronca—. Tengo demasiado trabajo aquí.

Lord Gratton echó por tierra ese argumento. Había hablado con la señora Charteris, que muy generosamente había convenido en liberar a su jardinero jefe durante el tiempo que durase la feria. Además, el señor Pinnegar tendría mucha ayuda. Habría jueces auxiliares que seleccionarían las diferentes categorías y prepararían una breve lista. Todo lo que él tendría que hacer sería llegar en el último minuto y hacer las selecciones definitivas.

—Lo siento, milord —dijo el señor Pinnegar—. Yo haría cualquier cosa por complacer a su señoría, cualquier cosa razonable, pero esto no puede ser.

Eso dijo el señor Pinnegar, aunque en algún lugar de su mente vislumbró a ese niño que se escondía en un rincón de la carpa de su primer concurso floral, que observaba a aquellos jueces, hombres importantes con grandes patillas, y que juraba que él también, algún día...

Ahora bien, ya era demasiado tarde para cambiar de opinión. Lord Gratton era el tipo de caballero rural que tenía los pies bien plantados en el suelo. Conocía la mentalidad rústica, su inseguridad, su dignidad natural; y no se molestó en insistir mucho.

—Muy bien, amigo —dijo—, si eso es lo que piensa, nos olvidaremos del asunto.

—Lo lamento de verdad, milord —gimió el infeliz jardinero—, pero ya ve usted cómo es esto... ¿no se molesta, milord...?

—Santo cielo, buen hombre, claro que no. Le quedo muy agradecido por enseñarme los jardines. Encontraremos a alguien. No se preocupe.

En ese momento la señora Charteris llegó sonriente y miró a los dos conspiradores.

—No ha podido ser, Charlotte —dijo lord Gratton—. No ha aceptado.

—Qué tontería —dijo la señora Charteris—. Claro que aceptará. No sea tonto, Pinnegar. Es lógico que el comité haya pensado en usted; y muy amable por parte de lord Gratton venir hasta aquí un domingo para decírnoslo. Me enfadaré mucho con usted, Pinnegar, si no es capaz de entender lo razonable y lo amable que ha sido todo el mundo. ¿Cómo va a volver lord Gratton a su comité con esa respuesta? De verdad, Pinnegar, nunca he visto nada igual... Iremos mañana, Harry, y podrás darnos instrucciones...

Los dos viejos amigos se alejaron caminando por el amplio sendero y dejaron al señor Pinnegar preguntándose qué pensaba él en verdad de todo aquello. Se había escapado por los pelos. Si la señora Charteris no hubiera aparecido, justo en el momento adecuado, él habría perdido la oportunidad de su vida y, entonces, qué tonto se habría sentido.

La feria fue un éxito tremendo: buen tiempo, récord de entradas y participantes de gran nivel. Todo el mundo reconoció que los jueces habían hecho un gran trabajo. El señor Pinnegar se sintió muy cómodo con sus colegas de profesión y entró en la carpa del almuerzo de un humor excelente, en paz con el mundo y con todo lo que contenía.

Es curioso, pensó el señor Pinnegar, cómo se deja uno amedrentar por cosas pequeñas únicamente porque no las ha hecho antes. Ahí estaba, pasándolo como nunca; el alma de la fiesta, como se suele decir. Y, sin embargo, apenas unas semanas antes se moría de miedo sólo de pensar en todo aquello. Sentado a la cabecera de la mesa, intercambiando anécdotas con otros dos expertos, le costaba creer que había estado a punto de ser tan tonto como para rechazar semejante oportunidad. En fin, de la experiencia se aprende.

Almorzar en una gran carpa provoca una sensación de bienestar y de cálida satisfacción. Los asientos pueden ser un poco duros, pero el alegre espíritu de pícnic, por no mencionar el salmón frío, ayuda a pasar por alto semejantes nimiedades. Además, hay tanta formalidad que la reunión es interesante. Cuando el señor Pinnegar se recostó en su silla, disfrutando de un insólito cigarro, la voz del maestro de ceremonias retumbó como un glorioso redoble de tambores:

—Milord presidente, milores, señoras y caballeros, les ruego que guarden silencio para escuchar a...

«Así se les habla a las tropas», pensó el señor Pinnegar. El experto que estaba a su izquierda, encantado con el aire pomposo de la oratoria de la sobremesa, le dio un travieso codazo en el costado. El señor Pinnegar sonrió divertido.

Mientras tanto, el presidente habló en voz baja con el maestro de ceremonias que, a su vez, se acercó al señor Pinnegar. Llevaba en la mano una nota garabateada a toda prisa, que dejó con discreción sobre la mesa. El señor Pinnegar la recogió, se puso sus gafas de montura de acero y

leyó lo siguiente: «Responda usted al brindis de los jueces. Sea breve. ¡Ya nos duelen a todos un poco las posaderas! Gratton».

El primer impulso del señor Pinnegar fue angustiarse; el segundo, meterse debajo de la mesa, y lo que en realidad hizo fue agitar una mano para mostrarle su desacuerdo al presidente, quien agitó también la suya, bebió a la salud de su desdichada víctima con una copa de excelente oporto y retomó su interrumpida conversación con la dama de su izquierda.

—¡Caramba! —dijo uno de los expertos—, parece que se lleva usted de maravilla con la nobleza.

Pero el señor Pinnegar no estaba para halagos. Estaba comprendiendo que tener un lugar de honor conlleva responsabilidades, y que, demasiado a menudo, hay que pasar por el aro. De un momento a otro ese hombre terrible, con su voz terrible, pronunciaría su sentencia de muerte a los cuatro vientos. Presa de un pánico repentino, obedeció a su anterior impulso de meterse debajo de la mesa... Lo pensó mejor... Fingió que sólo estaba buscando su pañuelo... y se preparó para enfrentarse a su destino.

—¡Milord presidente, milores, señoras y caballeros —entonó el maestro de ceremonias—, les ruego que guarden silencio para escuchar al señor Herbert Pinnegar!

El señor Pinnegar dejó con cuidado su cigarro y la copa de oporto; se puso en pie con mucho esfuerzo... y se vio en medio de una completa oscuridad, con un fuerte ruido en los oídos, como un tren al pasar por un túnel... Y entonces, desde muy lejos, en la oscuridad, llegó un diminuto punto de luz que fue agrandándose cada vez más, hasta casi cegarlo. Estaba de nuevo en la gran carpa, y todo el mundo estaba aplaudiendo.

—¡Milord presidente, milores, señoras y caballeros! —dijo Pinnegar—. Cuando veo jardineros y propietarios de jardines todos juntos como estamos nosotros hoy, pienso en un grupo de leones durmiendo junto a un grupo de corderos. No diré quiénes son los leones ni quiénes los corderos (*risas*). Algunas personas creen que los jardineros jefes nos pasamos el día acosando a nuestros patrones; regañándolos cuando quieren coger unas cuantas flores para la mesa, etcétera. Eso puede ser cierto en algunos casos, pero no en el mío. Yo le tengo un miedo de muerte a mi patrona, y no me importa que se sepa (*risas*). No voy a decir que ella sepa de flores más que yo (*risas*) porque no sería verdad (*más risas*); sabe lo que quiere, eso sí, y yo procuro que lo tenga (*¡Bien dicho!*). Llevo cuarenta años trabajando en el mismo jardín, y ahora es cuando estamos consiguiendo lo que queremos. Denme otros cuarenta años y tendremos algo que mostrarles. Bien, el presidente me ha dicho que ya les duelen a ustedes un poco las posaderas (*carcajadas*), así que, con un sincero agradecimiento por las palabras tan amables que han dicho ustedes sobre nosotros como jueces, lo dejaremos aquí.

El señor Pinnegar se sentó. Una vez más el presidente se inclinó hacia delante y levantó su copa en señal de felicitación por un trabajo bien hecho.

El viernes siguiente por la tarde, el señor Pinnegar abrió el periódico provincial para ver qué decían sobre él. «El brindis de los jueces —leyó— fue ofrecido en gratos términos por el coronel Darington. El señor Herbert dio una réplica a la altura.»

CAPÍTULO CATORCE

Si los años de la vida de un hombre pudieran quitarse como se le quitan las hojas a una alcachofa, se vería que el señor Pinnegar vivió su época más feliz entre los cincuenta y los sesenta y cinco años.

Las terribles inquietudes de la juventud se han disipado y ya no da un respingo al ver una sombra; los rivales no le pisan los talones; los triunfos aún no han perdido su atractivo, el éxito definitivo, glorioso y satisfactorio está a la vuelta de la esquina...

Una época dorada, de maduración, que saca a la luz lo mejor que hay en un hombre. La bondad se hace patente; la alegría esparce sus cálidos rayos, incluso un poco de humor...

Cuando se acercaba a los sesenta, el señor Pinnegar empezó a relajarse un poco y se decía que podía «admitir una broma como el que más». Él contaba la anécdota de un granjero que creía dar ejemplo a sus empleados trabajando mano a mano con ellos cuando había que hacer alguna tarea difícil. Pues bien, el granjero formó una cuadrilla para sembrar nabos y, después del desayuno, salió para unirse a ellos, dejando estrictas instrucciones de que alguien fuese a buscarlo al cabo de media hora a lo sumo, con el mensaje de que lo necesitaban en la casa. Por desgracia, el mensaje cayó en el olvido y el granjero tuvo que seguir sembrando nabos toda la mañana. ¡Por poco le da algo, al pobre!

El señor Pinnegar también se burlaba de aquellos empleados que «trabajaban a medias» durante el día, pero parecían sumamente activos cuando trabajaban en sus propias parcelas por la tarde. Uno de ellos comentó lo avanzada que iba la estación. «Sí —respondió el señor Pinnegar—, hasta las parcelas van avanzadas este año.»

Y estaba la charlita que les daba a todos los nuevos empleados sobre el peliagudo asunto de los llantenos: «Podéis echarles herbicida; les gusta. Podéis arrancarlos; se fortalecen. O podéis desatenderlos. Eso sí, como pille a alguno de vosotros desatendiendo los llantenos, ¡que se prepare para una buena!».

Hasta cierto punto le parecían bien los nuevos aparatos que ahorraban trabajo, pero, al hacerse mayor, se dio cuenta de que había una generación más joven a la que no le gustaba trabajar, así que se volvió un poco suspicaz respecto a todas las innovaciones. En la Feria del Condado evitó los entusiastas grupitos que se formaban alrededor de cualquier sorprendente invento nuevo en la sección de maquinaria. A él le gustaba ver los bordes de su césped recortados con pulcritud, no mordisqueados por alguno de esos artilugios mecánicos modernos.

Ni siquiera las flores eran como antes. Él recordaba aquellos tiempos, cuando el almizcle aún no había perdido su aroma...

—¿Cómo olía? —preguntó uno de los jóvenes empleados.

¿Y cómo podía describirse un olor? El señor Pinnegar reflexionó un momento.

—¿Que cómo olía? —repitió él—. Pues a almizcle, claro está. ¿A qué iba a oler si no?

Algunas veces, el joven podía preguntar:

—¿Por qué el almizcle ha dejado de oler a almizcle?

Aun así, el señor Pinnegar tenía una respuesta:

—Si te lo dijera —le respondía—, entonces lo sabríamos los dos.

Y se alejaba, riéndose entre dientes.

Siempre le gustaron las flores silvestres. En las pendientes más suaves de las colinas de piedra caliza, el gordolobo (*Verbascum*) crecía a modo de hierbajos. Arraigaba en cualquier sitio, y, si no tenías cuidado, se volvía un verdadero fastidio. La mayoría de los jardineros jefes le declaraban la guerra a ese lanudo intruso, pero el señor Pinnegar siempre tuvo buen ojo para las consecuencias imprevistas. Los gordolobos trepaban por las esquinas de las paredes y, si los dejabas a su aire, conseguías un poco de altura y color justo donde se necesitaba.

Pero ¿por qué dejarlos a su aire? ¿Por qué no llevarlos al jardín oficialmente?

Un día el señor Pinnegar estaba en la terraza, como el robusto Hernán Cortés en alguna cima del Darién. «¿Qué estará tramando ahora?», se preguntaban los jóvenes empleados y repasaron su conciencia en busca de posibles pecados mientras su jefe estudiaba el panorama del jardín.

Después de llegar a una conclusión, el señor Pinnegar cogió su escarda y procedió a cortar todos los verbascos que no encajaban en su plan. Los demás los dejó y, durante el segundo año, sus grandes espigas amarillas empezaron a resplandecer como los ciriales gigantes de una catedral. Desde los escalones de la terraza veías una suerte de monaguillos caminando por sombrías naves con velas encendidas...

Había sido un verano muy seco, y los verbascos, que son propios de suelos así, habían sobrevivido a la sequía y, por lo tanto, se convirtieron en el esplendor del jardín. La señora Charteris estaba encantada. Sería egoísta, pensaba ella, no compartir esa maravilla con sus vecinos. Llamó a su jardinero jefe y le dijo que había decidido abrir los jardines al público el jueves siguiente.

El señor Pinnegar, hombre prudente, enemigo de las decisiones repentinas, se sintió un poco inquieto. Unos cuantos invitados íntimos, tal vez; eso sí, dejar que una multitud de excursionistas pisotearan los arriates, troncharan los arbustos y robaran las flores, eso era otra cosa muy distinta. Con el debido respeto...

La señora Charteris, debemos recordar, era un poco adelantada a su tiempo. Aquella era una época de jardines con altos muros y cerrados con verjas de hierro. Podías vivir en un pueblo toda la vida y no ver nunca el jardín de la casa grande. El espléndido movimiento nacional para la apertura de jardines a beneficio de las enfermeras de la zona no había surgido todavía. Cómo se comportaría el público en tales circunstancias era pasto de conjeturas. Cuando el señor Pinnegar se puso un poco tenso y se temió lo peor, estaba siendo fiel a los prejuicios de su época. Con todos los respetos... se atrevió a...

Sin embargo, la señora Charteris estaba decidida y, cuando tomaba una decisión sobre algo, no había vuelta atrás. Abrirían los jardines el jueves, el día en que las tiendas sólo abrían por la mañana; pondrían las invitaciones en las oficinas de correos de los pueblos, en los escaparates de las tiendas y otros lugares públicos, y el señor Pinnegar recibiría a cualquier invitado que hiciera acto de presencia.

Pero aquí el señor Pinnegar sí que se plantó. Con el debido respeto, a él le parecía que sería más acertado que la señora de la casa...

—Tonterías, Pinnegar —dijo la señora Charteris—. Usted ha hecho todo el trabajo y usted tiene que llevarse el mérito. Lo único que tiene que hacer es ir de acá para allá tranquilamente y responder cualquier pregunta que le hagan. Sea usted mismo, agradable, natural, y cuéntemelo todo después. Ahora vaya y que le impriman los avisos; no tenemos demasiado tiempo...

Cuando llegó el jueves, como cabría suponer, todo el mundo estaba esperando para ver los jardines de la mansión. Había coches aparcados a cada lado del sendero; los granjeros llevaron a sus familias, y todos los vecinos estaban presentes, hasta el último niño. Incluso algunos viajeros despistados, atraídos por la muchedumbre, pararon en una orilla de la carretera y pasearon por los terrenos como si fueran suyos.

Un gran día para el señor Pinnegar. Hizo muy buen tiempo y los verbascos amarillos brillaban a la luz del sol. Y desde luego causaron la admiración de los visitantes. Era casi como un espectáculo de fuegos artificiales.

—¡Quién lo habría dicho, después de tanta sequía! —exclamó un jardinero jefe, pensando en sus propios arriates desnudos.

—¡No es más que un montón de gordolobos! —dijo otro con envidia.

—Ah, pero dispuestos de manera muy ingeniosa —dijo un tercero.

Y mientras el señor Pinnegar escuchaba, sentía la felicidad del verdadero artista, cuando la apreciación de los demás cae como una cálida lluvia sobre suelo sediento.

Brillando, como sus verbascos, a la luz de la aprobación popular, notó de pronto que le deslizaban un papel en la mano y, tras una rápida inspección, vio que se trataba de un pagaré de una libra. El señor Pinnegar, que ya había pasado la etapa de las propinas, estaba a punto de devolverlo cuando recibió un suave golpecito en el costado. Al volverse, se encontró con dos completos extraños, uno de ellos un joven guasón de aspecto marinero que llevaba lo que el señor Pinnegar consideró «una buena pieza» colgada del brazo.

—Hola, George —dijo el muchacho—, sigue igual que siempre. Le presento a Gladys, mi novia. Gladys, te presento a George, el mandamás de mi tía, ¿no es verdad, George?

El señor Pinnegar estaba a punto de explicarle a la joven pareja que se habían equivocado de casa, cuando recibió otro toque en el costado que significaba claramente: «Sígame el juego, viejo. Un poco de diversión no le hace daño a nadie. La tripulación está alegre, ¡sígame el juego!».

Estos, pensó el señor Pinnegar, eran de esos intrusos de los que había oído hablar. Aparecían en fiestas a las que no estaban invitados, y se salían con la suya por puro descaro. El domingo anterior, sin ir más lejos, había leído que una duquesa que daba una fiesta en Londres había sorprendido a dos de esos, y que los echó de allí con cajas destempladas. Aun así, a nadie le hace daño un poco de diversión, y la tripulación sin duda estaba alegre. Muy bien, a ese juego podían jugar dos, le seguiría el juego.

—Escuche, George —dijo el joven marinero—, sólo hace dos horas que conocí a esta dama, justo cuando bajé del barco, y no se cree que este sitio vaya a ser mío cuando muera mi tía... ¿Cómo está la vieja?

—Con una salud excelente, milord —respondió el señor Pinnegar—, pero, como su señoría sabe, ya no es tan joven como antes. ¿Qué le parece a su señoría el jardín?

—Oh, de primera, George, ¡de primera! En realidad, entre usted y yo y el mástil del barco, George, he decidido darle otra libra a la semana, en señal de mi aprecio.

—Su señoría es sumamente amable —dijo el señor Pinnegar—. ¿Le gustaría a su señoría echar un vistazo a los invernaderos? Tal vez a la señorita le gustarían unos claveles...

Todo habría ido bien si Gladys se hubiera conformado con unos claveles. Pero Gladys no era de esa clase de jóvenes. Si la llevaban a un invernadero, sabía lo que quería.

Y lo que quería, como un niño que pide la luna, eran las mejores orquídeas del señor Pinnegar.

—¿Te gustan? —preguntó el marinerito.

Gladys asintió con la cabeza. Gladys juntó las manos. A Gladys sin duda le gustaban las orquídeas.

—¡Tuyas son! —declaró su acompañante con entusiasmo—. Todo es tuyo. Coge lo que quieras. ¡Hasta la última hoja!

Aquello fue demasiado para el señor Pinnegar.

—¡Ah, no, de eso nada! —dijo—. ¡Como toque una de mis orquídeas lo saco de aquí... de las orejas!

El heredero de aquella gran propiedad parecía consternado.

—George —dijo—, ¿qué modales son esos? Si no fuera porque tiene usted esposa y siete hijos, George, lo despediría, en el acto. Que quede claro, George, en el acto.

—Como toques una de mis orquídeas —repitió el señor Pinnegar—, te voy a dar una tunda en el trasero con el cinturón que te vas a enterar.

A despecho de que el vocabulario del señor Pinnegar hubiera mejorado con los años, en momentos de gran tensión, volvía al lenguaje vulgar o común. El aprendiz de almirante Nelson lo miró muy serio.

—Se acabó, George —dijo—. Está despedido. Abandone el barco. Expulsado del servicio con... deshonor. Me desagrada hacer esto, George, pero usted se lo ha buscado. Yo... yo... informaré a mi tía...

Dio la casualidad de que en ese momento una dama de formidables proporciones, un auténtico buque de guerra, se dirigía hacia ellos. El señor Pinnegar vio su oportunidad y la aprovechó.

—Muy bien —dijo— informe a su tía... aquí llega.

Por primera vez en su larga y distinguida historia, la Marina británica se negó a entrar en combate. Dio media vuelta y salió huyendo.

El señor Pinnegar creyó que no volvería a ver a sus dos intrusos, pero se equivocaba. Cinco minutos más tarde, cuando estaba paseando tranquilamente entre la multitud que admiraba sus radiantes verbascos, un joven caballero bastante sospechoso con uniforme marinero le tiró de la manga, lo llevó aparte con discreción y le susurró:

—Perdone, amigo mío, tengo que volver a Portsmouth y estoy pelado. ¿Qué tal la modesta donación que dejé en la canastilla hace un ratito?

El señor Pinnegar sacó de su bolsillo un billete de una libra y, con cierto alivio, se lo entregó al afligido marinero.

—Te va a hacer falta todo —dijo—, si no me equivoco.

Gladys *era* una buena pieza...

CAPÍTULO QUINCE

El Viejo Yervas creía que podía recordar la mayoría de las cosas, pero cuando rememoraba los años de entreguerras solía mezclar ambas contiendas. Algunas veces se ponía sus gafas de montura de acero y leía con dificultad la inscripción de un trofeo, que había ganado tras vencer con rotundidad a todos los rivales, para acordarse de una fecha que se le escapaba. O pasaba los dedos por los diplomas de «Primer premio», que marcaban, como huellas en la arena húmeda, su triunfal recorrido por los principales concursos florales de Gran Bretaña.

Algunas personas clavaban sus diplomas en las vigas de las cuadras y los establos: primero, segundo, tercero, e incluso las menciones especiales. Si el Viejo Yervas hubiera hecho eso, tendría que haber vivido en un sitio tan grande como la propia mansión. Sólo sus diplomas de primer premio, muy bien ordenados en un cajón del viejo escritorio, ocupaban todo el espacio que podía dedicarles. Por suerte, los había conservado, aunque sólo fuera para que esos jóvenes vieran que ellos no eran los únicos listos del mundo.

Cuando retaban al Viejo Yervas en algún asunto concreto, abría el cajón del viejo escritorio y consultaba su archivo. Los dejaba que adivinaran y se preguntaran y especularan; y después les daba a conocer los datos. Había sido juez en concursos de todo el país, así que era casi una figura nacional en el mundo de la horticultura. Los secretarios de los concursos le escribían, y una vez —en Southport— le hicieron una entrevista para el periódico local. «El decano de los certámenes», lo llamaron; y aunque no estaba muy seguro de qué significaba eso, había recortado la noticia y la había guardado cuidadosamente junto con sus otros trofeos.

Durante esos años de esplendor, la señora Charteris se había sentido tan orgullosa de su jardinero jefe como él de sí mismo. Juntos habían trabajado y planificado hasta que el jardín de la mansión se convirtió en uno de los lugares de exposición del país. Iba gente desde la otra punta de Inglaterra, e incluso desde Estados Unidos...

Algo así no podía durar mucho. Por segunda vez en un cuarto de siglo, el señor Pinnegar se encontró una mañana con que el suelo de su pequeño mundo se había hundido bajo sus pies. Una vez más Gran Bretaña estaba en guerra, y los jardines eran ya irrelevantes, a menos que los vieras como un sitio donde cultivar calabazas o a modo de hospital para la tristeza.

Parecía que todo el mundo había envejecido en una noche. La mayoría de los jóvenes se habían marchado; por las calles del pueblo correteaban niños desconocidos llegados de las grandes ciudades; los jardines quedaron abandonados a su suerte; los parques se sembraban, y las malas hierbas crecían por todas partes...

Naturalmente, todo eso ya había ocurrido antes, pero Pinnegar, que ya tenía casi setenta años, no era el mismo que veinticinco años atrás. En aquel entonces había aceptado cualquier trabajo

que se presentaba, había llevado el peso del pueblo sobre sus espaldas; hasta había encontrado fuerzas para reírse cuando arrancaron las flores y sembraron patatas en los arriates. Pero esta vez, no. Empezó a sentir un feroz resentimiento contra todas las cosas y todas las personas implicadas en ese absurdo empeño de destrozar la belleza del mundo que él había conocido.

Había muchas dificultades. Los niños del pueblo, por ejemplo, por sí solos ya se portaban bastante mal; pero cuando los pícaros jóvenes evacuados les daban nuevas ideas y los respaldaban en sus travesuras, no había manera de lidiar con ellos. Si bien el señor Pinnegar tenía bien calado al gamberrete del pueblo, aquellos pequeños londinenses le daban mil vueltas: sus diabluras no acababan nunca. A esto se añadía que él ya no era tan ligero de pies, y sus fuertes brazos habían perdido parte de su antigua destreza.

El señor Pinnegar preparó todas las trampas antiguas. Puso alambre de púas donde más daño podría causar y cubrió de brea los troncos de sus manzanos. Incluso construyó un escondite en un viejo olmo y casi se rompió el cuello trepando por él. Una vez creyó que los había pillado, pero los canallas habían puesto una cuerda atravesada en el sendero y casi se rompe el cuello por segunda vez.

Probó con la reconciliación. Envío cestas con la fruta caída de los árboles a las casas de aquellos terribles niños, pero les pusieron mala cara a sus manzanas agusanadas y fueron a por las *golden* con más ahínco que nunca. Por Dios bendito, ¡qué manera de maltratar aquellas *golden*! En Navidad no quedaría ni media docena decente que llevar a la mesa.

Entonces se acordó del viejo truco para convertir un lobo en un cordero y le ofreció a uno de los chicos de Londres un trabajo en el jardín. Con todo, sólo duró una semana: el diablillo era tan insolente que el señor Pinnegar no pudo soportarlo. Siempre contando historias que no tenían ningún sentido. Decía que el lago de Battersea Park estaba lleno de cocodrilos y que se habían comido vivos a dos de sus hermanos. Parecía creer que la vida era un continuo día de los inocentes. Al final, el señor Pinnegar no sabía qué hacer con él y lo despidió.

Después vino una de las muchachas que sustituían a los jóvenes que habían sido reclutados. Era una auténtica lumbrera. Siempre estaba hablando de poesía y queriendo saber cómo se las arreglaban los crocos para tener bebés. Llevaba bombachos, sí, y creía que, si plantabas las chirivías del revés, éstas crecerían más limpias. Acabó mandándola a la granja y lo último que supo de ella fue que estuvo intentando ordeñar un novillo con la bomba de agua.

Así pues, entre una cosa y otra, el señor Pinnegar tuvo muy malas experiencias, hasta que llegó a estar tan crispado que resultaba arriesgado dirigirle la palabra.

Una mañana llegó un camión, y media docena de muchachos muy jóvenes, con un inusitado ánimo festivo, empezaron a llevarse las ligeras verjas de hierro que daban paso a la terraza. El señor Pinnegar sabía de la reutilización de materiales, y de la necesidad de recoger chatarra, pero todo tenía un límite. Esas verjas de jardín, con su delicada tracería italiana, estaban en la casa desde que la señora era casi una niña. Eran tan ligeras que se podían llevar con una mano. No había en ellas bastante metal ni para hacer un cubo de tamaño decente.

El señor Pinnegar se puso rojo de ira. Lo que de verdad le dolía era el espíritu con el que esos jóvenes hacían su trabajo. Sus preciosas verjas valían para ellos lo mismo que el armazón de una cama vieja tirado en una zanja. Estaban pasándolo muy bien y disfrutaban aún más porque sentían que por una vez mandaban ellos.

Pero ¿qué derechos tenía un anciano ante un grupo de trabajadores en tiempo de guerra que tenía la ley de su parte? Al camión, entre ollas y sartenes oxidadas, fueron a parar aquellas

preciosas e inútiles muestras del talento de un artesano del sur, y él se quedó en medio de la carretera agitando un puño impotente.

Conque a eso estaba llegando Inglaterra. Los jardines tenían que desaparecer. Por supuesto. Era lo lógico. Sin embargo, imagina que empezaras a arrancar flores, sólo por hacerle daño a alguien. Eso era jugar al mismo juego que los alemanes cuando talaron todos aquellos manzanos jóvenes de los huertos franceses. Sin duda a esos muchachos les habían dicho que volvieran con el camión lleno, pero no estaban actuando bien: estaban demasiado pagados de sí mismos. Como alguien que trabajara con un antiguo resentimiento. ¿Y qué les había hecho a ellos su señora para que se sintieran de esa manera? Algún problema había, concluyó el señor Pinnegar, mientras cruzaba cabizbajo la terraza llena de malas hierbas.

El señor Pinnegar nunca había envidiado las grandes posesiones de los ricos. No porque fuera servil y supiera bien cuál era su sitio, como suele decirse, sino simplemente porque no quería cargar con tanta responsabilidad. Si tenías unos grandes jardines tenías que estar pendiente de las tapias y pagar a un par de hombres para que tuvieran los árboles en condiciones. Y cuando habías hecho esto, se suponía que tenías que dejar que el público paseara por allí, como si aquello fuera su patio trasero. Si tenías diez jardineros, tenías que pagarles a todos, y, cuando se ponían enfermos, te correspondía a ti ocuparte de ellos hasta que se recuperaban.

Ese era el caso de la señora Charteris. Ahí estaba, con casi ochenta años y toda la propiedad en sus manos. En los malos tiempos bajaban las rentas y, cuando los tiempos mejoraban, las rentas *seguían* igual de bajas. Algunas veces, el señor Pinnegar se preguntaba cómo lograban seguir adelante los viejos terratenientes. No era de extrañar que muchos de ellos tuvieran que venderles sus propiedades a extraños de las grandes ciudades.

El Viejo Yervas, como debemos llamarlo a partir de ahora, estaba empezando a preocuparse por la señora Charteris. Estaba envejeciendo tanto y volviéndose tan frágil que no podía hacer mucho más que pasear por la terraza cuando hacía sol y el viento soplaba en la buena dirección. Le habían comprado una silla de ruedas, y de tarde en tarde él la llevaba para que disfrutara un poco del jardín que los dos habían sabido sacar adelante. Algunas veces hablaban de la guerra y de lo fácil que sería pararla sólo con que las personas se reunieran y aprendieran a comprenderse unos a otros. La señora Charteris solía decir que, si pasáramos nuestro tiempo libre cultivando flores en vez de hablando de tonterías, el mundo sería un lugar más feliz...

Un día, cuando volvía de los invernaderos, oyó que ella lo llamaba y se asustó muchísimo cuando la vio allí sentada, muy quieta. No respondió cuando él le habló y, cuando volvió en sí, le contó una especie de sueño, casi una visión, que había tenido.

Al parecer, la señora Charteris había estado pensando en la guerra y en lo horrible que era que la gente no tuviera nada mejor que hacer que tirarse bombas unos a otros, cuando vislumbró, en el cielo, una curiosa mancha negra que iba hacia ella. Al principio pensó que era una alondra, pero conforme se acercaba vio que era un paracaídas con un hombre colgado de él.

El paracaídas siguió cayendo hasta que estuvo muy cerca, y pensó que chocaría con ella y la tiraría de la silla. Entonces se extendió a su alrededor como un paraguas gigante, de manera que ella se encontró sentada bajo una enorme carpa, como la de la Feria de Chelsea. La carpa fue agrandándose hasta cubrir todo el jardín, y allí estaba la señora Charteris, sentada en su silla de ruedas, con un joven aviador alemán posado a sus pies.

Para entonces la señora Charteris había dejado de sorprenderse por nada. Parecía la cosa más natural del mundo que ella estuviera allí sentada, con vida, con un joven nazi que, por menos que

nada, la habría hecho saltar por los aires. Tampoco resultaba raro que el gran paracaídas se extendiera por todas partes, como una niebla plateada, aislándolos de todo. Allí estaban, sentados entre las flores del jardín de la mansión, solos en el mundo.

El joven alemán era todo un caballero. Hablaba un inglés excelente y, comoquiera que la señora Charteris había ido a la escuela en Heidelberg cuando era pequeña, hicieron muy buenas migas.

Él le dijo que había saltado en paracaídas por un problema del motor y que esperaba no haberla asustado.

—No, no te preocupes —respondió la señora Charteris—. La gente de mi edad no se asusta. ¿Adónde ibas cuando... saltaste? ¡A Birmingham! ¿Qué ibas a hacer en Birmingham?

El aviador respondió que a soltar unas cuantas bombas y acto seguido volver a casa.

—Santo cielo —dijo la señora Charteris—, qué joven tan terrible. ¿No te da vergüenza? ¿Por qué quieres soltar bombas en Birmingham? ¿Qué te han hecho aquellas personas?

El joven nazi le dijo que los británicos, celosos de Alemania, habían iniciado la guerra para destruir su patria.

—Tonterías —dijo la señora Charteris—. No seas tan ingenuo y no escuches todas las memeces que cuenta la gente. ¿Por qué ibas tú a querer matar a un montón de personas que probablemente nunca en su vida han visto a un alemán?

El muchacho explicó que él cumplía órdenes de su *Führer*.

—Un hombre muy desagradable —dijo la señora Charteris—. De lo más desagradable. Si estuviera aquí, le diría exactamente lo que opino de él... En fin, si eres buen chico y me prometes que no volverás a hacer tal cosa, puedes llevarme en la silla y te enseñaré el jardín. ¿Tu madre tiene jardín? ¿La ayudas a regar cuando estás en casa de permiso? ¿Cuántos jardineros tiene? Yo tengo uno, Pinnegar. Es bastante viejo, ya me entiendes; casi tan viejo como yo... setenta y pico... Pero no le digas que te lo he dicho... Es un poco susceptible y he de tener cuidado de no herir sus sentimientos.

»Está conmigo desde que era un niño con pantalones de pana, desde que recuerdo... No queda nadie más; nadie en absoluto... Me pregunto dónde estará...

»¡Pinnegar! ¿Dónde está usted? ¡Pinnegar!

CAPÍTULO DIECISÉIS

Cuando el Viejo Yervas, al oír un grito, salió corriendo del invernadero, la señora Charteris le contó todas las maravillas que habían ocurrido. Él escuchó aquel extraño galimatías de aviadores alemanes y paracaídas que cubrían el césped y decidió que tenía que llevar a la señora a la casa cuanto antes. Por supuesto, podía haber sido sólo una pesadilla, provocada por la guerra, pero incluso ahora que estaba despierta parecía un poco fuera de sí. Dijo que le había dicho las cosas claras al joven berlinés, y que él creía que ella tenía razón en que, si los jardineros pudieran reunirse y aclarar las cosas, se acabarían los problemas del mundo.

La señora Charteris era muy mayor y estaba muy cansada, aunque, como dijo el médico, en realidad no le pasaba nada. Sólo un poco de ansiedad por la guerra. Eso era algo normal en las personas mayores. Una de sus pacientes tenía la sensación de que siempre había alguien escuchando sus conversaciones, cosa que le molestaba muchísimo. Otra mezclaba el presente con el pasado y hablaba con las personas mayores como si fueran niños. Y una tercera, una anciana muy agradable, había empezado de pronto a comportarse como una niña enfadada.

Los médicos tienen toda clase de nombres largos para esas cosas: algo relacionado con el lóbulo frontal, ausencia de inhibiciones y cosas así. Pero, en general, no era sino la vejez acechando, y si las personas mayores comenzaban a olvidar o a imaginar cosas, ¿qué tenía de malo? Al fin y al cabo, muchas cosas era mejor olvidarlas.

Como es natural, la señora Charteris no podía seguir haciéndose cargo de una mansión, eso sería absurdo. Lo que ella necesitaba era una buena habitación privada en un buen hotel de la costa sur. Algún sitio como Torquay sería lo apropiado: nada de inviernos crudos, de problemas con los sirvientes, de amigos de visita... Tenía que librarse de esa vieja casa laberíntica, que no le venía bien a nadie.

Mientras tanto, él fue advirtiéndole a todo el mundo que la señora podría hacer cosas un poco raras algunas veces, como regañarles, quizá, o hablarles como si siguieran siendo niños pequeños. Nada más grave que un gatito persiguiéndose la cola. Y no sería siempre. Sólo alguna que otra vez, pero debían estar avisados. Hombre prevenido vale por dos.

De este modo, todo quedó decidido. Unos jóvenes desconocidos, notarios, tasadores y subastadores se encargaron de todo, y todo fue como la seda. En el pueblo decían que arrastrarla por media Inglaterra acabaría con la anciana señora, sólo que, cuando llegó el momento, la señora Charteris parecía muy contenta y emocionada con todo aquello. Su única preocupación era el jardín, pero Pinnegar se ocuparía de eso. Sí, daría un agradable paseo con Pinnegar...

Volvieron, pues, a sacar la silla de ruedas, le quitaron el polvo, y el Viejo Yervas llevó a su señora por el jardín por última vez.

Era una preciosa mañana de mayo, había rocío sobre la hierba, abejas zumbando alrededor de las colmenas y todos los manzanos estaban llenos de flores rosadas. En la copa del olmo que había al final del parque, un cuco cantaba... Era una de esas mañanas de mayo.

La señora Charteris aguardó hasta que llegaron al viejo boj y, entonces, le pidió que se detuviera.

—Ahora, Pinnegar —le dijo, señalando el estribo de la silla de ruedas—, siéntese y escuche con atención. Voy a vender la mansión y me voy a marchar. Me gustaría que viniera usted conmigo, Pinnegar, pero eso es imposible; no tendría usted dónde vivir ni nada que hacer, así que quiero que se quede aquí y vigile el jardín. Debe procurar que los nuevos dueños le caigan bien. Puede que al principio no sea fácil; puede que ellos tengan sus propias ideas sobre lo que es mejor, pero seguro que acabarán pensando como nosotros.

»En fin, no se haga el *difícil*, Pinnegar. Escuche lo que tengan que decir e intente comprender su punto de vista. Si ve que no puede llevarse bien con ellos, tendrá que marcharse; yo espero, eso sí, que tal cosa no ocurra, porque quiero sentir que usted estará siempre aquí para cuidar de todo.

»En fin, Pinnegar, *no* se haga el difícil. Algunas veces, cuando yo le pido que haga algo que a usted no le gusta, se cierra en banda y se le pone cara de leche agria. Yo sé que no tiene mala intención, pero no puede hacer eso con extraños, Pinnegar. Al fin y al cabo, serán los dueños del jardín y, por mucho que pensemos que se equivocan, habrá que adaptarse a las circunstancias.

»Puede usted, por supuesto, *aconsejarlos* y decirles lo que se ha hecho con anterioridad; aun así, cuando vea usted que han tomado una decisión, acceda usted de buen talante y haga todo lo que pueda para ayudarles. Y, Pinnegar, cuando ellos tengan que admitir que se equivocaron, *no lo recalque*. Ése es un defectillo que tiene usted, Pinnegar, recalcar las cosas. Algunas veces se muestra usted tan ufano que le daría un coscorrón. En realidad, no dice: «¡Se lo dije!», sólo que pone cara de pensarlo, y eso es casi peor, de modo que no lo haga, Pinnegar, o se creará problemas y yo lo lamentaré.

El Viejo Yervas estaba un poco molesto con toda esta charla sobre hacerse el difícil y recalcar las cosas, pero entonces recordó que su señora no era del todo ella misma y que probablemente estaba imaginando cosas otra vez. Por eso no abrió la boca, y la señora Charteris continuó:

—Usted sabe, Pinnegar, que a la gente en realidad no le gustan los jardines de los demás. Fingen que sí e intentan hacer los comentarios oportunos, pero se nota... Por eso quiero que se quede usted aquí todo el tiempo que pueda y que me escriba de cuando en cuando, para que yo sepa cómo le va...

»Usted ha sido muy bueno conmigo, Pinnegar, y yo siempre le he tenido mucho cariño, incluso cuando se ha puesto usted un poco difícil. No he olvidado aquellas fresas tempranas... A lo mejor le dejan enviarme algunas cada año; ni las campanillas azules, que no se pueden enviar, claro, pero ya me dirá cuándo empiezan a salir, y yo intentaré imaginarlas igual que las vi la mañana en que me dio usted aquella sorpresa tan bonita. Y no lo olvide, Pinnegar: sea siempre buen chico... Haga lo que el señor Addis le diga... y aprenda *cada* día un nuevo nombre en latín...

El Viejo Yervas miró aquel rostro dulce y cansado y se le hizo un nudo en la garganta que amenazaba con ahogarlo.

—No lloriquee, Pinnegar —dijo la señora Charteris—. Los niños buenos no lloriquean. ¡Coja

el pañuelo!

Así las cosas, la señora Charteris se fue vivir a Torquay, y el Viejo Yervas se preparó para cumplir las condiciones de su acuerdo. El problema era que él mismo ya no era tan joven. La señora Charteris podía pensar que había puesto fin a la guerra ella sola, pero la guerra seguía adelante, y ninguno de los chicos había vuelto para echarle una mano. El jardín estaba empezando a parecer una selva; la parte de los arbustos era una jungla y en cuanto al césped...

En aquellos días llegó a odiar la hierba; no podía controlarla. Tenía algo que hacía pensar que el mismísimo diablo se le había metido dentro. Aunque los granjeros se quejaban de que no había sustento para el ganado, la hierba del huerto estaba tan alta que tapaba los gallineros. Algunas veces, el viejo jardinero salía cojeando con una guadaña, tan encorvada como él, y parecía el viejo Cronos intentando ponerse al día con el calendario. O cogía una podadera e iba por los bancales para darles una oportunidad a los narcisos y las campanillas. No servía de nada. Era como el rey Canuto: la hierba fluía sobre él, como las olas del mar.^[8]

Algunas veces, cuando los granjeros refunfuñaban más de lo habitual, él les ofrecía toda la hierba sin coste alguno si la cortaban y se la llevaban, pero se reían de él. No tenían tiempo ni mano de obra para ir a mordisquear un poco de césped, ni siquiera alrededor de los manzanos. De esta suerte la hierba siguió creciendo, siempre donde menos falta hacía, y el Viejo Yervas maldijo el día en el que Dios inventó aquello.

Y, además, naturalmente, tenía que vigilar a todas esas personas que fingían querer comprar la mansión. Llegaban metiendo las narices, haciendo preguntas tontas y criticándolo todo, como si creyeran que así iban a conseguir un precio más bajo. Otros decían lo maravilloso que les parecía todo, y ésa era la última vez que los veías. No tardó en darse cuenta de que siempre es la persona menos pensada quien acaba comprando la casa, y, puesto que él era un hombre sincero, le molestaba que lo engañaran.

A decir verdad, no le gustaba mucho la idea de vender la casa. Claro está que no podía seguir mucho tiempo encargándose del jardín él solo, pero tenía la sensación de que cualquier cambio, cuando llegara, sería probablemente para peor. De todas las personas con las que había tratado, no había ninguna que le hubiera gustado como patrón. Quizá el haber trabajado todos esos años para una auténtica dama como la señora Charteris lo había acostumbrado mal; o tal vez los nuevos tiempos habían traído nuevas costumbres. Era difícil saberlo. Y así, aunque en realidad no se puede decir que el custodio de la mansión descalificara los bienes que tenía que vender, desde luego, no hacía ningún esfuerzo por perfumar las rosas ni por dorar el oro.

Tampoco es que hubiera podido hacer mucho al respecto, por mucho que lo hubiera intentado. Si el jardín era una selva, la casa desprovista de su mobiliario era como una tumba vacía. Él no entraba con mucha frecuencia, pero cuando lo hacía sentía escalofríos. Era como algo muerto, algo que ha perdido toda su vitalidad y su fragancia. Alguna que otra vez se detenía en el salón e intentaba recordar cómo había sido en los viejos tiempos. Era curioso cómo una alfombra y unas cuantas sillas podían suponer tanta diferencia. ¿O era porque ya nadie vivía allí? El Viejo Yervas tenía la extraña idea de que una casa vacía debía de sentir un poco de lástima de sí misma, fría y sola y olvidada. Igual que las personas, algunas veces...

De vez en cuando corría por el pueblo el rumor de que habían vendido la mansión. En un momento dado, iba a ser una escuela; pero, después de tomar muchas medidas, decidían que, o bien no era lo bastante grande, o bien que las reformas costarían demasiado dinero. En otra

ocasión, el consejo provincial la iba a convertir en una especie de clínica de reposo. Incluso se hablaba de convertirla en un club de campo y utilizar el jardín como campo de golf en miniatura. Cuando la gente le preguntaba al Viejo Yervas si había algo de verdad en esas cosas, él les contestaba de malos modos y les decía que más les valdría ocuparse de sus asuntos. Su fama de viejo cascarrabias aumentó, pues, sobremanera con el paso de las semanas.

Justo cuando parecía que nunca volvería a ocurrir nada, empezó a ocurrir todo de golpe. Por de pronto, la guerra llegó a su fin. El Viejo Yervas recibió una carta con matasellos de Torquay en la que la señora Charteris le «recalcaba» las cosas, sin contemplaciones. Nadie la creyó cuando contó su charla con el joven berlinés. Pensaron que sólo había sido un sueño, pero ahora estaba claro. Qué pena que la gente no dejara de pelearse y no pasara más tiempo en los jardines. Esperaba que Pinnegar se acordara de todo lo que ella le había dicho y no estuviera *haciéndose el difícil*...

El Viejo Yervas no solía ir mucho a la iglesia y se llevó una sorpresa cuando el nuevo párroco, un hombre con ideas y el valor de actuar en consecuencia, le pidió que hiciera la lectura especial de la misa de Acción de Gracias. Después de negarse seis veces, se puso su mejor traje y sus gafas de montura de acero, y disfrutó de lo lindo.

«¡Pues mirad! —leyó—, el invierno ha pasado, las lluvias han terminado; las flores brotan en la tierra; la hora del canto de los pájaros ha llegado, y el arrullo de la tórtola se oye en nuestros campos.»^[9]

Y, con el resto de la congregación, recitó:

—Setenta años dura nuestra vida y, aunque los hombres fuertes alcancen los ochenta, su fortaleza no es más que esfuerzo y lamento, pues pronto pasa y desaparecemos.^[10]

Volvió a sentarse en su banco con dos problemas en mente. No sabía a qué venía eso de la tórtola y le preocupaba bastante que un hombre no sirviera para mucho después de los setenta años. A pesar de que Viejo Yervas tenía casi setenta y cinco, se sentía tan capaz como siempre. No es que le apeteciera agacharse mucho ni correr por ahí; pero, ahora que la guerra había terminado, habría muchos jóvenes en el pueblo, y él se encargaría de ellos, porque ya se conocía todas sus triquiñuelas. En poco tiempo el jardín estaría en condiciones otra vez.

Al salir de la iglesia, alguien lo paró para decirle que la mansión se había vendido por fin. Era la primera noticia que tenía, pero no iba a revelar que no le habían dicho nada.

—Eso es bueno para todo el mundo —dijo el que lo sabía, que era el dueño del almacén del pueblo y veía venir los negocios.

—Eso está por ver —dijo el anciano, con su habitual cautela.

—No tenga la menor duda —dijo el otro, frotándose las manos, como si ya oyera los peniques cayendo en su caja registradora—. He oído que tienen todo el dinero del mundo. No conviene tener una casa grande cerrada demasiado tiempo. Y, además, son personas jóvenes. La anciana señora Charteris estaba ya para el arrastre. Ahora las cosas se pondrán en marcha de nuevo. ¡Buenos tiempos para todos nosotros!

Sólo que el Viejo Yervas había vivido tiempo suficiente para desconfiar de esas mañanas luminosas. A él le gustaba que lloviera un poquito antes de las siete.

—No te pases de optimista —murmuró, mientras volvía a su casa dando fuertes pisadas.

CAPÍTULO DIECISIETE

Muy pronto se supo que la mansión la había comprado un tal coronel Widford, que estaba en Alemania con el ejército de ocupación. La señora Widford estaba viviendo con sus padres en Escocia, y durante un tiempo nadie viviría aún en la casa. En su ausencia, el Viejo Yervas siguió él solo en el jardín, con libertad para hacer todo el trabajo que pudiera en una jornada de doce horas.

Una tarde, cuando estaba intentando separar las malas hierbas de los resistentes ciclámenes, se acercó a él un desconocido que paseaba por el jardín.

—¿Qué hay, abuelo? —dijo—. ¿Cogiendo gusanos para ir a pescar?

El señor Pinnegar, que llevaba mucho rato de rodillas, se puso de pie con cuidado.

—¿Y usted quién es, joven? —preguntó él.

—No tan joven —respondió el otro—. ¿Dónde está su patrón?

—Tengo muchos patrones últimamente —dijo el señor Pinnegar—. ¿A qué patrón se refiere usted en concreto?

—¿Dónde está el jardinero jefe? —preguntó el desconocido.

El señor Pinnegar estaba empezando a molestarse con todo este interrogatorio.

—Tiene usted un par de ojos —dijo—. ¿Por qué no los usa?

—No hace falta ser impertinente —dijo el joven.

Una de las cualidades inherentes al hombre de campo de edad avanzada es una enorme dignidad. Es algo que se ve en los lugares más inesperados: en los establos, en los corrales y, claro está, en los jardines de los más remotos distritos. Sólo una persona muy descarada o imprudente se tomaría libertades con estos viejos aristócratas de la clase trabajadora. El señor Pinnegar no dijo palabra, algo que, en cualquier discusión, es siempre una carta ganadora.

El desconocido se vio en un aprieto que no terminaba de entender. Mirando a este viejo extravagante, empezó a pensar que había dado con la horma de su zapato, así que cambió de estrategia.

—No quiero interrumpirlo —dijo—, pero tengo que hablar con algún responsable. ¿Quién es el jardinero jefe?

—Yo —respondió el señor Pinnegar.

—¡Dios bendito! —dijo el desconocido.

—¿Le sorprende mucho? —preguntó el señor Pinnegar.

El nuevo administrador del coronel Widford, recién licenciado y con rango de capitán, pensó que aquello era lo más curioso que había oído en mucho tiempo, aunque no lo dijo. Era obvio

que había que seguirle la corriente al viejo.

—¿Lleva aquí mucho tiempo? —le preguntó.

—Sesenta años —dijo el señor Pinnegar.

—¡Dios bendito! —dijo el joven por segunda vez en cinco minutos.

—¿Y quién es *usted*? —preguntó el señor Pinnegar.

—El nuevo apoderado del coronel Widford —fue la respuesta.

—¡Apoderados! —dijo el señor Pinnegar con aire pensativo—. ¡Apoderados! No me gustan nada. No es que haya trabajado con alguno, no vaya a creer, pero he oído muchas cosas, de un lado y de otro. Una especie de intermediario, tengo entendido; ni una cosa ni la otra. Ni patrón ni empleado. Mucha conversación, sin verdadera autoridad, eso sí. Una especie de mendigo a caballo. No pretendo ofenderlo, joven...

El apoderado le quitó importancia con un gesto.

—Siga, siga —dijo—. Me interesa.

Así pues, el señor Pinnegar siguió:

—Es lógico pensar —dijo— que, si un patrón no sabe lo suficiente de su trabajo para hacerlo él mismo, es mejor que lo deje. Cuando dejas entrar a un tercero, lo embrolla todo. Dos son compañía y tres son multitud, es lo que digo siempre. Ahora bien, mírelo de esta manera. Usted es el apoderado y eso significa que es mi jefe, por decirlo así. Y usted sabe de jardinería lo mismo que el párroco de hurones. Si duda usted de mí, quédese ahí y permítame que le haga un par de preguntas fáciles...

—¡Dios me libre! —dijo el apoderado.

—¡Ah! —profirió el señor Pinnegar—, ¡ahí lo tiene! Le he visto el plumero desde el principio. Yo soy el que hace el trabajo; yo soy el que piensa, y *usted* se pavonea delante de su patrón y se lleva todo el mérito. Bueno, si él se traga ese jueguito, es que no es muy buen patrón, si quiere mi parecer.

—Le diré al coronel lo que opina usted —dijo el apoderado.

—Por supuesto —concedió el señor Pinnegar—, si así es como el patrón quiere que se hagan las cosas, así se harán. Con todo, a mí me parece que eso es dedicar mucho tiempo y gastar mucho dinero para nada. Si está usted dispuesto a aprender, yo estoy más que dispuesto a enseñarle; pero no será cosa de un día. Hay mucho que aprender en un jardín, pero hay que adquirir ese conocimiento, pues nunca ningún hombre le ha enseñado a otro un trabajo a menos que él mismo supiera hacerlo.

—Lo haré lo mejor que pueda —dijo el apoderado y volvió a su hotel, donde pasó la tarde intentando conciliar lo que le habían enseñado en la escuela de agricultura con las cuestiones más complicadas de su nuevo trabajo.

El Viejo Yervas no era ningún tonto. Podía haberle bajado los humos al joven, pero el problema no terminaba ahí ni mucho menos. Si fuera capaz de localizar a su verdadero patrón y hablar con él de hombre a hombre, podría sacarse algo en claro; pero el coronel Widford estaba en Alemania, era probable que siguiera allí durante meses, y, hasta su vuelta, este joven capitán andaría por ahí dando órdenes, volviendo loco a todo el mundo...

Por lo visto, hasta ahora había seguido trabajando para la señora Charteris. El dinero llegaba cada semana por medio de los abogados en un sobre certificado; aun así, ahora que se había vendido la casa, el señor Pinnegar supuso que todo eso cambiaría. Eso significaba que estaría a

merced de esta gente nueva y, hasta que el coronel regresara a casa, este joven apoderado podría hacer con él lo que le viniera en gana. Amenazado de continuo por algún desastre, el Viejo Yervas se sobresaltaba cada vez que oía abrirse la verja.

Pero el gato escaldado del agua fría huye. El apoderado trabajaba a una distancia prudencial. Cuando las cosas se fueron suavizando, empezó a mandarle a algunos muchachos de la oficina de bienes raíces, si bien siempre llegaban con instrucciones determinadas y un trabajo específico que hacer. A veces eran bien recibidos y a veces no, pero saltaba a la vista que los chicos tenían órdenes de ningunear al anciano. Y lo ninguneaban al estilo de los de su clase.

—¿Qué ha pasado con la pensión de jubilados? —preguntaba uno. A lo que otro respondía:

—No sé, ¿será que sólo la cobran hasta los noventa?

Entonces los dos se echaban a reír, y el Viejo Yervas comprendió que los gloriosos tiempos en que él gozaba de autoridad se habían acabado. Nunca podría manejar a semejantes jovencuelos maleducados.

La delicada técnica de persuadir a un hombre para que abandone su empleo, porque tú no quieres o no puedes despedirlo, merece un momento de atención. Los diferentes estilos requieren diferentes métodos. Puedes obligarlo a abandonar su trabajo poniéndole peros a todo lo que hace. Puedes tenderle una astuta trampa que le haga decir, en un momento de descuido: «Bueno, si eso es lo que piensa, quizá sería mejor que me fuera». O puedes humillarlo haciendo caso omiso de su posición y tratando directamente con sus subordinados. No hay mucho que decir a favor de ninguno de estos métodos, pero el último es quizá el más cruel y dañino en lo que concierne a un hombre con cierta dignidad.

Conforme pasaba el tiempo, el Viejo Yervas se iba encontrando aislado de una manera muy peculiar. Nadie le prestaba atención. Llegaba por la mañana, se ponía su viejo delantal verde y se dedicaba a cualquier tarea que considerase que había que hacer. Se iba a casa a comer, volvía por la tarde y seguía trabajando hasta que oscurecía; y ni un alma se acercaba a él ni siquiera para charlar un rato. De tiempo en tiempo pasaban por allí unos caballeros desconocidos, hablando entre ellos con mucha seriedad, pero a juzgar por la escasa atención que le prestaban, el anciano podría haber sido el tronco de un árbol seco. Cuando éstos se habían marchado, llegaban otros desconocidos haciendo mediciones y casi le pasaban la cinta métrica por encima cuando estaba arrodillado junto a un arriate. Y nadie se molestaba en hablarle. Era como si no existiera.

El señor Pinnegar nunca había recibido un trato igual, y no lo entendía. Cuando él era joven, todo el mundo le dirigía la palabra; y cuando ya fue un auténtico jardinero jefe, él siempre había dirigido la palabra a todo el mundo. No es que hubiera que estar de cháchara todo el rato: era mera cortesía común. Todo este ir y venir, sin decir nada, lo ponía nervioso; y en cuanto a darles instrucciones a los muchachos sin contar con él, eso era pura mala educación, no tenía otro nombre.

Algunas veces se sulfuraba y decidía averiguar cuál era exactamente su sitio. ¿Era el jardinero jefe o no? ¿Pensaban que él estaba ganándose el sustento o no? ¿Había hecho algo de lo que no era consciente para molestar a todo el mundo? En fin, ¿qué era lo que ocurría?

Lleno de esa imprecisa resolución, se quitaba el delantal verde y se ponía en camino hacia la oficina de bienes raíces. Y entonces perdía el coraje. No era tanto que temiera perder su trabajo como que no podría encarar la vida sin su jardín. El señor Addis, o quien fuera, había dicho que uno recibía de un jardín lo que le había entregado. ¿Cómo iba a tirarlo todo por la borda después de sesenta años y qué haría después consigo mismo? No era el dinero... en la vieja tetera de la

repisa de la chimenea había suficiente para salir adelante... si lo dejaran trabajar sin cobrar...

Y, además, estaba la señora Charteris, allí en Torquay. Él le había prometido cuidar de todo. Bueno, quizá eso era exagerar un poco: el jardín no sufriría si él se iba, pero había que tenerlo en cuenta. Cuando ella se enterara de que él había renunciado al trabajo, y sin ninguna razón, ¿qué pensaría? Estaba claro que se disgustaría. Por supuesto que sí.

Así pues, las cosas siguieron adelante tristemente hasta que un día le dijeron que tenía que presentarse en la oficina de bienes raíces. El administrador estaba sentado ante un gran escritorio y no perdió el tiempo.

—Bien, Pinnegar —dijo con ímpetu—, la venta se ha cerrado por fin, después de todos estos meses. Requiere mucho tiempo liquidar una gran propiedad como ésta; los arriendos y todo lo demás, los abogados, que se ponen quisquillosos, pero todo está firmado, sellado y en orden. Pensé que le gustaría saberlo.

—Muy interesante —dijo el Viejo Yervas—. Muy interesante de verdad.

Pero ¿por qué este joven tan ocupado lo había hecho ir hasta allí para decirle eso?

—Lo que a usted le concierne —continuó el administrador, con algo menos de aplomo— es que hemos contratado a un jardinero jefe. Y usted tendrá que marcharse. Lamento soltarle esto de sopetón, digamos, pero se ha permitido que el jardín llegue a tal estado de abandono que no me queda otro remedio. Hay que planificar muchas cosas antes de que venga el coronel, y no podemos perder ni un día. Su situación de usted es un poco... nebulosa, podríamos decir. Como probablemente sabe, a usted le ha estado pagando la anterior propietaria; sin embargo, ahora que la finca ha cambiado definitivamente de manos, cualquier arreglo de esa clase tiene que pasar naturalmente por el consejo...

—La señora Charteris siempre me dijo... —empezó el señor Pinnegar, pero el administrador lo interrumpió.

—La anterior propietaria —dijo de mal humor— sin duda expresó el deseo de que fuese usted una especie de... eh... ángel de la guarda mientras tuviera usted la salud y la fuerza para actuar como tal; ahora bien, los «ángeles de la guarda» pueden resultar bastante inconvenientes en el mundo moderno, y la señora Charteris, por su estado mental, no estaba en condiciones de imaginar las actuales circunstancias. En una palabra, señor Pinnegar, yo sólo podría ofrecerle un puesto de subordinado con el nuevo jardinero jefe, y, para ser francos, creo que estará usted de acuerdo, como hombre sensato que es, en que esto sería un trato muy poco satisfactorio. No funcionaría, señor Pinnegar, sólo podría traer problemas.

—Sí —dijo el Viejo Yervas, en voz baja— ya se encargaría usted de eso.

Entonces el administrador quemó su último cartucho.

—Está también, naturalmente —dijo—, la cuestión de la vivienda.

—¿Qué vivienda? —preguntó el anciano.

—La casa en la que vive usted actualmente —respondió el administrador—. No queremos parecerle insensibles de ningún modo; le daremos tiempo suficiente para que encuentre otro sitio; pero se trata de una vivienda para empleados y la necesitaremos para el nuevo jardinero jefe. Éste habrá de tener un sitio donde vivir, algún sitio cerca de su trabajo.

—La señora Charteris siempre me dijo...

—Deje de meter en esto a la señora Charteris —gruñó el administrador—. La señora Charteris ha vendido la propiedad, y usted no puede tenerlo todo. Si quería que fuera un asilo

para sirvientes jubilados, no debería haberla vendido. No se puede estar en misa y repicando. Esto de mezclar los sentimientos y los negocios lo hace todo muy difícil. ¿Cómo voy a poner en orden la propiedad si a cada paso me tropiezo con las fantasías de una anciana que no estaba bien de la cabeza?

El Viejo Yervas se puso en pie, y había en él un extraño aire de dignidad cuando puso fin a aquella reunión tan incómoda.

—Bueno, señor administrador —dijo—, ha sido usted muy claro conmigo y yo voy a ser muy claro con usted. Lo que dice usted sobre el jardín es muy cierto. Se ha permitido que llegue a un estado de abandono, y hará falta un hombre muy capaz para que vuelva a estar la mitad de bien de lo que estaba. ¡Le deseo buena suerte! Y eso que dice usted sobre mí es verdad también. ¿Qué pintaría yo haciendo chapuzas y recados? Así que *a mí* puede usted tacharme de su lista de problemas. En cuanto a la vivienda, no voy a fingir que me alegro de dejarla después de todos estos años; pero, si está vinculada al puesto, no hay más que hablar. Todo razonable y legítimo, señor administrador, excepto una cosa...

»Usted cree que la señora estaba mal de la cabeza porque encontró tiempo, en medio de todos sus problemas, para pensar en un viejo que había trabajado para ella durante sesenta años. Eso demuestra lo poco que sabe usted. En el mundo sigue habiendo sitio para un poco de amabilidad, y la próxima vez que tenga usted ganas de despreciar los sentimientos de las personas porque tenga prisa por llegar a algún sitio, debería tener eso en cuenta.

CAPÍTULO DIECIOCHO

El anciano señor Billiter, de Billiter, Billiter & Billiter, tenía debilidad por los clientes mayores de su misma generación. Gestionar sus asuntos le hacía sentirse joven otra vez. Además, estos te ofrecían un burdeos siempre mejor que los jóvenes, que eran especialistas en bebidillas nauseabundas antes de las comidas y en bebidillas nauseabundas después de las comidas, sin nada especial en medio. Como si te comieras los dos extremos de un brazo de gitano y tirases la parte central.

«A mí —decía el anciano señor Billiter— deme un hombre que sepa qué beber con qué y de qué manera pasar el oporto.»

De tarde en tarde —normalmente en primavera— el anciano señor Billiter salía con paso tambaleante de su pequeño sanctasanctórum y entraba en el más amplio e imponente despacho de su hijo, el señor Harold, y empezaba a revolver entre sus papeles. Al reconocer las señales, el señor Harold mandaba llamar a su hijo, el señor George, que, a su vez, pulsaba un interfono para comunicar con un secretario ya muy anciano, de quien se decía que había redactado el título de propiedad del palacio Blenheim.^[11]

«¡Griffin! —decía—, el viejo está otra vez alborotando. ¿Qué ocurre?» Griffin respondía que los asuntos el anciano sir Ralph Honeycomb estaban un poco enredados, y que el socio mayoritario pasaría unos días muy felices con los documentos y el portafolios del famoso clan de los Honeycomb.

Este proceder, aunque suene un poco informal para una gran firma de abogados de la ciudad, tenía su porqué. El anciano señor Billiter tenía una memoria prodigiosa y, en los casos —y bodegas— que despertaban su interés, no necesitaba ninguna clase de informe. Simplemente se lanzaba, como un perro a la orilla del mar, y salía con el mejor de los guijarros.

De esta suerte, el señor Harold, el señor George y Griffin le habían entregado los documentos relativos a la venta de la propiedad Charteris, con gran alivio y sin ninguna clase de temor.

El anciano señor Billiter había pasado unos meses muy felices con aquellos polvorientos papeles de una familia inglesa residente en el campo. Era como repasar un paquete de antiguas cartas de amor, aunque las cintas fueran los trámites burocráticos y el perfume no fuera precisamente de lavanda. Se acordaba muy bien de Charlotte Charteris: una joven encantadora que había perdido a su marido en circunstancias muy trágicas, pero que se había dedicado, como una muchacha sensata, a dirigir su propiedad. Siempre le había caído bien Charlotte; de hecho, durante una época, cuando iba a su casa con bastante frecuencia, no se sabía si no habrían...

En ese punto, el anciano señor Billiter dejó a un lado sus más sentimentales recuerdos y se concentró en el trabajo que tenía entre manos. Durante semanas investigó la situación financiera

de los posibles compradores; pleiteó con fuerzas legales contrarias y, por fin, le dio su beneplácito a la oferta presentada por el coronel Widford, un excelente joven que sabía reconocer un buen caballo, que había ganado la Orden del Mérito Militar y, la mayor recomendación de todas, era miembro de su mismo club.

El anciano señor Billiter había estudiado todos los aspectos del caso con la más meticulosa atención. Conocía todos los detalles de memoria y, cuando los repasó para su aprobación definitiva, tuvo la reconfortante sensación de que Charlotte Charteris, bendita sea, no había sido estafada por ninguno de esos espabilados jóvenes que se creían que lo sabían todo pero que, gracias a Dios, no sabían tanto como pensaban.

En este arrebató de complacencia, teñido de los rosados matices de las viejas lealtades, el señor Billiter pensó en ir a la casa y resolver cualquier pequeño detalle que pudiera quedar pendiente. Podría llegar allí antes de las doce, almorzar algo y estar de regreso en la ciudad para la cena. Si Charlotte lo invitaba a quedarse a dormir, mejor que mejor. Podrían charlar sobre los viejos tiempos y quizá aún quedara alguna gotita de aquel maravilloso brandy añejo...

Cuando el anciano señor Billiter notaba en la nariz el aroma del brandy añejo, no había quien lo detuviera. A las once de la mañana siguiente se encontraba en el andén de Swancombe Junction, subiéndose al pequeño vagón tirado por un caballo que él recordaba tan bien. A las once cuarenta y cinco llegó a su destino. A las doce estaba en la terraza de los jardines de la mansión.

Aquello estaba desierto. Por primera vez en su vida, el anciano señor Billiter había olvidado algo: las instrucciones que le había dado a un subastador local poco tiempo antes para que retirara todo el mobiliario antiguo y moderno, y demás efectos...

El anciano señor Billiter se sentó en el murete y contempló el desolado panorama. El largo viaje desde la ciudad lo había cansado un poco; tenía hambre y estaba más desconcertado que un perro de caza ante un rastro antiguo. Ese acogedor almuerzo con Charlotte era un espejismo en un desierto. Esa botella de brandy añejo era un sueño que se había evaporado.

Al contemplar el descuidado jardín vio acercarse una figura solitaria. Después de haber pasado media mañana peleando con un rebelde rosal trepador, el Viejo Yervas volvía a su casa para almorzar. El señor Billiter lo saludó, y el anciano, que no estaba acostumbrado a esas cortesías, pareció dudar si responder o no. Entonces se acercó adonde estaba sentado el desconocido.

—¿Cómo se llama usted? —preguntó el señor Billiter.

—Pinnegar —respondió el anciano.

El señor Billiter tenía una memoria prodigiosa, y este nombre poco frecuente la puso en marcha.

—Santo cielo —dijo—, usted es el hombre que trajo aquellas fresas tempranas la última vez que estuve aquí. ¿Cuánto hace de eso?

—Cuarenta años, por lo menos —fue la respuesta.

El anciano señor Billiter quiso silbar, pero por alguna razón había perdido práctica.

—¡Tanto tiempo! —dijo, casi para sí mismo—. Sí, supongo que debe de ser eso. ¿Y qué ha estado usted haciendo todos estos años?

—Enredando por aquí —dijo el Viejo Yervas—. Enredando por aquí. Y parece que lo he enredado todo bien. ¿Usted era el joven abogado de Londres?

—Todos fuimos jóvenes una vez —dijo el señor Billiter, pasándose unos pensativos dedos por lo que quedaba de su cabello gris—. Ahora me acuerdo de usted. La señora Charteris me escribió respecto a usted.

—Algo bueno, espero —dijo el anciano.

—Si no me falla la memoria —dijo el abogado con prudencia—, ella me dio a entender que, con excepción de una persona (yo mismo), usted era el único amigo que tenía en el mundo.

—¡Qué amable, qué amable! La señora Charteris era una verdadera dama. Fue un placer trabajar para ella, y la echo mucho de menos.

—¡Una mujer encantadora, encantadora! —reflexionó el señor Billiter.

—Una verdadera dama —repitió el señor Pinnegar, y los dos, con mucho acierto, lo dejaron ahí.

El señor Billiter, que no había tomado nada desde un desayuno inusualmente temprano, empezaba a tener hambre. De hecho, estaba dispuesto a comer cualquier cosa, lo antes posible. Preguntó dónde podría encontrar un mesón decente y un coche que lo llevara hasta allí.

El señor Pinnegar tuvo que reírse. El mesón más cercano, aparte del pequeño bar de la estación, estaba a nueve millas de distancia, y no había coches ni nada parecido por aquellos parajes. El señor Billiter, esclavo de las cosas buenas de la vida, estaba consternado y no lo ocultaba.

—¿Dónde come *usted*?

—En mi casa.

—¿Podría ofrecerme un tentempié, para ir tirando?

—No tengo más que un poco de pan y queso, y puede que una cebolla.

—No se me ocurre nada que pudiera apetecerme más —declaró el señor Billiter.

—Entonces cuando guste —dijo el señor Pinnegar.

En la casa había mucho queso y todas las cebollas que quisieran, además de una botella de cerveza para bajarlo todo. Cuando el señor Billiter dijo que era la mejor comida que había saboreado en muchos años, estaba diciendo la verdad.

—Tiene usted aquí un sitio estupendo —dijo, mirando la acogedora habitación—. No necesita más, ¿eh?

—Tengo que marcharme —dijo el anciano.

—¿Marcharse? ¿Es que no está bien para un hombre mayor como usted?

—Está vinculada al puesto de trabajo —fue la respuesta—. La necesitan para el nuevo jardinero.

—¡Pero usted no estará conforme con eso!

El Viejo Yervas lanzó una carcajada bastante irónica.

—Yo pensaba acabar mis días aquí —dijo—, pero no se puede ir contra la ley vigente.

—Que la zurzan a la ley vigente —estalló el abogado—. Vamos a ver, buen hombre, la casa es suya, y todo lo que hay dentro. La señora Charteris la ha vendido sólo con la expresa condición de que a usted no se lo molestara. Hay una cláusula especial que le otorga ese beneficio de por vida; yo mismo la redacté. ¿Qué porras se cree Widford que está haciendo?

—El coronel no se ha acercado por aquí. Sigue en Alemania, cosa que lo honra.

—Entonces ¿quién le ha contado ese cuento de la vivienda vinculada y... y toda esa tontería? Debe de haber algún apoderado o alguien al cargo.

—Sí —respondió el anciano—, hay un apoderado, desde luego.

—¿Y no ha leído las condiciones de la venta?

El Viejo Yervas no lo sabía, pero, para ser justos con el joven, lo que había dicho es que las cosas habían ido un poco precipitadas y que había mucho que resolver.

—¡Menudo cuento chino! —dijo el señor Billiter—. No se puede usar la ley a capricho. ¿Dónde está ese joven entrometido? Me gustaría tener una charla con él antes de que salga mi tren. «Un poco precipitadas... mucho que resolver», desde luego que sí. Santo cielo... Tenga, Pinnegar, mi tarjeta. Si tiene usted cualquier otro problema escríbame a esa dirección. Ahora tengo que irme.

Si el señor Billiter hubiera tenido la presión arterial alta, aquello habría acabado con él. El apoderado sin duda sería el culpable.

El Viejo Yervas sintió lástima del joven cuando el socio principal de Billiter, Billiter & Billiter salió de su casa hecho una furia y tomó el camino hacia la oficina de bienes raíces. Lo que allí sucedió nunca se supo, pero luego acompañaron al abogado a la estación para que cogiera el tren de la tarde, y un joven caballero un tanto apurado apareció en la puerta del señor Pinnegar poco después de que cerrara la oficina.

Con la agitación del momento, el señor Billiter había olvidado mencionar su encuentro con el Viejo Yervas, de manera que el administrador estaba un poco en desventaja cuando empezó a dar su versión del asunto.

Los abogados, al parecer, habían cometido un error. Aunque la propiedad había sido vendida en su totalidad al coronel Widford, *había* una cláusula en el contrato que estipulaba que el señor Pinnegar podría seguir ocupando su vivienda como arrendatario vitalicio o durante el tiempo que él deseara ejercer esa opción. ¡Habrased oído semejante tontería!

—Me imagino —dijo el señor Pinnegar— que alguien ha metido la pata en algún sitio. Sin embargo, bien está lo que bien acaba. Ahora sabemos a qué atenemos.

—Como es lógico —dijo el administrador—, debido a este absurdo error, tendremos que considerar el problema desde una nueva perspectiva.

—¿Qué problema? —preguntó el señor Pinnegar.

—El asunto de la vivienda —respondió el administrador—. Debemos llegar a algún acuerdo conveniente para todo el mundo. Naturalmente, nosotros necesitamos disponer de la vivienda. No podemos arrinconar al jardinero jefe en cualquier sitio; no lo aceptaría; se marcharía, y no podríamos reprochárselo. Además, yo le he prometido esta casa. Él la vio y todo quedó acordado. Ahora bien, señor Pinnegar, como hombre razonable...

—Pero es que yo no soy un hombre razonable —dijo el señor Pinnegar—. Ése es el problema. Que soy *difícil*. Pregúntele a la señora Charteris. Pregúntele a cualquiera de sus muchachos. Ellos le dirán que soy un viejo fastidioso.

El administrador sonrió con timidez ante esta pequeña broma.

—Sí, pero, señor Pinnegar, usted no forzaría una ventaja técnica hasta tal extremo. Piense en su posición, viviendo aquí, en medio de la propiedad, sabiendo que todo el mundo...

—Lo que está usted intentando decir —dijo el Viejo Yervas con una risilla— es que usted se encargaría de que me sintiera incómodo.

Con un gesto de la mano el administrador desechó esa idea tan descabellada.

—Estoy pensando en el coronel Widford. Usted sabe cómo son estos aristócratas. Les gusta

tener su propiedad para ellos solos, monarcas de todas sus posesiones, y no se les puede reprochar. Al fin y al cabo, para un hombre su hogar significa mucho.

—Sí —dijo el señor Pinnegar—, yo estaba pensando eso mismo.

El administrador volvió a intentarlo.

—Señor Pinnegar —dijo—, seré franco con usted. Me encuentro en una posición muy difícil. Cuando leí las condiciones de venta me sentí un poco presionado y desconcertado; tanto es así, de hecho, que pasé por alto la cláusula que le daba derecho vitalicio sobre esta casa...

—Ah —dijo el señor Pinnegar—, me preguntaba cuándo iba usted a decir eso, y ahora tengo mejor opinión de usted por reconocer que se había equivocado. Siendo así...

El administrador se inclinó hacia delante con impaciencia.

—Siendo así —continuó el señor Pinnegar—, compartiré con usted un consejo muy sabio que me regalaron cuando yo era joven. Un caballero que solía venir a pescar me dijo: «Pinnegar, en todos los contratos hay una trampa. Por lo general está en la letra pequeña. Si no la ves ahí, pon el papel contra la luz. Puede estar en la marca de agua».

El infeliz administrador hizo un nuevo intento.

—Señor Pinnegar —dijo—, apelo a su sensibilidad.

—Señor administrador —respondió el anciano—, no hace mucho me dijo usted que los negocios y los sentimientos no se mezclan. Ahora dice usted justo lo contrario, girando como una veleta. Y una veleta sólo sirve para mostrar de qué lado sopla el viento.

—Muy bien —dijo el otro—, no tengo nada más que decir. Ya verá usted que esta dichosa cláusula no vale nada, ni por un instante, en un juicio. Usted ya no es empleado de la propiedad. Apelaré al Comité Agrícola de Guerra. Tendrá usted noticias de nuestros abogados.

—En ese caso —repuso el señor Pinnegar—, será mejor que le dé los nombres de *mis* abogados... de todos ellos... A ver, ¿dónde está la tarjeta?

Y después de ponerse sus gafas de montura de acero leyó:

—Señores Billiter, Billiter & Billiter. Leadenhall Street, Londres, distrito centro.

CAPÍTULO DIECINUEVE

Después de la entrevista en la oficina de bienes raíces, el Viejo Yervas no volvió al jardín. En vez de eso, se sentaba junto a la ventana de su casita, viendo pasar la vida del pueblo, preguntándose cómo iba a ocupar su tiempo durante el resto de sus días. Si todos iban a ser así, esperaba que no fueran muchos.

Lo primero que hizo fue devolver a los abogados el sobre certificado que contenía su salario semanal. El señor Billiter le contestó personalmente diciéndole que eso era una especie de pensión, concedida por la señora Charteris, y que seguiría recibéndola mientras viviera. De este modo no se moriría de hambre. Bueno, eso era un consuelo; con todo, la idea de recibir un dinero que no había ganado trabajando le molestaba bastante.

Casi nunca iba al pueblo. Sentía que al perder su puesto de trabajo había perdido todo lo que iba asociado a ello. Si ya no era el señor Pinnegar, jardinero jefe de la mansión, ¿quién era? Sólo otro viejo que no servía más que para sentarse al sol y hablar del tiempo.

Se sentía muy solo y al margen de todo. A veces se preguntaba por qué no se había casado nunca. Los otros viejos tenían esposas, más jóvenes que ellos, que iban y venían por la casa, barriendo suelos, cocinando, y, si se podía creer lo que ellos mismos decían, haciéndoles la vida imposible a sus maridos. Eso podía ser verdad, o quizá no, pero cuando uno era tan viejo como él, una mala esposa era mejor que ninguna.

Además, si se hubiera casado, habría habido hijos, jóvenes estupendos que irían por las tardes y le contarían las cosas que habían pasado durante el día... e hijas... con, tal vez, un par de bebés...

El Viejo Yervas estaba recogiendo tristemente lo que había sembrado. Toda su vida, todo su amor, lo había entregado a un jardín, y ahora el jardín lo había defraudado. Bueno, la culpa era sólo suya. A lo hecho, pecho. Al mal tiempo buena cara.

Cuando llegó la Navidad estaba más triste que nunca. Todas las otras casas eran un barullo de emoción. La gente cortaba árboles de Navidad de los setos; se organizaban grupos para ir de compras y todos parecían más amables con todos. En lo único que le afectaba a él era que la mujer que iba a «hacerle la casa» terminaba pronto y se iba antes de que él se diera cuenta.

No tenía tiempo, siquiera, para chismorrear un poco, aunque sí que mencionó, justo antes de marcharse a toda prisa, que el coronel y la señora Widford estaban en la mansión y que habría una fiestecita de Navidad. No es que a él le interesara esto, fue sólo que le hizo pensar en los viejos tiempos, cuando la señora Charteris llamaba a todos los sirvientes, uno a uno, les deseaba Feliz Navidad y les entregaba los regalos que les había comprado en Londres.

Hoy día no hay nada igual, decidió el Viejo Yervas. Casi todos aquellos buenos sentimientos

habían desaparecido. Entre los impuestos y el racionamiento, la gente no podía permitirse ser generosa, y era en Navidad cuando esas cosas más se añoraban.

Absorto en esos lamentos, el anciano se sobresaltó de pronto al oír un portazo y una voz jovial que preguntaba si había alguien en casa. Sin esperar respuesta, el visitante, un caballero de mediana edad, muy campechano, entró en la salita, se anunció a sí mismo como el coronel Widford, dejó su bastón de caza en un rincón, procedió a ponerse cómodo y dijo:

—Conque es *usted* el señor Pinnegar del que tanto he oído hablar. —Y, entonces, como si de repente se hubiera acordado de algo, añadió—: A usted lo conozco. ¿No fue usted, hace años, juez del concurso provincial?

—Tiene usted buena memoria para las caras —dijo el anciano.

—No estaba acordándome de las caras, sino de aquel golpe que tuvo usted cuando dijo que a todos nos dolían las posaderas, por aquellas sillas tan duras. Y vaya si nos dolían, desde luego. Pero lo que mejor recuerdo fue que usted nos dio el primer premio de hortalizas, ¡y con toda la razón! No me diga que no se acuerda.

—Me acuerdo muy bien —le aseguró el señor Pinnegar—. Nunca había visto chirivías como aquellas, en toda mi vida. Tenía usted que tener a alguien muy bueno a cargo del huerto.

—Eso es, no me dé a mí ningún mérito —rio el coronel—. En realidad, yo era apenas un muchacho, así que no creo que tuviera mucho que ver en aquello. Sólo que uno recuerda esas cosas. Pasamos un día estupendo y usted nos hizo reír un rato.

El Viejo Yervas estaba empezando a sentirse un poco incómodo. El apoderado no tardaría en informar al coronel, si es que no lo había informado ya, del problema que había con la vivienda del jardinero. Entonces quizá no sería tan simpático. En fin, ocultar las cosas nunca ha traído nada bueno. Mejor afrontarlo:

—Espero, coronel, que no piense usted que quiero causarle problemas con la casa.

—En parte ésa es la razón por la que he venido a hablar con usted —dijo el coronel Widford—. Vi a Billiter en mi club, y me contó algo; después vi a mi apoderado, y *también* me contó algo, y, atando cabos, me temo que lo han tratado a usted de manera injusta. Pues bien, ¿qué podemos hacer para arreglar las cosas?

—Si es verdad que necesita usted la casa... —empezó el Viejo Yervas.

—¡Ah, qué porras la casa! —dijo el coronel—. Para empezar, no es nuestra, y si lo fuera, se la cederíamos, y con mucho gusto. Lo que he estado preguntándome es cómo va a ocupar su tiempo un hombre activo como usted. No puede dejarlo todo de golpe sin sentirse un poco perdido. Billiter dice que no tiene usted problemas de dinero, pero ¿qué hace usted todo el día?

—Nada —dijo el anciano.

—Lo que me imaginaba. Bueno, suponga que le cedemos el invernadero del fondo, para que lo lleve a su gusto, sin interferencias de nadie. Haga lo que quiera, cultive lo que quiera. Tenemos muy poco personal, y me alegraría poder desentenderme de él. Si resulta que cultiva usted algo un poco fuera de lo habitual, acuérdesse de sus amigos de la casa. Mi esposa siempre quiere tener todo lleno de flores... y es *muy* golosa, así que con ella es fácil acertar. ¿Qué le parece?

—Si a la señora le gustan las fresas tempranas...

—Mi querido amigo, si pone usted delante de mi esposa un plato de fresas tempranas, se le saldrán los ojos como... como a una gamba. Pero deberá tener el invernadero cerrado, o perderá

la cosecha. Aquí está la llave. ¡Y muchas gracias!

El coronel Widford estaba saliendo de la habitación cuando al parecer se acordó de algo.

—Ah, por cierto —dijo—, ayer compré esto en el pueblo; si le viene bien, puede quedárselo. Aunque no es que lo necesite usted... —Y le dio al anciano la clase de bastón de caza con el que uno sueña—. Con *esto* no le dolerán las posaderas —dijo—. ¡Feliz Navidad!

CAPÍTULO VEINTE

En los castaños aparecieron unos brotes pegajosos, y en los avellanos, unas pequeñas borlas rojas. Los acónitos iban y venían. Los muchachos del pueblo patinaban en lo que quedaba del viejo canal. Un narciso temprano temblaba en un rincón del huerto. Pero, en el invernadero de abajo, el Viejo Yervas estaba más a gusto que una ardilla en un tronco hueco.

Cada mañana, hiciera el tiempo que hiciera, iba paseando desde la casita apoyándose en su maravilloso bastón de caza. Nunca salía sin él. Parecía ser un símbolo de todo lo que había logrado... un sello... una señal externa y visible. Mientras lo llevara consigo era lo que siempre había sido: podía mirar a la gente a los ojos, sentir que él valía tanto como el que más.

Ya no le dolía pensar que su jardín estaba en otras manos. Aquí, en el invernadero, era rey de su propio castillo. Algunas veces el nuevo jardinero jefe se acercaba para pedirle consejo. Fingía estar preocupado por algún valioso arbusto, o desconcertado por alguna característica del terreno que era nueva para él. ¿Qué opinaba el señor Pinnegar? ¿Convendría trasplantar, o mejor esperaban a ver qué pasaba?

Después, algunas mañanas muy frías, cuando el jefe no estaba por allí, los jóvenes trabajadores iban a pedirle consejo al señor Pinnegar sobre esto y aquello... y a calentarse las manos en la estufa. El anciano los echaba de allí, pero todo contribuía a crear compañerismo y ayudaba a pasar el tiempo. Incluso el coronel se acercaba a charlar y sonreía al ver que su pequeño plan daba tan buenos resultados.

En general, tomando una cosa con otra, fue la época más feliz que el Viejo Yervas había vivido. Seguían riéndose de él a sus espaldas, pero sólo como se sonríe al leer la narración de alguna antigua batalla famosa. Y cuando utilizaban su apodo, también a sus espaldas, pensaban menos en la «yerbacidad» que lo había originado que en aquellos amplios arriates en los que robustas perennes florecían cada verano y seguirían floreciendo toda la vida.

Hacia mediados de abril, el Viejo Yervas apareció en la casa con las fresas tempranas que harían que a la señora Widford se le desorbitaran los ojos. Dicha señora, debidamente avisada por su marido, se puso en pie con aire de nobleza para recibirlo, lo que hizo sentir al anciano que cualquier cortesía que anteriormente le pudieran haber dispensado se multiplicaba en esos momentos por mil. Una vez más explicó lo importante que era no llevar las plantas al invernadero hasta que hubiese pasado lo más crudo del invierno; que la anterior señora siempre había esperado sus fresas tempranas, y que él le había prometido enviarle algunas si al coronel y a la señora les parecía bien.

Cuando se marchó, el coronel Widford y su esposa se miraron el uno al otro. Eran una pareja feliz que pensaba las mismas cosas agradables al mismo tiempo.

—¿A qué distancia está Torquay? —preguntó la señora Widford.

—A unos ciento sesenta kilómetros —respondió el marido—. No más de cinco horas de viaje, ida y vuelta. ¿Te apetece?

—¡Ya lo creo! Nada me gustaría más.

—¡Muy bien! Saldremos a las diez, almorzaremos y traeremos al abuelo de regreso a tiempo para la cena. Sabes, Eileen, tienes unas ideas muy buenas algunas veces...

—Ah, no, de eso nada —rio la señora Widford—. Si esto acaba con él, la culpa será tuya. Diré que le tengan preparado algo caliente para cuando volvamos.

A la mañana siguiente, a las diez, pertrechado con todas las mantas y cojines del mundo, el señor Pinnegar se sentó, como un lord, en el asiento trasero del Rolls Royce preguntándose qué le estaba ocurriendo. En el regazo llevaba una cesta de fresas tempranas y, a su lado, su amado bastón de caza. La señora Widford, sentada junto a su marido, llevaba un gran ramo de violetas que le había traído el señor Pinnegar. Se volvió y le sonrió a su pasajero.

—¿Está cómodo? —le preguntó.

El anciano, sin encontrar palabras que se adecuaran a semejante situación, dio un pequeño suspiro de gozo.

—¡Adelante, John —dijo la señora Widford—, y arreando los caballos![12] El gran automóvil se deslizó con suavidad por el sendero, giró hacia la carretera principal y puso rumbo al oeste.

Durante los primeros cincuenta kilómetros, el Viejo Yervas se esforzó por creer que aquella maravilla tenía algún fundamento real. Después dejó de esforzarse y se echó a dormir entre sus cojines. Cuando despertó, estaban detenidos en la entrada de un agradable hotelito del paseo marítimo. El coronel Widford estaba hablando con el conserje, que al parecer los estaba esperando.

—El señor Pinnegar —dijo el coronel— ha venido a ver a la señora Charteris. Llamé anoche para decir que venía. Volveremos a recogerlo por la tarde. Esté pendiente de él, sírvale un buen almuerzo, y, si termina antes de que nosotros volvamos, búsquele algún rinconcito soleado. Si hay un jardín cerca, permítale que lo vea; le dirá qué plagas tiene... Adiós, amigo. Hasta luego.

En el hotel, una mujer muy agradable recibió al anciano.

—Bueno, señor Pinnegar —le advirtió—, no debe usted sentirse mal si la señora Charteris no lo reconoce. En realidad, se acuerda muy bien de usted y habla de usted con frecuencia; pero ya sabe lo que pasa con las personas muy mayores: nunca se puede estar seguro de lo que van a decir ni de lo que van a hacer. Yo no voy a entrar; ver a dos personas a la vez podría confundirla. Puede dejar aquí su sombrero. No la deje hablar mucho y no debe usted quedarse mucho rato. Yo vendré a decirle cuándo es hora de marcharse.

La puerta se abrió despacio y el señor Pinnegar entró en una preciosa habitación con unos ventanales que daban al mar. Estaba repleta de sol, y de un florero llegaba un delicado aroma de violetas, como el suave aliento de una mañana de primavera. Su antigua señora estaba sentada en un mullido sillón, con un aspecto muy parecido al que tenía cuando se despidió de ella en el jardín.

—Buenos días —dijo la señora Charteris—. Me han dicho que quería usted verme. ¿Qué puedo hacer por usted?

El señor Pinnegar sacó su regalo y lo puso sobre la mesa baja que había a su lado.

—¡Fresas... y tan pronto! —exclamó la anciana señora—. ¿Cómo consigue usted cultivar fresas en esta época del año? Claro que nosotros teníamos fresas tempranas en la mansión, pero sólo porque Pinnegar, mi jardinero jefe, era un hombre excepcional. ¡Muy excepcional! Empezó a trabajar para mí cuando no era más que un niño y nunca me dejó, aunque mucha gente le ofreció más de lo que yo podía pagarle. Creo que me apreciaba mucho, a su manera. Ya es muy mayor; eso sí, cuando era más joven no había nadie como él, y el jardín era una verdadera preciosidad. ¿Usted vio alguna vez mi jardín?

El señor Pinnegar respondió que lo había visto... muchas veces.

—Me alegro —dijo la señora—. Me gusta conocer a personas que se acuerdan de mi jardín. Claro que, en realidad, no era mi jardín. Yo sólo era la propietaria. Se lo dije a Pinnegar una vez, y el pobre se preocupó mucho; pensó que estaba enojada con él por algo, pero no era eso. Era imposible enojarse con Pinnegar, era muy bueno. Siempre dándome sorpresas. Como un niño que ahorra unos peniques para comprarte algo por Navidad.

El señor Pinnegar, un oyente que sólo escuchaba cosas buenas de sí mismo, se sentía cada vez más cohibido. Se sentía como alguien que estuviese mirando por una ventana o escuchando tras el ojo de una cerradura. No sabía qué hacer. Ahora bien, si la señora Charteris se enterara de que había estado hablando de él con él mismo, mientras él estaba allí sin decir nada, ¿qué pensaría? Quizá debería...

En ese momento se abrió la puerta, y la anciana señora se volvió con la ilusión de un nuevo estímulo.

—Ah, enfermera —dijo—, hemos tenido una agradable charla sobre Pinnegar. Cuando lo conocí, era el niño más gracioso del mundo. Querían que trabajara en una granja, y cuando yo dije que a los jóvenes se les debía permitir que tomaran sus propias decisiones, el párroco se molestó un poco. Me preguntó qué sabía yo del campo si sólo llevaba allí dos minutos, así que, claro, yo le dije: «Si vamos a eso, señor párroco, ¿qué sabe usted del Jardín del Edén? Usted no ha estado allí ni un minuto».

—Quería usted mucho a Pinnegar, ¿verdad? —dijo la enfermera.

—No siempre —respondió la anciana—. Algunas veces, cuando se ponía difícil, le habría dado un *coscorrón*.

—Santo cielo —sonrió la enfermera—. Espero que no se lo diera nunca.

—Claro que no. Era sólo una broma. Aunque sí que era un poco latoso. Algunas veces te *exasperaba*, porque hacía las cosas a *su* manera y otras veces era tan tierno que casi te hacía llorar.

—Qué extraño.

—¿Extraño? En absoluto —dijo la señora Charteris—. Pinnegar era jardinero... sí, jardinero... Y los jardineros son todos un poco así.

NOTAS

[1] Isis es el nombre que se le da al Támesis a su paso por Oxford, sobre todo en el contexto de las regatas universitarias. [*Todas las notas son de la traductora.*]

[2] Primer verso del poema *The Eve of Crecy*, de William Morris (1834-1896).

[3] Lord Salisbury (1830-1903), político británico conservador; William Gilbert Grace (1848-1915), jugador profesional de críquet, considerado la primera superestrella del deporte, muy admirado y respetado. De imponente presencia física y gran personalidad, era también médico; William E. Gladstone (1809-1898), desde 1868 fue cuatro veces primer ministro británico.

[4] Referencia a la historia bíblica según la cual José, el hijo favorito de Jacob y Raquel, recibió el regalo de una túnica de colores, lo que despertó los celos y la envidia de sus numerosos hermanos.

[5] Paul Kruger, presidente de la antigua República de Transvaal cuando se inició la segunda guerra anglo-bóer (1899).

[6] Reginald Farrer (1880-1920), botánico y aventurero que introdujo en los jardines británicos muchas especies nuevas recogidas en sus viajes por los Alpes, Canadá, Japón, China, etc.

[7] Ver nota 3.

[8] Cnut o Canute, rey de Inglaterra entre 1016 y 1035, y monarca también de Dinamarca y Noruega. Según la leyenda, Cnut fue a la orilla del mar y ordenó que se detuviera la marea. Cuando las olas le mojaron primero los pies y luego la ropa, reconoció que no era tan poderoso como sus cortesanos le habían hecho creer.

[9] Cantar de los Cantares de Salomón 2:11-12.

[10] Salmos 90:10.

[11] El palacio Blenheim, situado en Oxfordshire, fue construido en el siglo XVIII. Es conocido tanto por su arquitectura como por ser el lugar de nacimiento de Winston Churchill.

[12] Referencia a una frase popular, atribuida a la reina Victoria, que se emplea para indicar que hay que hacer algo con prontitud. Equivaldría a nuestro «arreando, que es gerundio».